

Universidad de Buenos Aires
Facultad de Ciencias Económicas
Escuela de Estudios de Posgrado

**Carrera De Especialización en Historia
Económica y de Las Políticas Económicas en
Argentina**

TRABAJO FINAL DE ESPECIALIZACIÓN

La era del “Lobo”. Cultura obrera en Buenos Aires en
tiempos de Vandor (1958 - 1969)

AUTOR: EDGARDO HUGO COLOMBO
TUTOR: OSVALDO BATTISTINI

[OCTUBRE 2021]

Resumen

En este trabajo se abordan las características de la cultura obrera de los trabajadores de Buenos Aires, con énfasis en los trabajadores metalúrgicos desde la caída de Perón en 1955 hasta 1969. El estudio destaca la poca atención brindada por la historiografía obrera en el análisis de la cultura obrera en relación a las transformaciones materiales, las instituciones sindicales y los conflictos laborales de la época. Se estudian las bases materiales sobre las que se asienta esa cultura: el auge de la segunda etapa de la Industrialización por sustitución de importaciones y el fortalecimiento político y social de los sindicatos peronistas encabezado por el líder metalúrgico Augusto Timoteo Vandor. También se dará cuenta del uso del tiempo libre de los trabajadores y su relación con algunas de las industrias culturales y los deportes masivos en una década de modernización. Asimismo se hace referencia a como todos estos factores moldean y reafirmaron una identidad política definida en los años sesenta.

Palabras claves: -Trabajadores-Vandor-Cultura- Década del 60

Índice

1 Introducción

Sindicatos y cultura obrera en una época de cambio.....	6
1.1 Fundamentación y planteamiento del problema.....	6
1.2 Objetivos.....	9
1.3 Aspectos metodológicos.....	9

2 Marco teórico

Capítulo 1: Los Estudios Sobre Vandor y el Vandorismo. Gris de Ausencias.....	11
1.1 Los Primeros Estudios.....	11
1.2 Los Estudios sobre Vandor y el Vandorismo post 1983.....	13
1.3 Los Sindicatos, los Trabajadores y la Cultura Obrera. Algunas Precisiones Teóricas.....	17

3. Diagnóstico/4. Propuesta de Intervención

Capítulo 2: El Poder de la UOM, El Sindicalismo y Los Trabajadores sobre los Hombros de la Industrialización por Sustitución de Importaciones.....	23
2.1 Las industrias metalmecánicas durante las dos fases de la Sustitución de Importaciones (1930-1975).....	23
2.2 Estructura y Movilidad Social Durante los Años Sesenta, ¿Una Nueva Clase Obrera?.....	31
2.3 Un Sindicato en el Mar de los Sargazos. El Éxito de la UOM como Organización en los Años Sesenta.....	32
2.3.1 1958-1969: Una Dirigencia de Recambio Entra en Escena.....	36
2.3.2 Las Bases Estructurales del Poder Sindical.....	38
2.3.3 Los CCT Metalúrgicos de 1960, 1961 y 1966.....	39
2.3.4 Población Sindicalizada 1958-1969. Una Aproximación.....	45
Capítulo 3 Construcción y crisis de un actor político-sindical independiente: la UOM entre 1958 y 1969.....	47
3.1 Los años previos.....	47

3.2 EL nacimiento de la UOM.....	48
3.3 Del ostracismo al retorno. Los sindicatos entran a escena (1955-1958).....	52
3.4 Entrar a la cancha: entre Frondizi, las Fuerzas Armadas y Perón (1958-1962).....	56
3.5 El auge de Vandor y el vandorismo (1962-1966).Un efímero partido Obrero en Argentina.....	61
3.5.1 El Plan de Lucha de la CGT de 1964.....	64
3.5.2 La eficacia de una organización. Un breve recorrido por los conflictos entre 1960 y 1966.....	70
3.6 Fin de fiesta. Entre dictaduras y crímenes (1966-1969). <i>Sic transit gloria mundi</i> .	71
Capítulo 4 Una cultura obrera en Buenos Aires en el contexto de la modernización de la sociedad argentina post peronista (1955-1969).....	76
4.1 Cultura y ocio en la Argentina peronista. A la conquista del espacio público.....	77
4.1.1 Entre la resistencia y la integración: la visión de los trabajadores y sindicalistas de Buenos Aires después de 1955.....	78
4.2 Transformaciones culturales en Buenos Aires durante los años sesenta.....	79
4.2.1 La cultura de masas en los años sesenta y su impacto en la cultura Obrera.....	81
4.2.2 La “otra” cultura. Música para los trabajadores.....	89
4.2.3 El auge del folclore en los años 60: de Antonio Tormo a Mercedes Sosa.....	91
4.2.4 Nuevas publicaciones para los trabajadores. El caso de “Crónica”.....	95
4.3 La impugnación de la clase media a los valores culturales obreros.....	97
4.3.1 Cultura obrera-cultura de clase media: indicios de un conflicto.....	102

4.4 Los valores culturales de los trabajadores de Buenos Aires: conformismo y reformismo en los años sesenta.....	103
---	-----

5. Conclusiones

.....	106
-------	-----

6 Referencias bibliográficas

.....	109
-------	-----

1 Introducción

Sindicatos y cultura obrera en una época de cambio

“Entonces podemos observar las culturas, no como la evolución de un estilo de vida, sino como la lucha continua entre culturas en pugna”

Stuart Hall, Estudios culturales 1983. Una historia teórica

“Inventamos cualquier excusa para conservar los mitos de las personas que amamos, pero lo contrario también es verdad; si alguien no nos gusta, nos resistimos con todas nuestras fuerzas a cambiar nuestra opinión, aun cuando alguien ofrezca pruebas de su decencia, porque es vital tener mitos sobre los dioses y los demonios de nuestra vida”

Marlo Brando, Canciones que me enseñó mi madre

1.1 Fundamentación y planteamiento del problema

La Unión Obrera Metalúrgica (UOM) constituye la organización gremial más poderosa posterior a 1955. Por un lado, adquirió relevancia debido a la rama de la producción en que desarrolló sus actividades, el complejo metalmeccánico, constituido en el corazón de la Industrialización por Sustitución de Importaciones (Belini y Korol, 2020). La economía argentina desarrolló desde fines de los años cincuenta y durante los años sesenta un modelo que permitió madurar segmentos importantes de su economía industrial pero que coexistieron con severas y periódicas restricciones en el sector externo (Diamand, 1972). Las crisis de *stop & go*, tal como las denominó la literatura académica, afectaron (entre otras variables) al empleo industrial y, por lo tanto, la estabilidad y poderío de los sindicatos industriales. Una pregunta que surge inmediatamente es: ¿cómo influyeron esas crisis en el poder y la capacidad de negociación de la UOM en esos años?

El predominio de los metalúrgicos se trasladó al interior del movimiento obrero argentino, tanto en número de afiliados, como en influencia política. Su poderío también le permitió desarrollar estrategias sindicales exitosas, destinadas a maximizar los ingresos de sus afiliados, basadas en la acción directa, de forma eficaz y combinada con la utilización de las instancias de negociación colectiva. Ambas constituyeron todo un paradigma que trascendió los años sesenta. Esas estrategias, imitadas por otras organizaciones, fueron resumidas en un lema: “golpear y negociar”. Pero su papel fue sobre determinado, conforme a las características que adquirió el régimen político luego de 1955, cuando fue derrocado el segundo gobierno de Juan Perón. Pero la peculiaridad de la UOM fue que, luego del derrocamiento del líder justicialista, adquirió un papel primordial en la arena política junto con otras organizaciones gremiales. A partir de ese año, la mayoría electoral peronista tuvo bloqueado el acceso directo al sufragio mediante diferentes estrategias a causa de la

intervención de las Fuerzas Armadas y los principales partidos opositores (Spinelli 2005; Melón Pirro, 2009). La inestabilidad que adquirió el sistema político argentino en los años 60, caracterizado por gobiernos civiles débiles e intervenciones militares recurrentes pero fallidas, permitió el surgimiento del sindicalismo como un actor político independiente hasta 1966. En esos años, los metalúrgicos tuvieron una preeminencia superior a otras organizaciones en condiciones de hacerle sombra, como la Asociación Obrera Textil.

Las estrategias que desarrollaron, tanto en el campo político como en el estrictamente sindical, siempre provisorias y cambiantes, hicieron oscilar a los sindicatos entre la resistencia y la integración al “sistema”, como señaló certeramente Daniel James (1990). Estas áreas de acción fueron encabezadas por un dirigente, el más importante de la década del 60, Augusto Timoteo Vandor. El nombre de Vandor y la UOM (Sección Capital) sobrevoló los conflictos principales desde fines de los años cincuenta hasta principios de los años setenta. Durante el cenit de su vida política y sindical, el “Lobo” aparecía en los principales medios de prensa, dialogando en los despachos oficiales como un verdadero “factor de poder”. Fue tan importante que el término “vadorismo” no sólo remitió a una estrategia pragmática para afrontar los conflictos laborales en los años sesenta o a un grupo de sindicatos con influencia decisiva en las disputas políticas de esos años, sino también se lo utilizó de forma negativa. A fines de los años sesenta, esas estrategias revelaron sus límites ante el nuevo poder de la Revolución Argentina (1966-1973). Los sectores ahora disidentes del sindicalismo vadorista, sus adversarios de antiguo cuño y los sectores intelectuales con simpatías obreras se multiplicaron y les sirvieron como atalaya desde donde diferenciarse del líder metalúrgico y sus aliados. A principio de los años 70, cuando el sindicalismo identificado por sus adversarios con Vandor entra en una crisis temporaria, el sentido común predominante de la militancia de izquierda lo convirtió en sinónimo de “burocracia sindical” y “traición” a la clase obrera como al mismo Perón. Incluso su nombre y la evocación de su asesinato en 1969 fueron coreados en numerosas declaraciones y manifestaciones públicas. En cierta forma, la imagen de Vandor y la “burocracia sindical” les permitió a esos sectores construir su propia identidad, como señala Gabriela Slipak (2015).

A esos sentidos polisémicos que adquirieron el liderazgo de Vandor y la “patria metalúrgica” se agrega aquí otro más: el emergente de una poderosa cultura obrera urbana en Buenos Aires de carácter reformista, consumista, que se incorpora con entusiasmo a las industrias culturales de la época, que prioriza el deporte ya sea como espectador o participante y defiende las conquistas sociales logradas en el decenio peronista. Consideramos aquí que dirigentes y trabajadores formaron parte de una sólida cultura obrera y constituyen una de las

bases de sustento de su poder en el período, sumado a los factores estructurales mencionado al principio. Dado los límites del trabajo, se brindan indicios de la existencia de esa cultura basados en fuentes orales, fuentes primarias escritas y las fuentes secundarias conocidas. Aunque excede los límites de esta tesis, se hipotetiza también que las características de esta cultura presenta límites concretos a la radicalización política que le proponen otros agentes externos a fines de los años sesenta y principios de los años setenta.

Vandor y la UOM fueron los actores sindicales más trascendentes de los años sesenta, pero de ninguna forma los únicos. Un conjunto de dirigentes de igual o menor trascendencia que el Lobo, atravesó similares experiencias en el sentido *thompsoniano* del término: comenzaron su trayectoria laboral y sindical antes o durante el decenio peronista y revalidaron sus títulos ante los afiliados de sus poderosos sindicatos a fines de los años 50. Muchos de ellos atravesaron la azarosa política argentina, los conflictos intersindicales y se posicionaron en forma diversa a los años sesenta, pero respiraron la misma cultura que sus trabajadores. Hablar de Vandor, entonces, es hablar de una camada entera de dirigentes sindicales de actuación notoria entre la caída del segundo gobierno peronista y el Cordobazo (1969).

Los eventos de los cuales hemos dado cuenta no giran en el vacío. Por el contrario, suceden en un proceso de cambio “modernizador” de la sociedad argentina. El deshielo posterior a la caída del peronismo permitió la aparición de numerosos medios de prensa destinados a públicos específicos de clase media y a los sectores populares. La televisión se masifica y se suma a los medios más tradicionales como el cine y la radio, mientras que la música encuentra ahora nuevos y más numerosos canales de difusión. Los espectáculos masivos y populares como el boxeo, el fútbol, el turf y el teatro, si bien son elementos constituyentes de la cultura popular desde —al menos— la década del treinta, encuentran ahora nuevos canales y se masifica aún más (Archetti, 2001; Sibaja 2005; Hora, 2019). La composición social de los grandes conglomerados urbanos como Buenos Aires también sufre agudas modificaciones que afectan las características de los obreros industriales (Auyero y Hobert, 2003). Las migraciones internas proponen la incorporación de nuevos trabajadores provenientes de las provincias con nuevas (y tradicionales) visiones del mundo que se integran a las ya existentes. Lo que postulamos desde aquí es que los valores clasistas de la industria cultural de los años 60, los valores tradicionales de los espectáculos deportivos sumados a su nueva difusión en los sesenta y el fortalecimiento del sindicato como referencia ineludible son factores que no pudieron sino dejar una huella profunda en los trabajadores de Buenos Aires. Sus opciones políticas y sus orientaciones más generales no pueden ser analizadas al margen de todos estos factores juntos. Gran parte de los trabajadores

metalúrgicos de Buenos Aires muy probablemente conocían mucho más quienes eran “Nicolino” Locche, “Palito” Ortega, Ubaldo Rattín y Antonio Tormo que Augusto Timoteo Vandor. Pero en ese universo popular, también tenían en claro que el sindicato era quien defendía sus salarios, les proveía medicamentos y les permitía conocer el mar a través del turismo social. También era quien reforzaba en sus vidas cotidianas la identidad política peronista.

Pese a la importancia del personaje y la organización que representó en el período estudiado, no ha merecido casi estudios específicos en la historiografía argentina. Aún menos, trabajos que exploren la relación entre esa dirigencia y la cultura obrera de Buenos Aires de los años sesenta. Por el contrario, el grueso de las referencias al personaje y su organización sindical, provienen de sus antagonistas en la disputa interna del peronismo a principios de los años setenta. En el mejor de los casos, toman sólo aspectos separados del fenómeno estudiado.

1.2 Objetivos

El objetivo de este trabajo es analizar las bases del poder político, económico y cultural de la Unión Obrera Metalúrgica (Sección capital) y sus trabajadores durante el mandato de Augusto Timoteo Vandor entre 1958 y 1969. Este trabajo se inscribe en preocupaciones más generales sobre la cultura obrera, sus transformaciones y conflictos desde 1958 hasta mediados de los años setenta, y la conflictividad política de ese período.

1.3 Aspectos metodológicos

Para nuestro objeto de estudio, uno de los instrumentos para captar la cultura de los trabajadores es la historia oral. Acerca de su utilidad y límites para el estudio de las clases populares, la historiografía ha desarrollado un amplio debate (Schwarzstein, 1991; Pasquali 2019).

Las fuentes basadas en entrevistas probablemente no nos brinden información extra sobre un acontecimiento histórico determinado pero sí sobre su significado y como los sujetos *vivieron efectivamente* esos procesos. Desde ese punto de vista, un conflicto obrero-patronal que culmina en una negociación sindical puede ser considerado ruinoso por facciones adversas a los dirigentes de turno. Pero, quizá, sea leída en forma muy diferentes por parte del trabajador común (en tanto, conservar el trabajo, puede ser visto como más importante que un aumento salarial en un determinado contexto socio-económico y político). La percepción de ese conflicto por parte del trabajador es primordial para el objeto de estudio del investigador. “Lo que el informante cree, ciertamente es un **hecho** histórico (es decir, el hecho de que él o

ella crean en él) tanto como lo que ‘verdaderamente’ sucedió” (Portelli, 1981, p.39)¹. La credibilidad de las fuentes orales posee, entonces, una credibilidad diferente: “no en su adherencia a hechos, sino por el contrario en su divergencia de ellos, en donde ingresan la imaginación, el simbolismo y el deseo” (p. 40). En tanto la percepción de los sujetos es central en la definición de cultura que adoptamos en este trabajo, las entrevistas (como complemento a otras fuentes) pueden resultar útiles para captar esa subjetividad.

Habitualmente, los estudios basados en fuentes orales están destinada a los sectores subalternos, aquellos que —por su propia posición— no se encuentran acostumbrados a ser reporteados y, por lo tanto, más propensos a la espontaneidad y la autenticidad. Por el contrario, los sectores dirigentes harían uso de historias más “armadas” y —por lo tanto— menos auténticas. Desde acá rechazamos tal dicotomía. Las personas entrevistadas para esta investigación, sumadas a las entrevistas de otros investigadores van desde trabajadores comunes sin militancia, supervisores de planta, dirigentes de segundo orden y “popes” sindicales. Muchos de ellos participaron de un campo cultural común (los mismos gustos, por ejemplo) que las entrevistas pueden hacerlas visibles. De ahí su valor.

En esta tesis la organización será la siguiente: en la primera parte daremos cuenta de los vacíos historiográficos que presentan los estudios sobre los trabajadores de Buenos Aires y, en particular, sobre los trabajadores metalúrgicos de los años sesenta. También se realizarán algunas precisiones teóricas. A continuación, se expondrán las bases materiales del poder de Vandor, es decir, la relación entre el proceso de industrialización por sustitución de importaciones en su segunda fase y el poderío alcanzado por la organización metalúrgica. Posteriormente, daremos cuenta de la inserción del sindicalismo en la política argentina desde 1955 hasta el asesinato de Vandor en 1969. Esa inserción permitirá explicar el rol fugaz —pero intenso— de la centralidad de la UOM y Vandor como organizador del peronismo y “factor de poder” hasta, por lo menos, 1966. Por último, se señalarán algunas de las características de la cultura obrera de los trabajadores de Buenos Aires en el período y su relación con la fortaleza del liderazgo de Vandor y la importancia de la UOM. En las conclusiones se reflexionará brevemente —a modo de conjetura— acerca de la relación entre esta cultura y los conflictos más generales de principio de los años setenta.

¹ La negrita es del original

2. Marco teórico

Capítulo 1: Los Estudios Sobre Vandor y el Vandorismo. Gris de Ausencias.

1.1 Los Primeros Estudios

La importancia de Augusto Timoteo Vandor y el vandorismo en la historia del sindicalismo argentino posterior a 1955 contrasta con la casi ausencia de estudios específicos en la historiografía argentina. Los estudios académicos tampoco abordaron en forma sistemática la cultura de los trabajadores y sus transformaciones en los años sesenta, ni su impacto en la relación con la dirigencia y sus opciones políticas.

Las primeras interpretaciones surgieron al calor de los conflictos entre los sectores sindicales “tradicionales” y los intelectuales de clase media que se acercaron al peronismo entre fines de los años sesenta y principios de los años setenta.

La obra más popular y representativa de estas visiones es la publicación del escritor y periodista Rodolfo Walsh *¿Quién mató a Rosendo?* (1987[1969]). Walsh fue un animador activo de los conflictos políticos y sociales de la época y militante político. El vandorismo –de acuerdo al libro del autor– se caracterizó como una facción sindical que basaba su predominio en la violencia, la manipulación de las elecciones, la connivencia con la patronal, la complicidad del Estado y la corrupción personal. El asesinato del dirigente metalúrgico vandorista de Avellaneda Rosendo García en la confitería “La Real” de la localidad de Avellaneda, constituye toda una enseñanza para los dirigentes considerados “duros” o más intransigentes ante el Estado y la patronal. Las mesas en las cuales se encontraban los dos grupos de dirigentes y militantes constituían –desde la perspectiva de Walsh– dos formas antagónicas de entender el sindicalismo y el peronismo.² Esta mirada sobre la corriente predominante del sindicalismo se transformó, con el tiempo, en canónica. Una parte importante de los estudios sobre el sindicalismo y las clases trabajadoras recorrieron y recorren ese camino.

Otra de las obras de consulta para la militancia de izquierda y un éxito editorial de fines de los sesenta fue *Sindicatos y Poder en Argentina* de Roberto Carri (2015[1967]), de mayor solidez académica que la obra de Walsh. La aparición del libro a fines de los años sesenta lo ubicó rápidamente entre los más vendidos según el semanario *Primera Plana*

² El 13 de mayo de 1966 dos grupos antagónicos del sindicalismo se enfrentaron en la confitería “La Real” a metros del Teatro Roma de Avellaneda (Provincia de Buenos Aires), donde se realizaban en forma asidua congresos sindicales y partidarios. Los dirigentes metalúrgicos Rosendo García, Armando Cabo, Norberto Imbelloni y Augusto Vandor ocuparon una mesa. Domingo Blajakis, Juan Zalazar, los hermanos Raimundo y Rolando Villafior, militantes enfrentados con la conducción vandorista ocuparon otra. Dirigentes políticos y personal cercano a Vandor ocuparon una tercera cercana. Más allá de las diferentes versiones acerca del suceso, a los pocos minutos comenzaron a insultarse entre algunos de los integrantes de las dos primeras mesas lo que culminó en un tiroteo con varios muertos y heridos de ambas facciones, entre ellos el dirigente metalúrgico Rosendo García. (Bosoer y Senen Gonzalez, 1993)

(Dawyd, 2017). El tema principal que aborda es el sindicalismo posterior a 1955, con el cual el autor estaba vinculado política y laboralmente. Luego toma distancia de los sindicatos predominantes para ubicarse en sus antípodas, formando parte activa de la organización político-militar Montoneros. Su visión de Vandor y el vandomismo se irá construyendo a la par de sus propios posicionamientos políticos, que varían sustancialmente en esos años. La evolución de la obra de Carri constituye, como bien señala Dawyd (2017), una síntesis de la progresiva radicalización de una parte de los sectores medios y su acercamiento a la izquierda peronista. En sus escritos iniciales, Carri señala los problemas y obstáculos del vandomismo en ese presente, precisamente el año 1966, para acreditar sus credenciales como conductores del movimiento obrero. Uno de esos problemas fue el golpe de Estado que provocó la caída del gobierno radical de Arturo Illia (1963-1966) y la instauración del régimen autoritario de la “Revolución Argentina” (1966-1973) que propició el cierre de los ámbitos de la negociación colectiva, el canal de negociación natural obrero-patronal que había estado abierto desde 1958. El origen de algunos de los dirigentes vandomistas, situado según el autor en el proceso de oposición a la Revolución Libertadora (1955-1958), y su identidad política peronista constituirían, de acuerdo a Carri, los antídotos suficientes para evitar que “traicionen” a sus bases.

Tiempo después, en 1969, Carri profundiza la conceptualización del vandomismo como corriente sindical y se permite pensar una posible salida para esa corriente a la que considera todavía hegemónica y capaz de superar la crisis en la que se vio sumergida en 1966. En 1974 se publicó en la revista *La Causa Peronista*, un nuevo artículo de Roberto Carri, aunque sin firma: “Vandomismo: la política del imperialismo para los trabajadores peronistas”. Aquí la consideración cambia por completo dado que, en su reseña histórica, el autor habla de la “burocracia sindical vandomista”, desde la génesis de esta corriente allá desde fines los años 50, y la emparenta directamente con la “expansión imperialista” durante el frondismo. Desde su perspectiva, Vandor y su grupo habrían sido funcionales a la expansión de las empresas norteamericanas a partir del proyecto desarrollista de Frondizi, quien las consideraba claves para el crecimiento económico. De acuerdo a esta última visión de Carri, a fines de los años cincuenta o a principios de los años setenta, el vandomismo es, en esencia, lo mismo. El incremento de la pugna política entre los diferentes actores del peronismo en 1973 y 1974 absorbió cualquier diferenciación en el análisis del pasado reciente.

El último autor citado profusamente por la bibliografía académica sobre los dirigentes tradicionales es Jorge Correa con su libro *Los jerarcas sindicales* (1974). Como señala Ghigliani (2010) Correa separa, de manera tajante, a las conducciones sindicales de sus bases.

Según el autor: “los rasgos de la elite sindical deben ser considerados producto no tanto de la naturaleza del movimiento obrero y de las propensiones de sus componentes como de la injerencia de las clases dominantes y de su ideología particular.” (p.10). Todas las cualidades consideradas meritorias (honestidad, combatividad, apego a las normas democráticas) pertenecen a las bases obreras. Por el contrario, los rasgos repudiables fueron adjudicados a los dirigentes (fraude, corrupción, traición, aversión por la democracia sindical). Se afirma en este período una imagen donde afloraban dos mundos enfrentados y de naturaleza opuesta: los trabajadores, por definiciones revolucionarios, animadores de la lucha contra el capital; por el contrario, las direcciones burocráticas que son percibidos “como frenos permanentes a los deseos transformadores de sus dirigidos” (Gighliani, 2010, p.10).

Walsh, Carri y Correa, tres actores sumergidos en las disputas políticas de principios de los años setenta construyeron los cimientos de la historiografía sobre el vandorismo. Buena parte de los estudios posteriores retoman en forma acrítica los diversos argumentos que esos autores pusieron en juego.

El cine de la época, denominado “militante”, también presentó un cuadro crítico de la dirigencia sindical de los años sesenta (Manzano, 2004; Maestman, 2009). En la película ficcional *Los Traidores* (Gleyser, 1973) se muestran los orígenes, consolidación y “burocratización” de un dirigente sindical-Barrera- quien es finalmente asesinado por “traidor” a la clase obrera.

Otros enfoques contemporáneos, desde la denominada “sociología científica”, en cambio, privilegian el estudio de las cúpulas dirigentes dentro de las cuales se encuentran los sindicalistas (Gigliani, Grigera y Schneider, 2012). Desde la perspectiva de algunos de estos autores, los dirigentes sindicales se habrían consolidado como una “elite”. Dos factores permitirían calificarlos como tales: la diversidad de servicios sociales que prestan los sindicatos (Rotondaro, 1971) y su consolidación financiera mediante el dictado de la Ley 18.610 de Obras Sociales en 1970 durante el gobierno de la Revolución Argentina (1966-1973) (Zorrilla, 1983). Los dirigentes se habrían constituido en verdaderos “gestores” con gran concentración de recursos y manejo discrecional en el proceso de toma de decisiones, alejados del mundo real de los trabajadores.

Otro de los miembros de esta corriente, José Luis De Imaz, sostiene que la normalización de la CGT en 1963 constituye un jalón esencial en la aceptación del sindicalismo peronista como “integrado” al “sistema” (De Imaz, 1964).

1.2 Los Estudios sobre Vandor y el Vandorismo post 1983

La construcción del “campo académico”, a partir de 1983 (Romero, 1996) tampoco le destinó a las organizaciones gremiales, como la UOM en tiempos de Vandor, un lugar destacado. Sólo los trabajos de difusión predominantemente no académica abordaron la cuestión con diferente suerte (Abos, 1986 y 1999; Gorbato, 1992; Senen Gonzales y Bosoer, 1993 y 2009). En general, estos estudios intentaron dar respuesta a una problemática de fuerte vigencia en los conflictos políticos de los años ´80: la oposición sindical al gobierno de Raúl Alfonsín. Otros estudios de aquella época, dedicados específicamente al sector metalúrgico, pusieron más la atención en los sucesores de Vandor que en él mismo (Carpena y Jacquelin, 1984; Beraza, 2007).

El grueso de los trabajos académicos que a partir de los años ochenta se ocuparon del sindicalismo o de los trabajadores como colectivo en los años sesenta y principios de los años setenta, privilegiaron procesos y actores que irrumpieron en la vida política y sindical argentina desde el Cordobazo de 1969. Los cambios sociales, el auge de las movilizaciones, el impacto de las organizaciones armadas y el surgimiento de sectores contestatarios dentro del movimiento obrero desde fines de los 60 hasta principios de los 70 concentraron la atención de la mayoría de los historiadores. Los protagonistas obreros y sindicales de esos sucesos se encontraban –principalmente– en el cinturón industrial que rodea la ciudad de Rosario y el parque industrial de la provincia de Córdoba. Lo paradójico es que el grueso de los trabajadores metalúrgicos se encontraba en la ciudad de Buenos Aires y algunos distritos puntuales del Gran Buenos Aires, como Avellaneda y San Martín (Brennan, 1996).

La mayoría del movimiento obrero no encuadrado dentro de la radicalización política de esos años mereció, en cambio, muchísima menos atención. En cuanto sector “integrado” al “sistema” y sus intereses identificados con los de la clase dominante, el análisis de la “burocracia sindical” no aportaría demasiado al estudio de los trabajadores como clase en tanto sector escindido de él.

Cuando los historiadores se sumergieron en el estudio de los sectores sindicales de fines de los cincuenta, se concentraron en gran medida en los sectores identificados como “duros” del peronismo, surgidos al calor de los conflictos en los años inmediatamente posteriores a la caída del peronismo (Salas, 1988; Berrotarán y Pozzi, 1994; Schneider, 2006;). Estos sectores, muchos de ellos protagonistas de la “Resistencia Peronista”, supuestamente enfrentados con Vandor y al sindicalismo “ortodoxo” y a todo lo que esos actores creían que éstos representaban, fueron rescatados luego por la izquierda peronista como los antecesores de las luchas de las cuales ellos mismos se consideraban sus legítimos herederos. Es decir, que buena parte de los historiadores profesionales que abordaron la

cuestión retomaron, en gran medida, las corrientes de interpretación que se hicieron populares en la discusión política a principios de los años setenta (Adamovsky, 2012).

En general, los trabajos que hacen foco en las clases populares de los años sesenta, privilegian los momentos de conflictos y crisis por sobre los momentos de normalidad y vida cotidiana (Schneider, 2005). En ese sentido, la distorsión en la observación obedece a un patrón de análisis que también se observa en los análisis sobre las experiencias de los trabajadores entre 1880 y 1930, sus organizaciones, ideologías y relaciones con el Estado como señala Roy Hora (2019).

El historiador Daniel James revisó el grueso de las intervenciones tradicionales de la historiografía post 1955 en un texto ya clásico sobre los trabajadores, su universo cultural y los dirigentes: *Resistencia e Integración* (1990). James se apartó de dos “abstracciones metafísicas” dominantes en el debate sobre el sindicalismo peronista y la clase obrera: “una clase obrera que siempre lucha e intenta organizarse en forma independiente y una cúpula sindical que siempre traiciona y reprime” (p.349). Los líderes gremiales mantuvieron cierto nivel de consenso entre sus representados por lo cual la “traición” de éstos hacia sus dirigidos no puede transformarse en el hilo explicativo del derrotero de la clase obrera. Los dirigentes, señala James, no giran en el vacío para la toma de decisiones sino que se sustentan en el consenso de sus representados. El contexto y los diversos ámbitos donde se generan estos vínculos constructores del consenso adquieren un lugar central en la interpretación del historiador británico. Las experiencias comunes, pasadas y presentes, traducidas en una cultura compartida constituye la argamasa sobre la que ese consenso se construye. La crítica de James permitió –gracias a la influencia de la escuela cultural británica (ver *infra*)– problematizar y revisar así las visiones tradicionales sobre el tema. Aunque conserva la dicotomía entre bases y dirigentes, demuestra que los intereses obreros, de alguna manera, están presentes en las decisiones de las cúpulas sindicales. Pese a ser profusamente citado, su trabajo de indagación sobre la cultura que une a dirigentes y trabajadores no ha sido continuado.

Dentro de las producciones académicas, el trabajo de Pablo Forni (1992) constituye una excepción y un aporte significativo a la cuestión. El autor trabaja sobre la premisa del éxito de la UOM en el desarrollo de las Convenciones Colectivas de Trabajo para lograr conquistas salariales y mejores condiciones de trabajo para sus afiliados. La única forma de lograrlo es a través de una organización centralizada, de alcance nacional que garantizara su éxito. Asimismo fue necesario contar con una militancia decidida por parte de los delegados fabriles que apoyaran para garantizar el éxito de las medidas mediante acciones de huelga o la

observancia de lo decidido en la mesa de negociaciones. Desde su perspectiva, la diferencia base-conducción de la UOM tal cual la plantean varios estudios no sería tal o no debería ser aplicada a esa organización hasta 1966.

Los escasos trabajos que focalizaron su mirada en Vandor y el vandorismo, se interesaron, sobre todo, en la construcción de una corriente hegemónica dentro del sindicalismo durante los años 60 y de un poder político poderoso e independiente de la tutela de Perón hasta 1966 (Cardoso y Audi, 1982; Cavarozzi, 1983; Calello y Parceró, 1984; McGuire, 1993). Sin embargo, los trabajadores, que se encontraban bajo la tutela de los dirigentes tradicionales, sus vidas cotidianas y visiones del mundo permanecen en las sombras.

Otro de los problemas de nuestra historiografía sobre el mundo del trabajo de esos años es la falta de diálogo entre las diversas disciplinas que se enfocan en la economía, la sociedad, la política y la cultura. Eso hizo que la historiografía obrera tradicional se ocupara de la ideología de sus dirigentes y trabajadores, las supuestas o reales impugnaciones al sistema, el desarrollo de sus organizaciones, los conflictos con las patronales y el Estado. Sin embargo les otorgó una escasa atención a los determinantes externos del mundo laboral en los años sesenta. El desarrollo económico de la Argentina industrial, la mayor o menor integración social de la sociedad argentina, el papel de las organizaciones en esos procesos de cambio y como impactaron todos esos factores en la vida cotidiana de los trabajadores comunes de Buenos Aires recibieron –por el contrario– mucha menos atención.

Juan Carlos Torre (1973; 2004 [1983]) ha sido sin duda, uno de los pioneros en el estudio de la relación entre el Estado y el movimiento obrero desde la irrupción del peronismo y una de las excepciones al párrafo anterior. El sociólogo desarrolló uno de los escasos trabajos existentes hasta este momento sobre la UOM, focalizado en la hegemonía vandorista y su posterior declive (2012). Además de destacar su preponderancia como facción sindical al interior del movimiento obrero y su importancia en la política argentina post 1955, relaciona el poder de los metalúrgicos con las características del mercado de trabajo de la época. En efecto, un mercado de trabajo con bajas tasas de desocupación (Gerchunof y De León, 2018) le permitió a la UOM la firma de exitosos modelos de Convenios Colectivos de Trabajo. De hecho, sus escalas salariales sirvieron de ejemplo a otras organizaciones sindicales. Sin embargo, los niveles de efectividad de éstos últimos se perciben menores que en la actividad metalúrgica por estar insertos en áreas de la economía menos dinámicas. El ejemplo de la Asociación Obrera Textil durante ese período es paradigmático (Torre, 2012).

Un punto a desarrollar, siguiendo el camino señero de James, es la experiencia de los trabajadores en tanto consumidores, perspectivas abordadas para el período peronista 1946-1955 pero no para la etapa posterior (Melanesio, 2014). Aún no fue estudiado el impacto que tuvo sobre la cultura de los trabajadores de Buenos Aires (en sus prácticas, conductas y representaciones) la explosión de la industria cultural a principios de los años ´60, el uso de ocio y el tiempo libre que sí mereció cierto tratamiento en la etapa precedente (Torre y Pastoriza, 2002). De la misma forma, resta indagar las formas que adquirieron esas prácticas para los trabajadores de Buenos Aires tomando como referencia las prácticas en los años cuarenta y sus transformaciones posteriores (Ciria, 1984; Rein, 1998; Leonardi, 2009).

Desde la recuperación de la democracia, el proceso de modernización social en los años estudiados recibió la atención de los investigadores. Los temas que privilegiaron fueron—principalmente— los cambios operados en la izquierda tradicional, el surgimiento de la llamada “nueva izquierda”, los cambios centrados en las elites intelectuales y sus instituciones (Sigal, 1991; Terán, 1993; Tortti, 1999). Una de las novedades del período es la aparición de “usinas” culturales de clase media que se expresaron mediante nuevas publicaciones, nuevas concepciones sobre la sexualidad y la juventud. Muchas investigaciones hicieron foco también en el rol que jugaron las vanguardias artísticas y políticas y en qué forma las industrias culturales impusieron —también— miradas sobre los trabajadores, sus gustos y sus orientaciones políticas (Toroncher Padilla, 2004; Cattaruzza, 2008; Cosse-Felitti-Manzano, 2010). En los últimos años, las vidas y las visiones del mundo de la “gente común” sobre los años sesenta y setenta ha recibido consideración en el ámbito académico, más allá del mundo de la militancia (Carassai, 2012 y 2013). Sin embargo, el impacto de ese proceso de modernización sobre los trabajadores, sus vidas cotidianas, sus consumos y sus opciones políticas no aparece aún como objeto de estudio con derecho propio.

1.3 Los Sindicatos, los Trabajadores y la Cultura Obrera. Algunas Precisiones Teóricas.

En esta investigación se adopta el término “cultura” en vez de “conciencia”, de acuerdo a Richard Hoggart (2013) y, en especial, Eduard P. Thompson (1989; 1994; 1995)³. Thompson sostiene que, en los diferentes procesos históricos, los sujetos viven experiencias laborales, conflictivas y afectivas esenciales para forjar una identidad, un “nosotros”. Los sujetos comparten tanto experiencias presentes como pasadas. Esas experiencias forjadas en la fábrica, el barrio, el sindicato, y los espacios de ocio se traducen en términos culturales (el

³ Richard Hoggart fue el “padre fundador” de los estudios culturales en Gran Bretaña, fundador del Centre for Contemporary Cultural Studies en la ciudad de Birmingham. Su obra *La cultura obrera en la sociedad de masas* (2013) constituyó la piedra basal de los estudios sobre la cultura obrera y su relación con la cultura de masas. Eduard Thompson formó parte de una generación de historiadores que surgió luego de la Segunda Guerra Mundial. A través de sus obras pusieron en entredicho algunos de los postulados clásicos del marxismo. Entre ellos Eric Hobsbawm, Christopher Hill, Rodney Hilton y George Rudé. Para una visión historiográfica de este grupo, véase Kaye (1989)

prisma con el que organizan sus vidas, observan la realidad y actúan en consecuencia). La cultura resulta entonces de la condensación de tradiciones y costumbres del pasado con el procesamiento de los nuevos acontecimientos en la vida obrera que, a la luz de aquellas, adquieren un nuevo significado a sus ojos.

De esa forma Thompson supera con el término cultura la dicotomía “conciencia falsa/conciencia verdadera” tan cara al marxismo ortodoxo.⁴ Cultura es un término más flexible y ciertamente más impreciso pero que capta en forma más realista el comportamiento obrero.

Su concepto introduce, incluso, una idea alternativa a las visiones más reduccionistas de los procesos históricos. Thompson también critica la noción althusseriana de la historia como proceso sin sujeto. Desde su perspectiva, la historia no puede ser concebida únicamente como el producto involuntario en el cual los sujetos están sometidos a una estructura que domina completamente su vida y con un camino predeterminado. Por el contrario, los sujetos actúan agrupados en familias, comunidades, grupos de interés y, sobre todo, como clases. Estos influyen en forma dinámica condicionando el presente y el futuro histórico no como meros portadores de relaciones sociales sino en respuesta y condicionado por su propia cultura con influencia real en el proceso histórico. Thompson defiende así una idea pluralista del devenir histórico: los procesos históricos pueden encaminarse en cada uno de sus momentos hacia desenlaces diferentes porque la historia no está escrita de antemano. Para el autor británico, el concepto de “experiencias” de los sujetos (laborales, afectivos y comunitarios) es vital, dado que se transforma en la retícula desde donde procesan la realidad. Un miembro destacado de esa escuela, Raymond Williams (1980), crea el concepto de “estructuras de sentimiento” como reemplazo para referirse a aquellos aspectos que no pueden ser encuadrados dentro de la ideología “formal” pero “concernen a significados y valores tal como se los vive y se los siente activamente” (p. 155).

La segunda generación de historiadores británicos formaliza un proceso paulatino de ruptura definitiva con el marxismo ortodoxo y con los “padres fundadores”. Gareth Stedman Jones (1989; 1998; 2003) sostiene la inconveniencia de la teoría marxista en su conjunto para entender el lugar de los trabajadores en el sistema capitalista y sus limitaciones como teoría de la historia. Desde sus propios estudios sobre los trabajadores británicos en la época

⁴ De acuerdo a los autores clásicos del marxismo, sobre todo Lenin, un colectivo social tiene conciencia verdadera cuando sabe su misión histórica en una formación económica y social determinada y la identificación clara de sus enemigos de clase. Sin embargo, el leninismo señala que los sectores dominantes de cada etapa de la vida humana “inundan” con su propia ideología, valores, instituciones e intereses la vida cotidiana lo que los transforma en portadores de “falsa conciencia” e impide, por lo tanto, el surgimiento espontáneo de una conciencia social alternativa. La solución la constituye la creación de un partido revolucionario, entendido como un conjunto de intelectuales portadores de la conciencia nueva “desde afuera” Los escritos centrales de Lenin pueden consultarse en Lenin, V. (2009).

victoriana, destaca el carácter netamente conservador de la clase obrera sobre todo a partir de la irrupción del imperialismo en la política inglesa. Como señala Roldán (2008) a pesar de la conciencia conservadora de los trabajadores (con sesgos de nacionalismo, xenofobia y preferencia por el pasatismo) Jones remarca la resistencia e impermeabilidad de su cultura. En síntesis, el concepto de clase es pertinente para analizar a ese colectivo pero su análisis se aleja del “deber ser” revolucionario como componente central de su conciencia.

En Argentina, el grupo de historiadores del Programa de Estudios de Historia Económica y Social Argentina (PEHESA)⁵ fue el principal receptor de la escuela británica a principios de los años '80 y aplicó –con su propia interpretación, como veremos– sus conceptos vinculados a las clases sociales. (Roldán, 2008). Con enfoques en primera instancia similares a sus pares ingleses, señalan que el estudio de los trabajadores no puede derivarse únicamente del estudio de la estructura productiva, dado que tal definición no resulta completa en tanto no incorpora “un análisis de la cultura, los valores y las prácticas, elementos constituyentes y constitutivos de la identidad de las clases sociales” (p. 210). El grupo desarrolló el concepto de “sectores populares urbanos” para captar el universo social complejo que caracteriza a la Buenos Aires desde 1880 a 1930. En su trabajo incorpora un conjunto de sujetos sociales, los sectores populares urbanos, que incluyen tanto a los trabajadores manuales y de “cuello blanco” como a pequeños comerciantes y la pequeña burguesía. Si bien resulta más ambiguo que “clase obrera” es más elástico y abarcador y da cuenta del intento proceso de movilidad ascendente del período. La insularidad de la clase obrera dentro del universo popular del período justificaría aún más el uso de “sectores populares”. La fluidez del período haría infructuoso congelar una identidad de tipo clasista dado que se encontraría en constante cambio. Los trabajos de los miembros del PEHESA Luis Alberto Romero y Leandro Gutiérrez sobre los sectores populares, se enmarcan en su intento de rebatir las ideas germanianas sobre la pasividad de estos sectores en los albores del peronismo. En este contexto el concepto de cultura popular les resultaba especialmente pertinente para rescatar su vitalidad y presencia en vez de la manipulación (Romero y Gutierrez, 1995).

La irrupción del peronismo, a mediados de los años 40, fue crucial para la constitución de los trabajadores como clase. El Estado forjado desde las entrañas del Ejército en plena Segunda Guerra mundial encabezó una alianza con los principales sindicatos de la época, los primeros y principales interlocutores con los que contaron los militares. El resultado, si bien

⁵ Nacido en la última Dictadura Militar (1976-1983), sus miembros fundadores fueron Luis Alberto Romero, Leandro Gutierrez, Hilda Sabato, Ricardo Gonzalez y Juan Carlos Korol.

distante de los deseos iniciales de uno u otro, modificó tanto a los trabajadores y sus organizaciones como al mismo Estado. Pero si coincidimos con Daniel James en que la clase obrera fue tanto constituida por el Estado durante el decenio siguiente como éste lo fue por los trabajadores, podemos medir el impacto de esa novedad política sobre la vida de los trabajadores (p. 56). El impulso decisivo a la Industrialización por Sustitución de Importaciones durante el peronismo incrementó numéricamente al ejército industrial, unificó el mercado de trabajo y fortaleció a las organizaciones sindicales. Lo dotó de un lugar definido en la política y la sociedad y de confianza en sí misma inédita hasta ese momento y de una poderosa identidad política, en el contexto del reformismo. ¿Es aplicable, entonces, el concepto de “sectores populares” en lugar del de “clases sociales” en la etapa post peronista? Parece discutible, dada la centralidad de los trabajadores industriales, sus organizaciones, su cultura e identidad política.

Pero al mismo tiempo, conviene no considerar a ese sector social ni a su cultura como algo congelado y estático. Por el contrario, el universo cultural de los trabajadores está sometido a múltiples influencias, por ejemplo, la de los mediadores culturales como los activistas ideológicos (de izquierda, de derecha o reformistas), el Estado, los nuevos medios de prensa, etc. A su vez, los trabajadores procesan esas influencias de acuerdo a sus propias experiencias y la traduce en términos culturales. Los contenidos de esa cultura cambian todo el tiempo porque sus experiencias cambian. Sin embargo, conocer la cultura de los trabajadores constituye una herramienta esencial para entender a ese colectivo.

Los debates sobre la cultura popular y la relación con la cultura de masas poseen una larga tradición. Películas, periódicos, canciones y programas de radio irrumpieron en forma masiva durante el siglo XX. Los debates surgen acerca de quién y cómo se consumen, cual es el papel de los llamados mediadores culturales (compañías grabadoras, estudios de cine, dueños de diarios, intelectuales, el Estado, entre los principales) y –sobre todo– la capacidad de acción sobre los diferentes segmentos de una sociedad. Dentro de la tradición marxista, la Escuela de Frankfurt fue una de las cuales afirmó el carácter manipulador de la cultura de masas (Karush, 2013). Los trabajos de Theodor Adorno y Max Horkheimer sostuvieron que las películas y canciones alentaron una respuesta pasiva por parte de la audiencia sin dejar espacio para la imaginación. El resultado fue “una clase trabajadora despolitizada, incapaz de pensar por sí misma o de generar cualquier crítica al status quo” (Karush, 2013, p. 20). Siempre e inevitablemente se transforman en un instrumento de control social y de manipulación. Juan José Sebreli (1990[1964]) aplica esos mismos conceptos para la Argentina de los años ´60. Los deportes, en especial el fútbol, reciben la misma consideración

para este autor. Para Sebreli constituye el mejor ejemplo de “ocio alienado” para los trabajadores, una de las formas en que las elites canalizan las protestas obreras. Los “hinchas” son participantes pasivos de un espectáculo creado y organizado por las elites para canalizar el disconformismo de los trabajadores hacia el capitalismo y la vida cotidiana.

Diversas reformulaciones tienden a rechazar la mirada pesimista. Los consumidores producen sus propios sentidos a partir de las mercancías que ofrece la industria cultural. La cultura aparece, entonces, como un campo en disputa: “la gente común está formada por las imágenes y los sentidos diseminado por la cultura de masas y, al mismo tiempo, reformulan esos sentidos de acuerdo con propósitos propios” (Karush, 2013, p.21). Desde esa perspectiva, diversos autores sugieren el carácter polisémico de la cultura de masas. Si bien la producción cultural en el capitalismo es asimétrica, no cierra la posibilidad de sentidos alternativos u opuestos. Por último, vale recordar la importancia política de la cultura de masas: algunos de sus artefactos constituyen lugares importantes para la elaboración de identidades, valores y aspiraciones que pueden ser la base para la acción política (Karush, 2013).

Stuart Hall (1984; 2017) tiene una postura similar. Tomó distancia (como lo hicieron Thompson y Williams) de las visiones más maniqueas de la tradición marxista en un célebre artículo. La cultura popular no puede ser entendida como constantemente en lucha con los valores de la cultura dominante, es decir, “resistente” o “pasiva”, tampoco puede oscilar entre estos dos polos “del todo inaceptable: ‘autonomía pura o encapsulamiento’ ” (1984, p. 100). Según el autor jamaiquino:

Las industrias culturales tienen efectivamente el poder de adaptar y reconfigurar constantemente lo que representan; y, mediante la repetición y la selección, imponer e implantar aquellas definiciones de nosotros mismos que más fácilmente se ajustan a las descripciones de la cultura dominante o preferida. Esto es lo que significa realmente la concentración del poder cultural, el medio de hacer cultura en la cabeza de los pocos. Estas definiciones no tienen la facultad de ocupar nuestra mente; no funcionan en nosotros como si fuéramos pantallas en blanco. (p.101)

Desde la sociología francesa, Pierre Bourdieu (1990 y 1998) cuestionó algunos de los aspectos más ortodoxos del marxismo. Sostiene que el consumo es un espacio

decisivo para la constitución de las clases sociales y la identificación de las diferencias entre ellas. Si bien reconoce la importancia de la producción y de los aspectos materiales, las clases se conforman también mediante el consumo, su manera de usar los bienes y como transmutan en signos, es decir, sus aspectos simbólicos. Las prácticas culturales que conlleva el consumo pueden funcionar como principios de integración o exclusión social. Desde esa perspectiva, la distinción entre base y superestructura tampoco tendría sentido para Bourdieu dado que en su teoría de la sociedad lo material y lo simbólico se encuentran inextricablemente unidos.

3. Diagnóstico /4. Propuesta de intervención

Capítulo 2: El Poder de la UOM, El Sindicalismo y Los Trabajadores sobre los hombros de la Industrialización por Sustitución de Importaciones

Cada etapa en la historia del Movimiento Obrero estuvo caracterizada por la preeminencia de una organización gremial que se correspondía –en líneas generales– con las etapas del desarrollo económico argentino. En los comienzos de las organizaciones gremiales a mediados del siglo XIX, los trabajadores mejor organizados fueron aquellos agrupados en las actividades artesanales y semi-industriales de origen urbano. En la segunda década del siglo XX, cuando el modelo agro exportador había llegado a su mayor grado de maduración, los trabajadores de los ferrocarriles superaron los modelos de organización más arcaicos. Impulsaron la creación de los sindicatos en reemplazo de las viejas Sociedades de Resistencia y lideraron al resto de las organizaciones en sus reclamos al Estado y a los sectores patronales. En los años ´30, cerrado el ciclo agroexportador, la producción de manufacturas adquirió un ritmo de crecimiento sostenido en el proceso de crecimiento endógeno conocido como Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI). El dinamismo de sectores como el textil y el metalúrgico impactó de lleno en el mundo del trabajo, aunque el desarrollo de esas ramas dependerá de la evolución de las políticas públicas y de la economía en general.

2.1 Las industrias metalmecánicas durante las dos fases de la Sustitución de Importaciones (1930-1975)

La actividad metalúrgica reconoce su origen en el seno del modelo agroexportador (1880-1930), aunque fuertemente limitada por la combinación de políticas públicas y carencias de materias primas. La etapa posterior a la Primera Guerra Mundial (1914-1918) presenta un mayor dinamismo de la actividad, protagonizado por un puñado de empresas nacionales y extranjeras altamente concentradas. Unas pocas fábricas dominaban el mercado fabril: Talleres Metalúrgicos General San Martín (TAMET) ocupaba a unos 1800 trabajadores y 400 empleados hacia 1929. Producía el 50% de la demanda doméstica de tubos de hierro fundido, alambre, pernos, tuercas, tornillos y remaches, y un 35% de las chapas galvanizadas. Klokner S.A., The Anglo Iron Co. (1925), Pedro Merlini e hijos (1903) y la emblemática SIAM (1910) completan el panorama metalúrgico hasta 1930 (Belini, 2017, p.142). Pese a constituir el mayor consumidor de acero en Latinoamérica, la falta de estímulos estatales y el incremento de la competencia extranjera inhibieron el desarrollo de actividades laminadoras.

Las políticas económicas desplegadas a principios de los años 30 generaron, a pesar de no constituir su objetivo explícito, un impulso decisivo. La devaluación del 40%, el incremento de los aranceles y la aplicación de restricciones para la asignación de divisas alentaron “la producción local de manufacturas y disminuyeron la participación de los productos importados en la oferta global” (p.176). Desde los años treinta hasta mediados de los años setenta la producción industrial ocupará, así, el centro del desarrollo económico argentino. En este contexto, el sector metalúrgico inició una etapa de crecimiento vigoroso con tasas de alrededor del 5% entre las décadas de 1930 y 1940. Hacia 1935 los obreros metalúrgicos sumaban 47.000 en Capital Federal y algunos pocos partidos de la Provincia de Buenos Aires. Hacia el fin de la Segunda Guerra Mundial habían trepado a 116.000. El grueso de la producción también se realizaba, como en el período anterior, en un conjunto de reducidas empresas que concentraban entre 1500 y 3000 trabajadores. Básicamente, las mismas empresas que en el período precedente, más otras, un poco más recientes, como la Compañía Argentina de Talleres Industriales, Transportes y Anexos (CATITA) fundada en 1922 e Industria Plástica Metalúrgica Argentina (IMPA), en 1928. Otro conjunto de empresas, que trabajaban con menor concentración de trabajadores (entre 300 y 500), se integraron a la producción, algunas con gran capacidad productiva y técnica como FEBO (maquinarias para la industria y calderas) y la Hispano Argentina (armas portátiles y motores). Pese al vigoroso crecimiento, las dificultades para la producción siderúrgica local persistieron (sobre todo, comparados con la demanda creciente) sumadas a dificultades extra-económicas como el inicio de la Segunda Guerra Mundial en 1939. No obstante las dificultades para el abastecimiento de insumos indispensables para la actividad, surgieron un grupo de empresas como Aceros Industria Argentina (ACINDAR) en 1943, Crefin y Santa Rosa (1944). La fabricación local de maquinarias y aparatos eléctricos destinados a un mercado interno creciente prosiguió gracias a empresas de períodos precedentes como SIAM Di Tella y la Fábrica Argentina de Productos Eléctricos (FAPE). Esta última destinaba su producción a la fabricación de lámparas, receptores de radio y válvulas para Philips Argentina, donde se emplearía años más tarde Augusto Timoteo Vandor.

Las políticas económicas durante los gobiernos peronistas (1946-1955) se encargaron de apoyar la producción industrial, en tanto garante del pleno empleo, como uno de los objetivos centrales de esa gestión (Antúñez y Gerchunof, 2000). Si bien las políticas públicas no modificaron sustancialmente la estructura económica argentina, propusieron orientaciones que profundizaron la sustitución de importaciones iniciada en los años treinta. La expansión del crédito orientada al sector urbano en general y al sector industrial en particular constituyó

un ejemplo de dicha orientación, aunque de dudosa eficacia para promover la inversión y el crecimiento (Rougier, 1999).

El Censo Industrial de 1946 da cuenta del proceso de crecimiento y centralidad de la producción manufacturera: el país contaba con 86.440 establecimientos con 1.074.000 obreros ocupados lo que representaban incrementos del 125 y 129% con respecto a 1935, y del 72% y 80% en comparación a 1939. La producción se duplicó también entre 1935 y el comienzo de la gestión constitucional de Juan Perón. Casi 10 años después, el Censo Industrial de 1954 revela que el 64% del valor agregado de la producción la generaron empresas ubicadas en la Capital Federal y el Gran Buenos Aires. Las mismas se desarrollaban en una geografía compacta: Buenos Aires y algunos distritos cercanos a Buenos Aires como Avellaneda y San Martín, entre los más importantes. Esas cifras prefiguran la presencia de una abigarrada clase obrera urbana, compacta y concentrada geográficamente (Belini, 2017).

Tabla 1

Estructura de la industria en 1946 y 1954. Participación de las ramas más importantes en el valor agregado y la ocupación obrera (en porcentajes)

Ramas	1946	Ocupación Obrera	1954	Ocupación Obrera
	Valor agregado		Valor agregado	
Alimentación y bebidas	24	21	19,6	18,3
Textiles	13,9	13,4	13,1	14,4
Metales	8,3	10,1	9,5	11,2
Vehículos y maquinarias	7,3		10,5	14,4
Maquinarias y aparatos eléctricos	1,6	1,7	4,5	3,4

Nota. Elaboración propia en base a Belini y Korol (2020)

Durante la experiencia peronista, los primeros años de crecimiento industrial fueron liderados por la industria textil, pero en la década de 1950 las ramas más dinámicas fueron las químicas y las que interesan particularmente a este trabajo, las metalmecánicas. Uno de los impulsos decisivos provino del mayor poder adquisitivo de la población en áreas con escasa demanda en la época anterior. Hacia 1954, por ejemplo, la industria de artefactos de gas (de dimensiones pequeñas durante la guerra) empleaba miles de trabajadores en empresas de

fabricación de cocinas, calefones y estufas. La producción de electrodomésticos, como las heladeras, pasó de casi 7000 en 1946 a 220000 equipos en 1957 (Belini, 2017). Otros sectores, en cambio, como la producción siderúrgica, sufrieron inconvenientes para su desarrollo. Dependían de costosos equipos importados y decisiones estatales-privadas que el gobierno no pudo concretar, pese a los anuncios en ese sentido. El caso de la Sociedad Mixta Siderúrgica Argentina (SOMISA) creada en 1947, pero postergada en su puesta en funcionamiento una y otra vez, es sintomático. En cambio, la producción doméstica de laminados de acero aumentó en forma considerable: surgieron así distritos como Villa Constitución y Campana como nuevos polos metalmecánicos, con un incremento en el período del 423%. En definitiva, el peronismo dio algunos de los pasos para instaurar una industria pesada y pasar así de la primera fase a la segunda de la ISI, lo que permitiría no depender de insumos críticos y crecientes. Sin embargo, el paso de una fase a la otra no sólo requería el abandono de algunos de los postulados más sensibles para el peronismo y sus votantes sino que estuvo atravesado por una aguda crisis de balanza de pagos entre 1949 y 1952. En esos años críticos disminuyeron los términos de intercambio luego de ocho años de buenos precios para los bienes primarios, debido a la implementación por parte de los Estados Unidos del llamado Plan Marshall. La disminución de los ingresos de divisas dificultó la importación de bienes esenciales para la industria y resintió el funcionamiento global de la economía. Como era esperable, su política inicialmente favorable hacia los sectores asalariados urbanos se vio resentida. La Argentina se encontraba ante la primera fase de los ciclos de *stop & go*, que acompañarían a la industrialización argentina por varios años (Antúñez y Gerchunof, 2000)⁶. La crisis obligó un replanteo de las políticas iniciales, primero tímidamente y luego en forma más intensa y profunda. No sólo exigió recorte de gastos y la modificación de las políticas de ingresos, sino también la revisión de las estrategias de crecimiento industrial. El énfasis del Estado peronista estuvo puesto, desde 1952, en la producción de bienes intermedios y de capital. Sin embargo, el proceso quedó a mitad de

⁶ Los ciclos de *stop & go*-consecuencia de lo que Marcelo Diamand (1972) denominó “estructura productiva desequilibrada”- generaron un comportamiento de la economía en la que, a medida que se expandía, iba creando las condiciones para que el crecimiento se interrumpiera y originara un período de recesión. Esta tendencia fue cobrando formas esquemáticas como consecuencia del incremento de las importaciones de insumos y bienes de capital necesarios para sostener el crecimiento de la actividad industrial, que estaba orientado a abastecer el mercado interno. Al mismo tiempo, los momentos de auge industrial generalmente iban acompañados de una tendencia alcista del salario real por la mayor demanda de empleo, lo cual resultaba en un aumento y una mejor diversificación del consumo interno de los bienes de la canasta básica (carne y granos). Como puede imaginarse, la mejoría de la dieta de la clase trabajadora además de acelerar el ritmo inflacionario, no tardaba en afectar una oferta de producción agropecuaria demasiado rígida y sujeta a los vaivenes climáticos y los precios internacionales, y de esta manera se tendía a erosionar el volumen de bienes exportables. En consecuencia, la mayor demanda de divisas para sostener la fase expansiva del producto industrial y la menor cantidad de bienes exportables que aportaban el grueso de las divisas desembocaban en una situación crítica de la balanza comercial y, generalmente, en una crisis en la balanza de pagos, al agotarse las reservas del Banco Central. A partir de aquí, las opciones de las autoridades económicas, para enfrentar la crisis, contemplaban la puesta en marcha de un plan de estabilización que combinaba la devaluación de la moneda y la aplicación de políticas monetarias y fiscales restrictivas.

camino, truncado, en parte, por el golpe militar de 1955 y, además, por la insuficiencia de inversiones.

Si bien el gobierno de la “Revolución Libertadora” (1955-1958) tomó medidas de fondo para proscribir a la fuerza política depuesta del poder, las iniciativas en materia económica para desandar el camino que el peronismo había iniciado diez años antes resultaron modestas. Su repudio de las políticas públicas peronistas fue más declamativo que lo estrictamente ejecutado. No revirtió el proceso de industrialización por sustitución de importaciones, en caso de que éste hubiera sido uno de sus objetivos. Una de las iniciativas más prominentes la constituyó el pedido de informes sobre la situación económica de la Argentina a Raúl Prebisch, uno de los economistas más prestigiosos de su época⁷. En su informe, el economista señala que los errores más profundos de la política económica peronista fueron el desaliento de la producción agropecuaria y la falta de selectividad a la hora de apoyar la industrialización sustitutiva. Sus soluciones pasan por la modificación del tipo de cambio y el aliento a la producción de bienes intermedios y de capital. En este último punto —sin decirlo— las coincidencias con las políticas del segundo gobierno peronista son evidentes. Arturo Frondizi, el principal líder de la oposición radical a los gobiernos de Perón y luego presidente de la Argentina entre 1958 y 1962, formuló una serie de críticas que cuestionaban las políticas del período 1946-1955, con motivo de la discusión sobre los contratos petroleros en las postrimerías del régimen peronista. Sin embargo, no cuestionó, desde la oposición a Perón ni desde su política en el Poder Ejecutivo como presidente, el rol que la industria, el Estado y el mercado interno debían tener en el desarrollo argentino (Altamirano, 2013). Por su parte, las Fuerzas Armadas, institución de importancia central durante toda la década del sesenta, coincidían en el carácter rector que debía el Estado como planificador y la industrialización como impulsora de la modernización. En síntesis, desde las más variadas atalayas intelectuales, políticas e institucionales, existen coincidencias básicas implícitas acerca de los ejes del crecimiento para la Argentina posterior a 1955 (aunque, como veremos en el capítulo 3, esas coincidencias no se trasladaron al campo de la política). El apogeo de la actividad metalúrgica no puede pensarse sin estas miradas coincidentes por parte de las elites.

Sin embargo, el proceso de toma de decisiones no estuvo exento de dificultades. Las políticas públicas durante los años sesenta y setenta condensaron —a veces, en la misma administración— orientaciones diametralmente opuestas. Por un lado, como hemos visto, el

⁷ En los años '30 fue uno de los arquitectos del Estado interventor junto a Federico Pinedo y Luis Duhau; en los años 40, exiliado durante los dos gobiernos peronistas, fundó la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) (Gilbert, Rougier y Tenewicki, 2000).

grueso de las elites estatales coincidían en el papel rector del Estado en la orientación e intervención de la economía (con sus respectivas políticas expansivas en materia monetaria y crediticia) y en el papel central que le cabía dentro del proceso económico al sector industrial. Pero al mismo tiempo, debían prestar atención a los procesos de crisis recurrentes que tenían que, según una perspectiva más ortodoxa, ser corregidos con políticas de extrema austeridad en materia de gasto público y alteración del tipo de cambio para corregir el déficit externo. Esa falta de coherencia o, en el mejor de los casos, la coexistencia de dos problemas de difícil solución simultánea, afectó las políticas sectoriales sujetas en muchos casos a cambiantes instrumentos de política económica, como aranceles y regulaciones de diverso tipo (Mallon y Sorrouille, 1973).

Tres años después de la caída de Perón en 1955, el gobierno de Arturo Frondizi (1958-1962) afrontó de lleno el problema de la integración vertical de la industria con el fin de promover no tanto la producción de bienes de consumo durable y no durable sino de impulsar las industrias de base (Llach y Gerchunof, 2010). Esto le permitiría a la economía nacional — en teoría— superar los ciclos de *stop & go*. Al margen de la inexistencia de un plan global de integración vertical, el gobierno desarrollista inauguró un nuevo paradigma que se vería desplegado a lo largo de la década. Entre 1958 y 1963 esos cambios fueron menos perceptibles debido al impacto negativo que tuvieron las crisis de balanza de pagos y los posteriores planes de estabilización sobre la evolución de la industria manufacturera y los salarios en general.

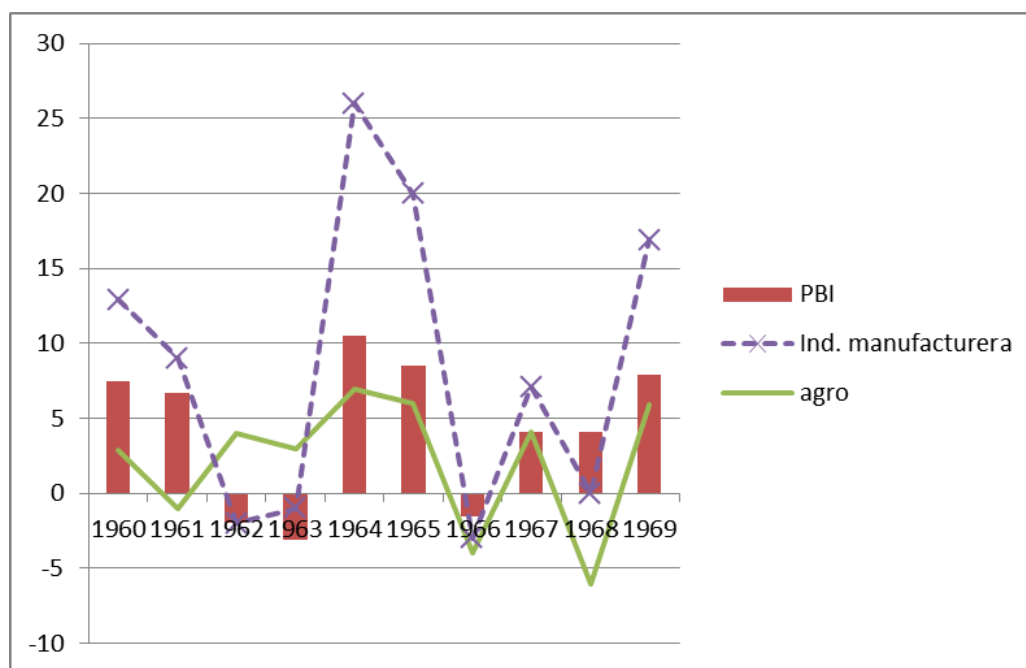
En los años claves que enmarcaron la política desarrollista, la participación de los salarios se redujo desde de un 43,2% del total nacional en 1958 a un 38,5% hacia 1963. En tanto la totalidad de la producción se destinaba al mercado interno, una contracción de los salarios debería impactar en forma directa sobre la evolución industrial. En verdad, la inestabilidad de los primeros años de la década del sesenta pegó de lleno sobre las ramas tradicionales de la industria como: alimentos, bebidas, tabaco, textil y vestido. Sólo entre 1962 y 1963, el PBI per cápita cayó un 7%, se derrumbó la actividad industrial y se acrecentó la desocupación. La industria metalúrgica en particular sufrió una caída del 30%, sólo en 1963 (Belini, 2017).

La industria argentina, pese a las dificultades, fue favorecida por el “clima de época”. El contexto internacional estuvo caracterizado por la expansión de las empresas multinacionales principalmente de origen norteamericano y el consiguiente incremento del comercio mundial y de los flujos de inversión —sobre todo— en sectores con alta innovación tecnológica.

La economía nacional mejoró sus números entre 1964 y 1974 a partir del aumento de la producción primaria exportable y el desarrollo industrial, lo que le permitió la atenuación de las crisis de *stop & go*. Los precios internacionales y el incremento de la productividad por hectárea constituyen un factor central para explicar el incremento de las exportaciones tradicionales.

Figura1

Ciclos de stop & go (en porcentajes del PBI, la Industria Manufacturera y el agro)



Nota. Elaboración propia en base a Belini y Korol (2020)

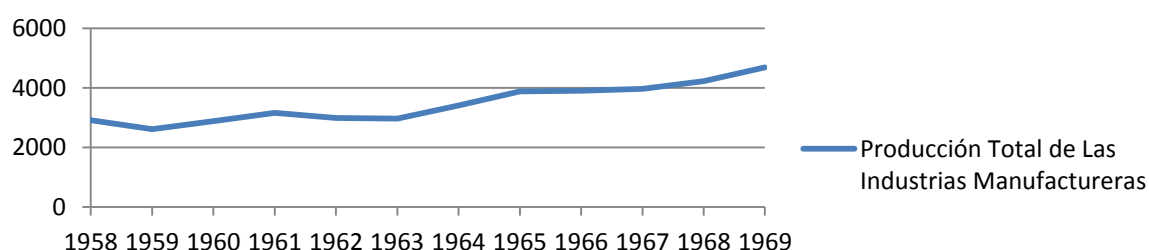
El auge de la producción industrial del período se debió principalmente a la maduración de las inversiones extranjeras y del complejo industrial en su conjunto, radicada durante el gobierno de Frondizi y luego proseguido bajo el gobierno militar de la Revolución Argentina. La expansión industrial se tradujo en un crecimiento del 8% anual, sumado a un aumento de la productividad y sólo un porcentaje de la ocupación, apenas superior al crecimiento vegetativo de la población. ¿Cuáles fueron las industrias impulsoras del período? Luego del sector automotriz, que lidera el crecimiento del período, la industria siderúrgica dio enormes pasos en su consolidación luego de las postergaciones de las que ya hemos dado cuenta. En 1960 se puso en marcha el Plan Siderúrgico que permitió la puesta en funcionamiento ese año del primer alto horno de Sociedad Mixta Siderúrgica Argentina (SOMISA). El segundo plan comenzaría a funcionar, recién, durante el tercer gobierno peronista. Las laminadoras privadas luego de varias marchas y contramarchas desarrollaron un plan de integración vertical que se cristalizó en Villa Constitución a partir de 1967,

mientras que, la Propulsora Siderúrgica en Ensenada inició un proceso que culminaría en 1974 con la acería. Hacia 1974, la sustitución de importaciones en el acero llegó al 50% y casi la totalidad de laminados de ese metal. Para la misma etapa, comenzaba la exportación industrial del sector. Siam Di Tella, Dálmine, Siderca y Acindar eran algunas de las empresas que comenzaron la exportación de sus productos, mayoritariamente en mercados vecinos. Era otra prueba palmaria de la maduración del sector (Katz y Kossacof, 1989).

La participación, en este contexto, de las industrias metalmecánicas en el valor agregado aumenta del 24,6% en 1954 al 33,9% veinte años después. Junto al sector petroquímico constituían los sectores más dinámicos de la producción manufacturera, aportaban más del 50% del valor agregado de toda la industria. Los sectores antiguamente predominantes, como el sector textil, la industria alimenticia y el complejo metalmecánico liviano seguían perdiendo posiciones. Además de generar mayor valor agregado, las nuevas industrias metalmecánicas incrementaron el tamaño promedio de las plantas en detrimento de las pequeñas fábricas (por lo cual se potenciaron las facilidades para la afiliación sindical). Vale aclarar que el complejo metalmecánico incluye metales, vehículos y maquinarias eléctricas, donde el gremio metalúrgico posee el grueso de sus afiliados (salvo un sector de la industria automotriz en la Capital Federal). El aumento en la generación de empleo superó los registros del gobierno peronista y consolidó al sector industrial como principal generador de empleo. Otras de las características históricas del sector se consolidó en estos años: la concentración regional. La Capital Federal y el Gran Buenos Aires fueron la residencia de un porcentaje mayoritario de las empresas y los trabajadores metalúrgicos. La novedad la constituyó el mencionado fortalecimiento de la franja industrial del Paraná y el de la provincia de Córdoba, aunque siempre fueron minoritarias en valor agregado en comparación con la metrópoli y alrededores. La importancia global de las industrias manufactureras queda en evidencia en el siguiente gráfico:

Figura 2

Producción total de la industria manufacturera (en millones de pesos a precios de 1960)



Nota. Elaboración propia en base a Vitelli (1990)

La historiografía obrera tradicional destacó —sobre todo— los procesos de crisis que irrumpían en esos procesos industriales y que desnudaban la explotación, la injusticia del sistema y la defección de muchos de sus dirigentes sindicales. Sin embargo, se adopta una perspectiva de más largo alcance, se observa la existencia de un mercado de trabajo estable y no segmentado, que fortaleció el accionar sindical y la movilidad social ascendente de los trabajadores.

En los años 50 y 60, Argentina era un país con una población que crecía lentamente con niveles de sub-empleo y desempleo relativamente bajos en comparación con otros países de Latinoamérica. Estos últimos, se caracterizaron por poseer mercados laborales con fuertes presiones demográficas y abundancia de mano de obra (Torre, 2004). En el país —en cambio— la reserva de mano de obra rural se ha caracterizado por la inexistencia de una masa potencialmente “disponible”. Al existir una discrepancia menor entre la oferta y la demanda de trabajo, esto repercutió de forma positiva sobre la acción sindical y los salarios. Es decir, que las luchas económicas tienen una buena posibilidad de éxito. Sin embargo, vale realizar algunas salvedades: los años estudiados se caracterizaron por oscilaciones de la actividad económica, especialmente en la actividad manufacturera. Esto, indudablemente, afectó puntualmente los niveles de empleo y los ingresos sindicales. No obstante, las turbulencias macroeconómicas no afectaron los niveles salariales y de ocupación de la actividad metalúrgica vistas en el largo plazo. Además, la distribución de la renta se muestra menos favorable a los trabajadores que en épocas pretéritas. Argentina mantuvo en esos años un esquema de economía cerrada pero, desde el gobierno de Arturo Frondizi, el nivel del Tipo de Cambio Real (TCR) adquiere una importancia que no había tenido como instrumento de política económica. Gerchunoff y Rapetti (2016) señalan la “existencia de un conflicto distributivo estructural” a partir de esos años dado que el titular de la UCRI basó su política comercial en los niveles arancelarios (mucho más que sus predecesores). La manipulación del tipo de cambio definió mucho más que en el pasado el nivel de actividad de los sectores de la economía sustituidos y, por lo tanto, de su nivel de empleo y los salarios de cada sector. El nivel de TCR puede generar también (potencialmente) mayor competitividad y garantizar el pleno empleo pero con un nivel de salario sensiblemente inferior a las expectativas de los trabajadores. La inconsistencia entre las aspiraciones económicas arraigadas en la sociedad y las posibilidades productivas de la economía constituye una de las fuentes de los conflictos laborales en los años sesenta.

2.2 Estructura y Movilidad Social Durante los Años Sesenta, ¿Una Nueva Clase Obrera?

Entre los años censales de 1947 y 1970 la población argentina creció de casi 16 millones de personas a 23.364.000 habitantes (Auyero y Hobert, 2003). Este incremento está acompañado de dos procesos ligados entre sí que modifican la composición social de los sectores populares de Buenos Aires y alrededores. Por un lado, el aumento del flujo de las migraciones de países limítrofes entre los que predominan trabajadores manuales calificados y no calificados. Por el otro, el incremento significativo de las migraciones internas desde las zonas rurales hacia las zonas urbanas. Como hemos visto, estos movimientos poblacionales hunden sus raíces en los años 30, fruto de la contracción de la mano de obra ocupada tanto en la zona pampena y extra-pampeana. La posterior atracción ejercida en los jóvenes provincianos por la industrialización durante el peronismo y el mundo “urbano” en general, constituye un factor del cual diversas historias de vida del mundo sindical han dejado constancia (Beraza, 2007). El resultado fue el crecimiento de los principales centros urbanos, en especial, en la Ciudad de Buenos Aires y, sobre todo, en el Conurbano Bonaerense. En los años sesenta, lejos de atenuarse, este proceso prosiguió su marcha. Los censos de 1950 y 1970 marcan un incremento significativo de los grandes conglomerados urbanos del 62,2% al 79%.

Hasta mediados de los años sesenta el destino final de la mayoría de los migrantes será el Gran Buenos Aires, que crece a un ritmo más significativo al del resto del país, de forma tal que pasa del 29,4% a casi un tercio del total hacia fin de la década. La mayoría de los migrantes se instalaron en los suburbios obreros de la capital y en las localidades de San Martín y Avellaneda, distritos metalúrgicos por excelencia, en un proceso similar a la década peronista.

El tipo de desarrollo impulsado durante la segunda etapa de la ISI se basa en un notable aumento de la productividad por hombre ocupado pero no de la ocupación (Auyero y Hobert, 2003). La mayor oferta de la mano de obra, producto del crecimiento vegetativo y de las migraciones internas, se dirige a la construcción y en especial al sector terciario que absorbe el 72,6% del aumento intercensal de la oferta de mano de obra no agropecuaria. La ocupación de la mano de obra industrial se mantiene prácticamente estable (del 23,9% al 23,7%) desde el comienzo del primer gobierno peronista hasta 1970. Este es un dato esencial a los fines de nuestro estudio: la estabilidad global de la ocupación del sector industrial en plena década del proceso de *stop & go* permite mensurar entonces su relación con la “densidad” sindical, de acuerdo a los datos de Campos y Orsatti (2014).

El relativo estancamiento de la clase obrera tiene como contrapartida el crecimiento de la clase media, un proceso de ninguna forma novedoso, anclado en la etapa anterior. Casi el

50% de los puestos de trabajo creados entre 1947 y 1970 corresponden a esos estratos, sobre todo empleados en la administración pública, las profesiones liberales y el sector comercial. Estamos ante un proceso de “salarización” de la clase media (Auyero y Hobert, 2003) y un crecimiento ininterrumpido de su volumen. Una parte de esa nueva clase media resultó, indudablemente, del proceso de movilidad ascendente de los trabajadores y, la educación, uno de sus instrumentos.

Entonces, en términos relativos, crecen los sectores medios a expensas de los sectores obreros. El menor peso relativo de estos últimos se debe, mayoritariamente, a la “desobrerización” de los sectores populares y el aumento sostenido del cuentapropismo en los años estudiados. El proceso es paralelo a “La pérdida de participación de los asalariados en el ingreso nacional que decrece del 44% en 1955 al 40% en 1972 o aún menos según algunos guarismos” (Auyero y Hobert, 2003, p. 224). Algunos autores consideran a este proceso como de “movilidad descendente relativa” para los sectores populares urbanos, que se manifiesta — por ejemplo— en la duplicación de habitantes de las villas miserias. Sin embargo, hay datos que nos permiten matizar esta afirmación para una parte significativa de los trabajadores de Buenos Aires. Por un lado, se produce el aumento de los propietarios entre los sectores populares urbanos, más herencia de la década peronista que la posterior. Durante los años peronistas, los residentes propietarios en la zona metropolitana pasan del 26,8 al 58,1%, gracias a la expansión de la propiedad horizontal donde residen los sectores medios pero también mediante los “loteos económicos” para los sectores populares en el Gran Buenos Aires. Diversos mecanismos puestos en marcha por el Estado peronista permitieron que los trabajadores alcanzaran el *status* de propietarios que luego disfrutaron en los años sesenta. Si bien el financiamiento público mediante el Banco Hipotecario Nacional no tuvo continuidad posterior a 1955, los trabajadores-propietarios constituyen una realidad en los años sesenta.

2.3 Un Sindicato en el Mar de los Sargazos. El Éxito de la UOM como Organización en los Años Sesenta

La crisis y depresión de los años treinta, sumada a la hostilidad estatal (o a la indiferencia en el mejor de los casos) sobre el mundo del trabajo y el escaso interés por la oferta ideológica de los dirigentes sindicales son factores centrales que explican la marginalidad del Sindicato de Obreros de la Industria Metalúrgica (SOIM), la principal organización de los obreros metalúrgicos hasta los años 40⁸. Los cambios en las orientaciones estatales hacia el mundo del trabajo en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial

⁸ Se volverá sobre estas cuestiones en el Capítulo 3.

constituyen el telón de fondo de una nueva organización sindical, la Unión Obrera Metalúrgica. Las demandas obreras desplegadas en los años subsiguientes, cuando la experiencia estatal encabezada por Juan Domingo Perón se afirmó en el terreno institucional, fueron desde aumentos salariales hasta mejoras en las condiciones de trabajo y la firma de Convenciones Colectivas de Trabajo (en adelante CCT). Este proceso fue acompañado por un cambio sensible en las relaciones obrero-patronales, claramente favorables a los primeros (Doyon, 1988 y 2002). Como parte de esa política, entre 1946 y 1949, el gobierno alentó la sindicalización masiva de los trabajadores de la actividad manufacturera, permitiendo la aparición de verdaderos sindicatos de masas como la Asociación Obrera Textil y la UOM. La cantidad de afiliados a organizaciones sindicales nucleados en la CGT se incrementa a una velocidad con pocos antecedentes en occidente: entre 1945 y 1951 asciende de 434.814 a 2.334.000 (Belini, 2017). De acuerdo a Doyon (2002):

Tabla 2

Afiliación sindical entre 1946 y 1954 (número de afiliados)

Ramas	1946	1948	1950	1954
Industria	444.350	795.752	1.088.781	992.799
Transporte	178.109	306.977	311.623	411.531
Servicios	254.871	430.196	592.000	852.250
Total	877.330	1.532.925	1.992.404	2.256.580

Nota. Doyon (2002)

Si tomamos el incremento del número de afiliados del sector industrial y de la actividad metalúrgica en particular, fue formidable: pasaron de 21.855 trabajadores en 1945 a 118.000 en 1954 de acuerdo a datos de la autora (Doyon, 1988, p. 178).

El decreto 23.852 promulgado en octubre de 1945 sentó las bases legales del poder sindical, confirmado luego de varios años, en la ley N° 14.250 de Convenios Colectivos, promulgada en octubre de 1953 y reglamentada por el decreto N° 6582 en abril de 1954 (Cotarelo y Fernandez, 1997)⁹. Dos características centrales para el desarrollo del sindicalismo emergen del nuevo marco legal: el monopolio de la representación gremial por rama de actividad y territorio; y la fuerte centralización de las organizaciones gremiales. Dicho decreto consagra

⁹ La Ley tiene por objeto regir la realización de "convenciones colectivas de trabajo" entre las "asociaciones profesionales" de obreros y patrones; las condiciones de trabajo establecidas en dichas convenciones son obligatorias para toda la rama de la actividad a la que se refiere, siendo necesaria la homologación del Ministerio de Trabajo para su puesta en práctica. Las convenciones colectivas deben fijar también la zona de aplicación y el plazo de vigencia de sus disposiciones. Por último, la ley contempla la creación, a solicitud de una de las partes, de "comisiones paritarias" formadas por representantes obreros y patronales, con el objetivo de interpretar la convención colectiva o intervenir en controversias individuales causadas por la aplicación de la misma (Cotarelo y Fernandez, 1997).

formalmente la libertad sindical, dado que, a partir de ese momento, a los trabajadores que deseaban el reconocimiento de una entidad gremial se les exigían solamente su inscripción en un registro como cualquier entidad civil. Sin embargo, el derecho a negociar los CCT era otorgado por el Estado al sindicato con más afiliados bajo la figura de la “personería gremial”. Esta notable potestad que se reservó el Estado no fue cuestionada por los dirigentes sindicales afines a Perón, dado que la confección del mencionado decreto se realizó en el contexto del conflicto con otras facciones sindicales para tomar ventajas¹⁰. La consecuencia fue un alto grado de supervisión oficial en la vida interna de los sindicatos, definitorio de la relación entre el Estado y el movimiento obrero en los próximos años.

La centralización en la organización interna de los sindicatos fue otro de los aspectos distintivos de la nueva legislación gremial con respecto, por ejemplo, sus pares chilenos y brasileños. En Chile, sólo se permitían los sindicatos por empresa, poco frecuentes en la Argentina en este período, mientras que en Brasil se excluía la posibilidad de formar una confederación única de sindicatos o federaciones (Doyon, 2002). Aquí, las conducciones nacionales concentraban mayor poder gracias a la nueva legislación. Se encargaban de negociar los CCT y declaraban las huelgas así como de intervenir las seccionales locales. Además recibían directamente los aportes de los afiliados que luego distribuían entre los estamentos de las diversas secciones. El contrapeso de este proceso lo constituyen las comisiones internas de fábrica, conformadas por los delegados de fábrica, y que representan la presencia del sindicato en el lugar de trabajo. Desde 1946 fueron protagonistas fundamentales de la ola de movilización obrera que plasmaron en cada rama de la economía los beneficios consagrados por el Estado.

En síntesis, la creación de un marco institucional fue el mayor aporte estatal en el plano estricto de las relaciones laborales de la época. Sin embargo, el crecimiento y poderío de los trabajadores industriales no puede explicarse sin el rol de los sindicatos y sus dirigentes. En el momento más dinámico de crecimiento de los sindicatos, los tres primeros años de la gestión peronista, los afiliados se incrementaron en un 190%. Esos años se correspondieron con el menor control de la vida política interna de los gremios por parte del Estado, sobre todo en el ámbito de las ramas manufactureras. Allí la capacidad organizativa de los líderes sindicales y la movilización obrera fueron los grandes responsables del incremento de la masa de trabajadores afiliados. Sin la acción mancomunada de trabajadores

¹⁰ En la etapa inicial de la relación entre Perón y los sindicatos, el gobierno militar impulsó la creación de organizaciones gremiales paralelas a las existentes en determinadas ramas de la actividad manufacturera donde el activismo sindical era refractario a la influencia de Perón, como en el caso de la construcción, la alimentación y los propios metalúrgicos. La situación de debilidad e inferioridad de los trabajadores aspirantes a sucederlos en la conducción sindical, hizo que debieran aceptar la tutela del Estado que se prolongaría en el tiempo. (Torre, 1990)

y dirigentes parece difícil entender este vertiginoso proceso. La Unión Obrera Metalúrgica es un ejemplo notable de su protagonismo.

Los beneficios materiales y simbólicos que, desde entonces, proveerían los sindicatos a los trabajadores, fueron completados por el Estado a través de otras medidas: “el sueldo anual complementario, la extensión de las jubilaciones y pensiones a todos los asalariados, el pago de indemnizaciones por despido y por accidentes de trabajo, la percepción de los haberes en caso de enfermedad” (p. 372). El aumento de las capacidades obreras y sindicales también fue inversamente proporcional a la presencia de la autoridad patronal en la vida interna de las empresas. En los primeros años de la gestión peronista, se erosionaron los controles de los empresarios sobre el personal: por ejemplo, se limitó la transferencia de los trabajadores por la planta que no respetara los escalafones previstos por la CCT aunque no siempre este tipo de demandas contaban con el apoyo estatal. El nuevo marco institucional contemplaba una descripción minuciosa de los “escalafones” y sus respectivas remuneraciones, licencias con goce de sueldo por estudio, casamiento y fallecimiento de un familiar. Entre los sectores industriales proliferaron las quejas empresariales por la indisciplina de los trabajadores, el ausentismo y, sobre todo, el peso de las comisiones internas en el seno de la fábrica. Estas últimas, resultaban del voto directo de los trabajadores y funcionaban como bisagra que unificaba a éstos con los sindicatos. Los empresarios se quejaron de la capacidad de las comisiones fabriles para paralizar la producción, evitar rotaciones de personal, realizar asambleas y efectivizar tanto los movimientos de huelga como el cumplimiento de todas las normas de los convenios firmados. (James, 1990; Bitrán, 1994).

Cuando cayó el gobierno de Juan Domingo Perón, en septiembre de 1955, los trabajadores metalúrgicos contaban con una organización poderosa, sobre todo con eficacia probada en el campo de las relaciones laborales gracias a dirigentes jóvenes pero con la suficiente experiencia para afrontar los tiempos que vendrán. Las bases estructurales de la economía y organizativas que le permitieron crecer y fortalecerse a organizaciones como la UOM permanecieron intactas, como se verá en los años venideros.

2.3.1 1958-1969: Una Dirigencia de Recambio Entra en Escena

El grado de injerencia estatal en la vida interna de los sindicatos resultó una constante desde mediados de los años cuarenta, cuando el Estado peronista modificó sustancialmente las reglas del juego en materia de relaciones laborales. Por lo tanto, no resultaría extraña la conmoción en las filas obreras y sindicales cuando se produjo una nueva y directa intervención de las Fuerzas Armadas en la vida política argentina. Sin embargo, la irrupción estatal tendría un carácter bien diferente ahora. La “Revolución Libertadora”, tal cual se

denominó el nuevo golpe militar, inició una *razzia* contra los principales dirigentes políticos y sindicales peronistas luego del breve *impasse* que significó la primera etapa encabezada por el General Eduardo Lonardi. El decreto 7.107

excluyó de la actividad sindical a todos aquellos que habían tenido cargos representativos entre 1952 y septiembre de 1955, así como a quienes eran indagados por una comisión especial creada para investigar los delitos e irregularidades cometidos por los funcionarios justicialistas. (James, 2003, p. 123)

Una de las peculiaridades en la nueva relación entre el mundo del trabajo y el Estado que éste último deseaba inaugurar, radicaba en que el régimen estaba dispuesto a llevar esta ofensiva al ámbito de la producción. El decreto 2.739 autorizaba a los sectores patronales a remover los obstáculos destinados al aumento de la productividad. En buen romance significaba avanzar sobre una de las instituciones que ya en tiempos de Perón constituía una de las quejas de los empresarios: el poder de las comisiones internas incorporado en las convenciones colectivas de trabajo entre 1946 y 1948. La cultura fabril, forjada en los años peronistas (sobre cuyos significados más profundos se desarrollarán en el capítulo 4), presentó en la segunda mitad de los años cincuenta obstáculos para imponer nuevos reordenamientos laborales y generó, por oposición y contraste, el fenómeno que adquirió ribetes de epopeya, “La Resistencia Peronista” (Salas, 1988; James, 1990).

Por “arriba”, además del encarcelamiento de dirigentes de primera línea, algunos de los sindicatos más importantes de la era peronista fueron asaltados y ocupados por los “Comandos Civiles”, grupos de militantes antiperonistas combinados con dirigentes sindicales de militancia radical y socialista, al mismo tiempo que se intervenía la CGT. El descabezamiento de la dirigencia sindical tradicional permitió la consolidación de una nueva (y no tan nueva) camada de dirigentes que había hecho ya un *cursus honorum* en la estructura sindical durante los años peronistas¹¹. La Revolución Libertadora colaboró con este proceso mediante el decreto 7107 de abril de 1956 que inhabilitaba para el ejercicio de la función gremial a directivos que ocuparon la primera plana del mundo gremial durante el segundo gobierno peronista. El posterior decreto 14.190 de agosto de ese año extiende, al menos desde la teoría, la inhabilitación a los dirigentes sindicales de segunda línea. En ese mismo año, el

¹¹ Como Fernando Donaires en papeleros; Gerónimo Izzetta en el gremio de los municipales, Juan Racchini en Aguas Gaseosas, Eleuterio Cardozo, de la Alimentación, Miguel Gazzera entre los fideeros; Rogelio Coria en la construcción, José Alonso en el Sindicato del Vestido, Julio Guillán en los telefónicos, Andrés Framini y Juan Carlos Lohalaberry entre los textiles y-desde ya- el que se convertirá en el *primus inter pares* de los dirigentes sindicales de los años sesenta, Augusto Timoteo Vandor de los metalúrgicos.

decreto 9270 introduce modificaciones importantes a los principios establecidos en la CCT de la época peronista: rompe el principio de sindicato único por rama de actividad, impide toda actividad que implica una adhesión política explícita y garantiza la representación de las minorías (Rotondaro, 1971; James 2003). Si bien la virulencia de las directivas del gobierno reflejaba el sentir de una parte de las Fuerzas Armadas y de los sectores más entusiastas de sus apoyos civiles, la batería de disposiciones se aplicaron sólo a medias. Hacia fines de 1956 algunos gremios ya habían sido recuperados por gremialistas peronistas y no peronistas, proceso que se profundiza en 1957. Ese mismo año se convocó un Congreso Normalizador de la CGT encabezado por su interventor, el Capitán de Navío Alberto Patrón Laplacette, con intenciones claras de desperonizar el sindicalismo argentino pero con vínculos con algunos de esos jóvenes dirigentes (Donaires, 2007). Sin embargo, el resultado de esa normalización es la formación de un sólido bloque de dirigentes mayoritariamente conformados por peronistas, las 62 organizaciones. El resto de los gremios no peronistas, algunos de ellos importantes pero en franca minoría, abandonaron el Congreso y formaron los 32 gremios democráticos¹². Finalmente, otro grupo aún más minoritario, lo constituyen los gremios de orientación comunista e independientes, denominados “los 19” (Rotondaro, 1971, p. 287).

Tal como señala Daniel James: “Las 62 Organizaciones representaron para los gremialistas peronistas la primera organización justicialista completamente legal desde el derrocamiento de Perón, y la utilizarían para coordinar su accionar y presionar al gobierno tanto en el campo sindical como en la esfera política más general.” (James, 2003, p.126). Esta posibilidad echaría por la borda los intentos insurreccionales que los “Comandos de la Resistencia” habían llevado a cabo desde 1955 cuyo primordial objetivo era la vuelta de Perón al país. Pero la llegada hasta ese punto de crucial importancia institucional estuvo jalonada por conflictos por fuera y por dentro de la estructura gremial entre los años 1956 y 1957 que constituyeron el “telón de fondo” de las relaciones laborales de estos años¹³. Pero la posibilidad de la institucionalidad abriría, en el corto plazo, el dilema.

2.3.2 Las Bases Estructurales del Poder Sindical

Luego de tres años de gobierno militar, el gobierno desarrollista de Arturo Frondizi (1958-1962) sentó las bases estructurales del poder institucional de los sindicatos, mediante la ley de Asociaciones Profesionales N°14250 (James, 1990). En esencia la ley restablecía el sistema creado por el gobierno de Perón de sindicato único por rama de producción, lo cual

¹² Entre los gremios no peronistas se encontraban los empleados de comercio, bancarios, empleados municipales y personal civil de la nación. Es decir, los que nucleaban a los trabajadores de “cuello blanco” y los sectores de clase media. Los 32 no tenían injerencia en ninguno de los grandes sindicatos industriales que ratificaron su condición de peronistas.

¹³ De los cuales daremos cuenta en el capítulo 3

eliminaba la posibilidad de organizaciones rivales. A la hora de discutir los Convenios Colectivos de Trabajo, un sindicato representaría a la totalidad de los trabajadores. La ley diferenciaba tres niveles de organización: sindicatos de primer grado, que en Capital y las provincias organizaban a los mismos trabajadores de una misma rama; sindicatos de segundo grado y federaciones que agrupaban a sindicatos de primer grado pertenecientes a diversas provincias. Por último, un tercer nivel de organización correspondiente a la confederación que nucleaba a las federaciones, sindicatos no federados y uniones. Los sindicatos más grandes, como los metalúrgicos, poseían una estructura sindical de primer grado que le permitía ejercer un firme (aunque no absoluto) control sobre las actividades de las diversas secciones y las comisiones internas fabriles. Este tipo de organización garantizaba —asimismo— recursos económicos fluidos a los sindicatos como la cuota sindical, consistente en el descuento mensual de los afiliados en un 1%, o bien, de una suma fija mensual que oscilaba entre 50 y 100 pesos. Los empleadores, por su lado, debían aportar la cuota asistencial destinada al sostenimiento de las prestaciones de salud que realizaban las organizaciones sindicales. Ambos se presentan bajo la forma de “retenciones” en el Censo Nacional de Asociaciones Profesionales (CNAP) de 1965. Además, se determinó la existencia de cuotas extraordinarias negociadas en los convenios, que por lo común constituían un porcentaje del primer salario quincenal pagado al comienzo de un nuevo contrato (James, 2003).

El análisis de los CCT de la actividad metalúrgica de 1960, 1961 y 1966 nos darán las pautas de las bases del poder material del vandomismo, así como el CNAP de 1965 nos brindará una idea aproximada de los ingresos y el patrimonio aproximado de las organizaciones gremiales durante los años sesenta y, en particular, del metalúrgico.

2.3.3 Los CCT Metalúrgicos de 1960, 1961 y 1966

Los intentos empresariales de alterar las relaciones laborales heredadas del peronismo se plasmaron en la firma de los CCT. Pero también los metalúrgicos intentaron defender sus condiciones de trabajo y conquistas sociales mediante numerosos conflictos, muchos de ellos coincidentes con las paritarias (o para forzar su convocatoria). Es decir que los CCT se convirtieron en un campo de disputa más allá de la retórica de la armonía de clases que el justicialismo había pregonado desde la cúspide del Estado.

En la propuesta desarrollista, el pasaje de la primera etapa de la ISI a la segunda incluía —implícitamente— una revisión de las relaciones laborales heredadas del primer peronismo. Las cuestiones más importantes para los empresarios se relacionaban con el intento de incrementar los ritmos de producción y una mayor racionalización de tareas con la eliminación de “tiempos muertos”. Las empresas deseaban avanzar en la re categorización de

los trabajadores (es decir, la posibilidad de ser reubicados de acuerdo a las necesidades de la empresa) y la revisión de las diferentes secciones fabriles de acuerdo a la evolución del sector. Algunas de las trabas que afectaban la productividad de las empresas —según los sectores patronales— requerían de la limitación del poder de las comisiones internas en el ámbito fabril, como ya lo habían puesto de manifiesto en las postrimerías del régimen peronista. Producto de esa oleada transformadora, se incorporaron en algunos segmentos de la industria manufacturera nuevos métodos de organización fabril como el control de los tiempos de ejecución de las tareas de los operarios, acorde con los principios del modelo fordista-taylorista que ya había sido aplicado en la industria de la carne en los primeros años del siglo XX. También había constituido un tema recurrente de los empresarios, como en el Congreso de la Productividad de 1955 (James, 1981; Lobato, 1988; Bitrán, 1994; Schneider, 2006). De alguna forma, los sectores empresariales intentarían volcar en los CCT esos impulsos de reforma, como el aumento de la productividad por hombre ocupado y limitación de los poderes obreros dentro de la planta.

En consonancia con la oleada modernizadora Galileo Puente, subsecretario de Trabajo de Arturo Frondizi señalaba:

Cuando me hice cargo de los problemas de las relaciones laborales me encontré con anarquía, abusos y todo tipo de atropellos por parte de los obreros. Los empresarios habían perdido el control de sus fábricas; las comisiones internas manejaban todo.

Aquellos que debían obedecer, en realidad estaban dando las órdenes (...) los empresarios deben por lo tanto retomar el control de la fábrica. (James, 1981, p. 344)

En las industrias de crecimiento vegetativo propias de la primera etapa de la ISI, como la industria textil y la alimentación, la introducción de pautas modernizadoras fue exitosa. En el caso de los metalúrgicos la eficacia de los dirigentes metalúrgicos colocó un freno a las expectativas empresariales.¹⁴

En lo referido a las comisiones internas, su funcionamiento quedó plenamente plasmado y legalizado superando las ambigüedades de la ley de asociaciones profesionales de la etapa peronista. Como señalan sus artículos Art 35 y 36:

Art 35) Los empleadores concederán permiso con goce de sueldo a los miembros de comisiones internas que deban realizar gestiones gremiales

¹⁴ Si bien para James (1990) la firma de estos convenios tienen como contexto la “derrota de la clase obrera” luego de las huelgas de 1958 y 1959, para Schneider —que no posee simpatía alguna por Vandor y el vandorismo— sostiene lo opuesto: la dirigencia y la clase obrera le ponen un freno concreto a los deseos del gobierno y el sector patronal (2005).

Art 36) Los empleadores reconocerán a los delegados designados [...] no podrá aplicar sanciones a los mismos sin causa debidamente justificada y sin previa comunicación a la organización sindical

Otros artículos establecen límites al trabajo incentivado:

Art 51) En los casos que sea necesario realizar tareas en horas extras o suplementarias a los efectos de la correspondiente autorización deberá requerirse la previa conformidad de la organización obrera [...]

El respeto a los escalafones se mantiene, en su espíritu, similares al período precedente:

Art 13) En todas las ramas de la industria metalúrgica se establece para todo obrero que sea destinado a tareas de categorías superiores y que ejecuten dichas tareas, el derecho a percibir la diferencia de su salario con el de las tareas superiores para que fuera designado

Art 56) Ningún empleado podrá ser destinado a realizar trabajos que le signifiquen menoscabo moral. Los empleados que circunstancialmente tengan que realizar tareas inherentes a una categoría inferior a la que revistan, no podrán sufrir modificaciones en su categoría [...]

El artículo 83 si bien introduce de manera ambigua la posibilidad de “revisión” de obstáculos a una mayor productividad (lo cual parece impuesto por el sector patronal), en su encabezado excluye la posibilidad de asentar como precedentes los incentivos en la CCT:

Art 83) Los sistemas de premios o cualquier otra forma no constituyen materia propia de la convención colectiva. Sin perjuicio de ello dejase aclarado, en forma expresa, que la Unión Obrera Metalúrgica de la República Argentina y/o sus delegados en los distintos establecimientos no podrán oponerse a la revisión de los sistemas vigentes cuando la incidencia que en ellos puedan ejercer los salarios, los métodos de trabajo, la renovación o modernización de las maquinarias y/o cambios técnicos como así también la variación en la calidad de la materia prima, los haga antieconómicos o desnaturalice el superior propósito de incentivar razonablemente la producción que debe presidirlos. (Citado en Schneider, 2005, pp 39 y 40)¹⁵

El Convenio firmado un año después, además de ratificar en lo sustancial lo acordado en el anterior de 1960 introduce algunas cuestiones puntuales que limitan aún más las

¹⁵ Aquí coincidimos con la opinión del autor. Para una opinión adversa, es decir, la firma de convenios como el resultado de un clima de derrota de los trabajadores, véase James (1990). En lo referido a la política de incentivos en el artículo 83, para el historiador británico es un ejemplo de la concesión del sindicato que favorecía la discrecionalidad patronal. Esta tendría “[...] la facultad de fijar de modo unilateral la tarifa del trabajo” (pp. 193-194). La interpretación que se defiende aquí es la opuesta: al no quedar plasmado en el convenio, como lo dice explícitamente en el primer párrafo de dicho artículo, queda sujeto a la negociación o la relación de fuerzas entre ambos.

prerrogativas y potenciales arbitrariedades de los empresarios: “Artículo 65) Ningún superior podrá reconvertir disciplinariamente en voz alta a sus subalternos delante de una tercera persona de igual o inferior jerarquía o extraña al establecimiento”

En el artículo 82 de la CCT de 1961 se explicitan las funciones del delegado como nunca antes en un convenio metalúrgico, que abarcan la casi totalidad de los aspectos que pudieran afectar al personal:

E) La Comisión interna [...] tomará intervención en todos los problemas laborales que afecten total o parcialmente al personal, para ser planteado en forma directa ante el empleador o la persona que este designe. En las reclamaciones de tipo individual o peticiones particulares relativas a: a) enfermedades; b) accidente; c) vacaciones; d) licencia y permisos; e) préstamos y adelantos; f) toda clase de salarios, remuneraciones, compensaciones y asignaciones del convenio o legislación vigente [...]

Los últimos dos artículos establecen el flujo de fondos que garantizará el fortalecimiento patrimonial de la UOM: los aportes patronales y de los trabajadores destinadas a las “funciones amplias” del sindicalismo (sobre todo servicios de salud y turismo) y al sostenimiento de la actividad gremial.

Artículo 91) A contar de la fecha de vigencia del presente convenio, las empresas abonarán mensualmente a la Unión Obrera Metalúrgica de la República Argentina el ½ % sobre los jornales reales que perciban sus obreros y empleados durante el mes. El monto de lo recaudado se destinará exclusivamente al mejoramiento y ampliación de los servicios sociales, Asistenciales y médicos, y serán depositados en una cuenta especial que estará abierta para tales efectos.

Artículo 92) Se deja establecido que las empresas metalúrgicas serán agentes de retención descontando a todos los obreros y empleados, el importe del 1 ½% sobre sus remuneraciones, importe que será depositado en la cuenta especial de la U. Obrera Metalúrgica [...]. (pp. 27-119)

Los resultados de la aplicación de los CCT pueden observarse en el CNAP de 1965, que constituye también la principal fuente documental para establecer el estado patrimonial de los sindicatos en Argentina.

El total de los aportes asistenciales y sindicales correspondientes a la industria manufacturera ascienden a \$601.938 millones de pesos moneda nacional de los cuales 247.212 millones de la misma denominación responden a los ingresos propios de la UOM para 1965 (Cuadro n°18, p. 26). Para 1964 el valor total del patrimonio de los sindicatos perteneciente a la industria manufacturera es de \$ 815.796 millones.

En cuanto a la cantidad de cotizantes, es decir los trabajadores cuyos salarios sufren los descuentos que se corresponden con el CCT de cada actividad, la Industria Manufacturera alcanzaba, en el año 1963, la mayoría para 1963 (596.248) y 1964 (607.891). Por su parte, dentro de la industria manufacturera, que engloba a los metalúrgicos, el rubro “Industrias metálicas básicas” poseía el mayor porcentaje de cotizantes de todo el sector manufacturero: 35,6%.

Dentro de una actividad globalmente considerada próspera durante la década del sesenta como la industria manufacturera, el sindicato metalúrgico en su sección Capital concentraba la mayor parte de los afiliados 35,6% (muy por encima del 16% de los textiles, por ejemplo), con 222.000/216.000 afiliados para los años 1964-1963 (Cuadro n° 5, p. 15); y con ingresos valuados en la 1/3 parte de toda la industria manufacturera. Vale aclarar que todos los registros mensurados por el Censo entre 1963 y 1964 son en ascenso.

El CNAP pone también en relieve la concentración de ingresos en la Seccional Capital de un gremio de primer grado como la UOM:

Los sindicatos más importantes están radicados en Capital Federal, pero los trabajadores cotizantes- por ejemplo, los del gremio metalúrgico- se distribuyeron en distintos puntos del país. Estas filiales, que carecen de personería gremial cotizan al sindicato principal, lo que determina una concentración de ingresos en la Capital federal, cuando se clasifican. (p.6)

A partir de estos datos una pregunta clave es: ¿En qué utilizaba la UOM esos fondos? Según el Censo, la UOM poseía para 1964 una serie de servicios ofrecidos a los afiliados, a saber: 1 colonia de vacaciones, 1 campo deportivo, 3 farmacias, 11 ámbitos de gestión de jubilaciones (sin especificar), 1 proveeduría, 3 sanatorios, entre los rubros más importantes (Censo, Cuadro n°14, p. 24). Aún no se había materializado la compra que más repercusión tuvo en la época: el Hotel Royal de Mar del Plata (Gorbato, 1992, p. 65).¹⁶

¹⁶ El hotel “Royal” de Mar del Plata fue creado a principios del siglo XX y se transformó en un símbolo del turismo de carácter aristocrático que tenía esa ciudad. En el transcurso del siglo XX, incorporó canchas de tenis, cricket, pista de patinaje y una pileta de agua salada. Hacia los años 40 poseía más de 200 habitaciones. En 1966 la familia propietaria lo vendió a la UOM en 150 millones de \$mn

Años después, en el Congreso de la UOM, que llevó como título el nombre de “Rosendo García”, realizado al poco tiempo del asesinato del dirigente sindical de Avellaneda en 1966, el gremio propuso un anteproyecto de CCT que incluía un descanso de 30 minutos pagos por cada ocho horas de trabajo corridos, la obligatoriedad de comedor para establecimientos de más de 50 trabajadores, la disposición de una bolsa de trabajo manejada por la UOM¹⁷ y un aporte extraordinario por parte de la patronal al sindicato, correspondiente a la primera quincena de vigencia del CCT. Además, el proyecto volvía sobre algunas cuestiones que formaban parte de los reclamos de los metalúrgicos, entre las cuales se destacaba la eliminación de las quitas zonales¹⁸. Por último, proponía la incorporación del “Día del Trabajador Metalúrgico” en carácter de jornada no laborable y paga. De forma tal que, en plena dictadura militar, los trabajadores y el Sindicato se sentían lo suficientemente fuertes para no sólo no retroceder en los derechos adquiridos, sino intentar avanzar más allá de lo que se había logrado en la época de Frondizi.

En líneas generales, el CCT entre la UOM y los sectores patronales N°140/66, firmado el 13 de septiembre de 1966, no presentó modificaciones sustanciales al firmado en 1960. La entidad sindical no logró imponer la creación de una bolsa de trabajo ni aumentar el tiempo de descanso. Según el artículo 24:

[...] Todo el personal cuando trabaje en turnos diurnos, continuados de ocho (8) o más horas, o nocturnos de siete (7) o más horas continuadas, gozarán de un descanso de veinte (20) minutos para merendar; [...] Queda establecido que este descanso no puede ser descontado ni recargado en la jornada de labor, sin mengua de sus salarios. Pero sí logró asegurarse la celebración de la jornada no laborable por el día del metalúrgico y el cobro de la cuota extraordinaria de ingresos derivada de la negociación anual:

Art 92): [La UOM] hace saber a la representación empresarial que, de acuerdo a lo resuelto por el Congreso Nacional de Delegados y Congresos seccionales, se ha determinado que el aumento correspondiente a la primera quincena de vigencia de este

El Royal fue un emblema del turismo aristocrático. Luego asumió el mismo rol para la clase media cuando empezó a “adueñarse” del balneario y más tarde articuló su historia con la del turismo gremial.

En 1924 tenía “212 habitaciones y 40 baños” y en las dos décadas siguientes se extendió a lo largo de la manzana. Tuvo una cancha de tenis, una de criquet y una pista de patinaje, pero la obra cumbre llegó en 1942 con una pileta con agua de mar, originalmente descubierta y para uso exclusivo de los huéspedes. El Royal pertenecía a la familia Rubertis, que en 1966 lo vendió a la UOM en 180 millones de pesos, una cifra asombrosa para el mercado inmobiliario de la época lo cual generó una verdadera conmoción (Gorbato, 1992). Elisa Pastoriza señala que los hoteles sindicales crecen de 5 a 62 entre 1956 y 1973. Según la autora hacia 1967, varias organizaciones gremiales poseían hoteles en Mar del Plata. Algunos de ellos: Albamar, Amancay (energía eléctrica), Grand Hotel (petroleros), Hawai (empleados bancarios) Hurlingham, Riviera (empleados de comercio) y Grand Firenze (telefónicos) (Pastoriza, 2008).

¹⁷ El significado de la propuesta es considerable: ni más ni menos disputar el monopolio de la designación de los trabajadores por parte de los empresarios en el propio ámbito de la producción.

¹⁸ Consistían en descuentos practicados sobre las remuneraciones percibidas por los trabajadores de acuerdo a las tareas y el lugar geográfico de localización de la mano de obra (Bosoer y Senen Gonzalez, 2009)

convenio sea retenido por los empresarios a todos los trabajadores metalúrgicos, para ser depositado en la cuenta bancaria especial de la organización. (Citado por Bosoer y Senen Gonzalez, 2009, p.164)

Los voceros de los empresarios expresaron su conformidad con el CCT firmado, aunque dejando en claro —en forma solapada— que, alguno de sus reclamos históricos, aún no habían sido contemplados.

2.3.4 Población Sindicalizada (1958-1969). Una Aproximación

Pese a la escasez de datos y la divergencia en las interpretaciones, podemos realizar una síntesis que nos permitan determinar en forma aproximada la tasa de sindicalización en Argentina¹⁹ en el período estudiado.

Tabla 3

Trabajadores sindicalizados entre 1946 y 1974 (en miles)

Años	Número de afiliados (en miles)
1946	877
1948	1533
1954	2426
1957	2221
1960	2536
1963	2567
1974	2906

Nota. Elaboración propia en base a Campos y Orsatti (2014)

El cuadro N°3 nos indica en primer lugar el enorme salto que la experiencia peronista significó como aliciente para la afiliación sindical. Desde 1948 hasta 1954 el crecimiento de la afiliación sindical es muy alto, en un porcentaje de casi el 10% anual. Para la etapa post peronista, claramente se pueden encontrar dos subperíodos: hasta 1963 de casi estabilidad (menos del 1% anual de crecimiento promedio, con bajas intermedias muy pronunciadas). Luego de 1964, dicha tasa se habría recuperado en 1,2%²⁰ de crecimiento anual hasta casi mediados de los años setenta.

¹⁹ Para una síntesis de esas apreciaciones, véase Campos y Orsatti (2014).

²⁰ No del 1,6% como señalan Campos y Orsatti (2014).

Los cambios en el primer subperíodo pueden ser explicados en virtud de la hostilidad del Estado hacia la organización sindical manifiesta entre 1955-1958. Hacia 1960, la cantidad de afiliados se recuperó con respecto al cenit de 1954 por influjo del ordenamiento institucional que provocó la normalización de la actividad sindical, su corolario en la Ley de Asociaciones Profesionales y la recuperación de la ISI luego de la crisis de 1958. Desde el año 1963 existe una correlación positiva entre los años de crecimiento económico (en especial, del crecimiento industrial) y el aumento de la afiliación. Si sólo se toman los años 1954 y 1974, y se descuenta el crecimiento vegetativo de la población, se encontrará un ligero declive de la cantidad de afiliados. Esa estabilidad debe ser ponderada sobre todo teniendo en cuenta los violentos ciclos de *stop & go* que redujeron los niveles de actividad en varios de los años estudiados y la hostilidad de varios de los gobiernos del período.

En síntesis, el poderío “material” de la UOM durante los años sesenta reconoce una fuente principal: la centralidad de la actividad metalúrgica en el sistema capitalista argentino de esos años. Sin embargo, no alcanza como único argumento para entender el relativo éxito en la defensa del poder adquisitivo de los metalúrgicos y con suma eficacia las condiciones laborales. También obedeció a la eficacia de la organización sindical y sus dirigentes.

Capítulo 3: Construcción y crisis de un actor político-sindical independiente: la UOM entre 1958 y 1969

3.1 Los años previos

Los trabajadores metalúrgicos, pese a su peso cada vez mayor dentro del conjunto de los trabajadores industriales, poseían una escuálida organización hasta 1943: el Sindicato Obrero de la Industria Metalúrgica (SOIM). Había sido fundado, al calor de los conflictos posteriores a la Primera Guerra Mundial, por militantes y simpatizantes de la Revolución Rusa. Aunque poseía mayor presencia en la rama que su par y antecesora anarquista, hacia fines de los años veinte, sus afiliados no superaban el 5% del total de los trabajadores en Capital Federal y alrededores (Camarero y Ceruso, 2015). Luego de una década, la capacidad del sindicato de captar afiliados y la atracción de los metalúrgicos hacia su organización gremial no variaron sustancialmente. Más allá de las polémicas, parece existir un cierto consenso acerca de la dura realidad compartida por el resto de las organizaciones en el período preperonista (Murmis y Portantiero, 1970; Del Campo, 1983; Torre, 1988; James, 1990). En todo caso, el principal aporte de los comunistas al movimiento obrero de los años 30 no fue la difusión de ideologías rupturistas con el orden capitalista, de escaso atractivo para los trabajadores, sino la encomiable tarea de organización sindical en actividades centrales de las ramas de producción vinculadas a la sustitución de importaciones, como el caso metalúrgico (Camarero, 2008; Hora, 2019). La experiencia organizativa de los dirigentes de izquierda fue reconocida como una de las herencias más estimadas, incluso por los dirigentes sindicales peronistas de la década del sesenta, de poca simpatía por esas corrientes de pensamiento.

Al margen de las polémicas, parece no haber dudas acerca de la indiferencia estatal posterior a 1930 ante la cuestión obrera y/o la hostilidad manifestada a través de la represión lisa y llana. A esos factores se les sumó la depresión económica de los años 30. Esto hizo más áspero el camino para el mundo del trabajo que vio desdibujadas —por un tiempo— las aspiraciones de progreso y movilidad social. La posibilidad de integración en el contexto del capitalismo argentino había animado las esperanzas de los trabajadores argentinos desde fines del siglo XIX y se habían fortalecido en los años de los gobiernos radicales (1916-1930). Los años 30 constituyeron una interrupción en ese proceso pero que fue retomado luego por el estado peronista, que dotó a los trabajadores de nuevos bríos y esperanzas (Hora, 2019).

3.2 EL nacimiento de la UOM

La Unión Obrera Metalúrgica se conformó al calor de la crisis política vivida por las organizaciones sindicales a principios de los años cuarenta. La crisis económica provocada por la segunda guerra mundial le suministró dificultades adicionales a la actividad económica, a las cuales se le sumaron conflictos en la organización sindical. En abril de 1943 se conformaron las CGT N°1 y la CGT N°2 organizadas de esta forma a partir de diferencias políticas e ideológicas entre ellas. La primera fue conducida por la poderosa Unión Ferroviaria (el gremio más poderoso de la Argentina hasta ese momento) que deseaba mantener una actitud prescindente tanto del Estado como de los partidos políticos. En la segunda participaban de forma más activa el Partido Comunista y los sindicatos afines a los “rojos”. Esa ruptura se transmitió a algunas organizaciones gremiales como el SOIM. Luego de un prolongado conflicto, en 1942, un grupo de trabajadores de la empresa CATITA encabezado por los hermanos Ángel y Adolfo Perelman impulsaron en abril de 1943, junto a otros dirigentes, la creación de la Unión Obrera Metalúrgica. El apoyo del sector cegetista cercano a los ferroviarios quedó palmariamente demostrado en el uso de las instalaciones de la Unión Ferroviaria por parte de la flamante organización (Camarero y Ceruso, 2015).

Las transformaciones políticas que ocurrieron a principios de esa década impactaron de lleno en las organizaciones gremiales, cuando las fuerzas del trabajo fueron interpeladas por un sector del Estado, luego del golpe de junio de 1943. Una de las facciones de los militares en el poder, encabezada por el Coronel Juan Perón, se lanzó a la búsqueda de apoyos sociales entre los sindicatos más consolidados²¹. Esta apertura del Estado hacia el mundo del trabajo provocó dudas, divisiones, realineamientos y nuevas expectativas entre los dirigentes sindicales (Torre, 1988). La flamante conducción de la UOM compartió —al principio— los resquemores de muchos de sus pares sindicales acerca de la inédita propuesta de la Secretaría de Trabajo y Previsión a cargo del Coronel Juan Domingo Perón de trocar apoyo político a cambio de ventajas palpables para los trabajadores del sector. Las dudas fueron abandonadas hacia fines de 1945 en vísperas de las elecciones del año siguiente, cuando se impuso el sector que adhería al impetuoso y ambicioso Coronel (Marcillese, 2018)²².

²¹ Juan Domingo Perón formaba parte de una camada de oficiales del ejército de mediana graduación agrupados en el GOU (Grupo de Oficiales Unidos) que conspiró para dar el golpe de 1943. Los militares adquirieron un peso político decisivo en virtud del vacío político en las postrimerías del régimen conservador de principios de la década del '40. Sobre el peso político de las Fuerzas Armadas en la política argentina, véase Potash (1986) y Rouquié (1986).

²² El año 1945 puede ser considerado un parte aguas en la relación entre el Estado y los trabajadores. Para mediados de ese año, la situación de Perón -a esa altura el hombre fuerte de la Revolución de Junio- se tornó insostenible merced a la oposición civil y la de sus propios camaradas de armas. A principios de octubre fue desplazado del poder y confinado a la isla Martín García. Las intrigas de sus partidarios

En su primera etapa de gobierno, Perón impulsó políticas de apoyo decidido en favor de las demandas de los trabajadores y el fortalecimiento del movimiento obrero. En los primeros años, la gestión peronista alentó intensos movimientos huelguísticos que fueron protagonizados por las organizaciones sindicales, más antiguas o nuevas. Las demandas obreras iban desde aumentos salariales hasta mejoras en las condiciones de trabajo y la firma de Convenciones Colectivas de Trabajo (en adelante CCT). Este proceso fue acompañado por un cambio sensible en las relaciones obrero-patronales, claramente favorable a los primeros. Como parte de esa política, entre 1946 y 1949, el gobierno también azuzó la sindicalización masiva de trabajadores, en especial de la actividad manufacturera, permitiendo la aparición de verdaderos sindicatos de masas como la Asociación Obrera Textil y la Unión Obrera Metalúrgica. La cantidad de afiliados a organizaciones sindicales nucleados en la CGT se incrementó a una velocidad con pocos antecedentes en occidente: entre 1945 y 1951 asciende de 434.814 a 2.334.000 (Belini, 2017).

A los pocos meses del triunfo de Perón, a comienzos de 1946, la CGT interviene el gremio metalúrgico y se eligen nuevos dirigentes encabezados por Hilario Salvo. Este movimiento formaba parte del intento más general del flamante Estado de restarle todo tipo de autonomía política a los sindicatos, proceso conseguido sólo a medias.

Durante el mandato de Salvo se estableció un convenio colectivo de trabajo para la actividad metalúrgica, y se crearon las primeras seccionales fuera de la Capital Federal: Avellaneda, Quilmes y Morón (Dawyd, 2015). El próximo líder fue Abdalá Baluch quien ocupó el mayor cargo entre 1952 y 1954. Después del cimbronazo provocado por la huelga de 1954 (Fernández, 2003), la conducción quedó a cargo de Rafael Colace primero y luego de los hermanos González (“Los Gonzalitos”). A fines de 1954, fueron derrotados en el congreso que se hizo en el Luna Park por Paulino Niembro quien cedió su cargo de Secretario de la Seccional Capital a un joven dirigente, Augusto Timoteo Vandor (Schiavi, 2008). La inestabilidad política al interior de la UOM, dato nada inusual en el movimiento obrero durante el gobierno peronista se conjugó, en sus primeros años de vida, con conflictos puntuales con el Estado y la patronal (Fernandez, 2003), aunque menos virulentos, comparados con otras ramas de la producción como los ferroviarios (Little, 1988; Doyon, 1988).

dentro del gobierno, los dirigentes sindicales y la movilización de los trabajadores a la Plaza de Mayo el día 17 lo rescataron de su muerte política y transformaron esa fecha en el acto fundacional de un nuevo movimiento político, el peronismo (Luna, 1984; Torre, 2014).

La posición de los dirigentes metalúrgicos en el contexto del movimiento obrero y la CGT durante la época fue de subordinación con respecto a organizaciones con más experiencia y trayectoria, como los ferroviarios. Pese a la importancia cada vez mayor de las actividades metalúrgicas en la economía argentina, esa preponderancia no se percibió en las estructuras de poder de la central obrera. Recién en 1950, un dirigente metalúrgico, Armando Cabo, aparece en el Comité Ejecutivo de la CGT por un corto período. (Doyon, 1988).

Los conflictos y los cambios internos no fueron un obstáculo para el crecimiento de la organización sindical. Fuera del área porteña, se organizaron las primeras seccionales en Córdoba y Rosario. Luego, la representación alcanzó a organizarse en ciudades del sudoeste de la Provincia de Buenos Aires, como: Tres Arroyos y Bahía Blanca. En éstas últimas existía una gran cantidad de establecimientos de pequeña escala, cuyos trabajadores pasaron a estar representados por el sindicato, lo que demuestra el potencial organizativo de los metalúrgicos. Para febrero de 1947, la UOM tenía presencia en 20 localidades que elevó a 56 en sólo un año y llegó a 98 seccionales de todos el país hacia 1953 (Marcillese, 2018). Tal tarea organizativa, para ser efectuada con cierto nivel de eficiencia, comenzó a requerir de la “profesionalización” de algunos de cuadro sindicales, es decir, la percepción de algún tipo de salario a cambio de desempeñarse full time en su tarea. Tales prácticas no eran novedosas en el movimiento obrero (Del Campo, 1983), aunque la cercanía al Estado peronista les permitió a los dirigentes un campo de acción inédito hasta ese momento. Delegaciones sindicales formaron parte de organismos supranacionales, varios de los dirigentes participaron como legisladores a nivel provincial y nacional, y hasta se incorporaron al servicio exterior argentino. De todas formas, no conviene exagerar los alcances del trabajo full time en gremio, restringida a un puñado de sindicalistas de todo el movimiento, quienes dejaron sus lugares de trabajo para desempeñarse en la actividad gremial u otras tareas.

Durante la primera etapa de los gobiernos peronistas, los conflictos protagonizados por la UOM tuvieron la misma motivación que el resto del sindicalismo: la firma de convenios ventajosos. En ese sentido la UOM protagoniza un prolongado conflicto de casi cuatro meses que culmina en forma exitosa para los trabajadores. (Doyon, 2003), proceso similar ocurrido con varios de los grandes sindicatos industriales. Para encontrar una escalada conflictiva de similar intensidad debemos trasladarnos a una coyuntura crítica en la vida del sindicato que fue tratado por la historiografía: las huelgas de 1954 (Doyon, 1988 y 2003; Fernandez, 2003; Schiavi, 2005). Las mismas deben ser entendidas en el contexto de la recomposición salarial en la que se embarca el movimiento obrero luego de la crisis de 1952 y el posterior

congelamiento salarial de dos años dispuesto por el gobierno (Antúnez y Gerchunof, 2003). Debido al viraje decisivo en la economía que desea implementar el peronismo, le impone límites estrictos a los montos de aumentos salariales que buscan los sindicatos. Con motivo de la firma del nuevo CCT del sector metalúrgico, se inicia un conflicto de abril a junio de 1954, que se extiende por varias provincias (Fernandez, 2003). Allí se manifiesta la influencia de dirigentes comunistas y peronistas que, desde algunas comisiones internas, rechazan los montos de aumento ofrecidos por la patronal y resisten mediante huelgas. La dirigencia de la UOM, entre la presión del gobierno a favor de la firma y el rechazo de las comisiones internas, impulsa primero el conflicto pero luego se le escapa de las manos. Si bien los convenios son finalmente homologados con los aumentos previstos, el secretariado de la UOM paga los costos políticos del acuerdo y se produce su desplazamiento del sindicato.

Detrás de ese conflicto aparentemente económico, algunos autores perciben el comienzo de la disolución de la alianza social entre trabajadores y empresarios que —según ellos— encarnaría el peronismo (Fernandez, 2003). La huelga de 1954 constituiría el primer paso incipiente hacia una clase obrera políticamente independiente. Desde aquí defendemos una interpretación del conflicto —si se quiere— más tradicional (Doyon, 1988 y 2003). Si bien es cierto que fue uno de los conflictos más importante de la década del ya más poderoso gremio industrial de la Argentina, no superó el plano estricto de las demandas salariales como sucedió con otros similares de la época. Si bien la conducción del gremio sufrió la pérdida de prestigio que le costó su desplazamiento, inició la huelga y la culminó con la rúbrica del convenio. En términos más generales, el movimiento obrero y los trabajadores no estaban dispuestos a renunciar a las conquistas obtenidas en los años anteriores, como quedaría demostrado en el Congreso de la Productividad de 1955 (véase capítulo 2) pero no involucra ningún cuestionamiento de naturaleza estrictamente política al Estado. Una clase obrera orgullosa y celosa de sus prerrogativas, aunque despojadas de cualquier orientación política utópica, es quizá una de las herencias más perdurables del peronismo para los años venideros.

La Unión Obrera Metalúrgica está caracterizada en los años peronistas por una vida sindical activa, renovaciones continuas en las cúpulas y expansión organizativa que enmarcan el fortalecimiento del liderazgo de jóvenes dirigentes que no deben romper ya “costras” de sindicalistas aferrados a sus cargos para adquirir lugares de preponderancia. Sin la potencia de la industrialización sustitutiva, sin los marcos legales que permitieron el crecimiento de los sindicatos en la década peronista y sin los conflictos internos de la UOM no puede explicarse la vertiginosa carrera de Vandor y otros jóvenes dirigentes como José Ignacio Rucci (Beraza,

2007) y Lorenzo Miguel (Carpena y Jacquelin, 1994). El hecho que dos de los tres dirigentes más importantes de la historia de la UOM en la segunda mitad del siglo veinte provengan del ámbito rural no es casual: el mundo de trabajo urbano de los años cuarenta y cincuenta fue conmovido por la llegada de nuevos contingentes provenientes de las declinantes economías rurales pampeanas.

3.3 Del ostracismo al retorno. Los sindicatos entran a escena (1955-1958)

El golpe militar de 1955 destruyó, en el inicio, los puentes y los vínculos de dependencia política entre las organizaciones gremiales y el Estado. Este súbito cambio de escenario las obligó a levantarse y recorrer el largo y sinuoso sendero de la autonomía, desde la orfandad absoluta hasta transformarse en “factor de poder” a mediados de los años sesenta. Como señala Torre (2012), esa travesía fue comandada por la UOM con la conducción de Vador.

Cuando asumió el poder la denominada “Revolución Libertadora” (1955-1958), luego del breve interregno de Lonardi, el tándem encabezado por Pedro E. Aramburu y el Almirante Isaac Rojas formuló uno de los objetivos centrales de su gestión: disminuir la gravitación alcanzada por los trabajadores en el decenio 1943-1955. Según Torre (2004), esos objetivos consistirían en:

- a) revertir la distribución del ingreso para reconstruir los beneficios de las empresas y
- alentar nuevas inversiones b) acrecentar la libre disponibilidad de la fuerza de trabajo para ponerla al servicio de la racionalización de la estructura productiva y C) crear un
- orden político menos dependiente del sostén activo de los trabajadores. (p.1)

Sin embargo, llevarlos a cabo se rebelaría como una tarea complicada. Por un lado, la amplia y diversa coalición de sectores e intereses que participaron en el derrocamiento de Perón no poseían una visión única acerca de cómo construir el orden postpopulista. Por otro lado, el régimen peronista impuso cambios profundos al funcionamiento institucional que lo precedió. Además, sus políticas de “democratización social” provocaron modificaciones y tensiones al funcionamiento del proceso de industrialización, a las relaciones obrero-patronales, al mundo sindical y a la cultura obrera. La profundidad y enraizamiento de esos cambios en la sociedad argentina dejarían de manifiesto su influencia en los años venideros.

En el corto plazo, sin embargo, la política de las Fuerzas Armadas parecía estar destinada al éxito.

En 1955 triunfaron las posturas más duras e irreductibles tendientes a regenerar la democracia (Spinelli, 2004). Como quienes ejecutaron esa tarea partían de la creencia que el país había atravesado una “pesadilla totalitaria” (Torre, 2004), desperonizar a la sociedad argentina formó parte de su política principal. El gobierno proscribió formalmente al Partido Peronista para su participación en elecciones y lo disolvió, prohibió la exhibición de símbolos partidarios, encarceló a algunos de sus principales dirigentes y condenó al exilio a su creador. Muchos de sus cuadros políticos fueron formalmente inhabilitados para ejercer cargos públicos. Desde la perspectiva restauradora, la relación entre los trabajadores y Perón se había basado exclusivamente en la demagogia. Para que éstos abandonaran el “purgatorio”, debían desembarazarse de sus antiguas lealtades. En materia sindical, la primera batería de medidas se destinó a desarmar la estructura gremial preexistente y a provocar la disminución del poder de los trabajadores en el seno de la planta mediante tres iniciativas. El decreto 9270 de 1956 suprime la figura de la personería gremial por medio de la cual, las autoridades, desde la época peronista, conferían a los sindicatos el derecho monopólico a representar los trabajadores en las negociaciones colectivas por rama de actividad. Por lo cual ahora, mediante una simple inscripción, se permitiría a las organizaciones gremiales el derecho de representación. La disposición —en un solo golpe— debilitaba la injerencia estatal sobre la vida sindical y rompía el monopolio de la representación abriendo la posibilidad de múltiples y competitivas facciones que representarían a los trabajadores dentro de una misma actividad (Torre, 2004). El decreto 2739 de 1956 se involucra directamente en el poder de los sindicatos en la planta, corporizado en las comisiones internas. En su artículo 8vo. se “autorizaba la movilidad obrera que requiriese la reorientación de la producción, la implementación de esquemas de incentivación salarial, la facultad de las empresas a establecer acuerdos individuales de productividad con su personal” (p.4). En la justificación de la medida, a modo de legitimación, las nuevas autoridades mencionaban las conclusiones del Congreso de la Productividad de 1955, en las postrimerías del gobierno peronista. El tercer factor relevante de iniciativas de la Revolución Libertadora con respecto al mundo del trabajo fue la intervención masiva de sindicatos, de forma más o menos violenta según el caso, donde ex dirigentes socialistas y radicales (incluso algunos de mucho y antiguo prestigio como Luis Gay y Cipriano Reyes) tuvieron un papel relevante en lo que tomó el cariz —en algunas organizaciones— de verdadera revancha.

Como se mencionó en el capítulo 2, la ofensiva de la Revolución Libertadora demostró la orfandad en la que los trabajadores y dirigentes sindicales habían quedado luego de 1955. Si hasta septiembre de ese año pocas dudas quedaban sobre la incorporación política y social de la clase obrera a la vida argentina, la represión, el desalojo de centenares de dirigentes sindicales y la legislación antisindical de la Revolución Libertadora dejaron en evidencia el abismo entre el gobierno militar y el de Perón. En ese contexto, no es difícil encontrar la explicación sobre los protagonistas, el carácter y las motivaciones de los conflictos obreros y sindicales que jalonaron las relaciones entre el Estado y los trabajadores entre 1956 y 1957.

Los trabajadores, junto a los nuevos y no tan nuevos dirigentes, protagonizaron los hechos que se conocen como “La Resistencia Peronista”. En el plano estricto, los conflictos obreros consistieron en huelgas, sabotajes, actos de terrorismo espontáneo, trabajo a desgano, etc. Esas acciones (espontáneas, casi anárquicas) se encontraban en sintonía (aunque en no perfecta correspondencia) con las primeras directivas que, desde el todavía inseguro exilio, el ex presidente Perón hacía llegar a sus seguidores. En esos primeros tiempos, el líder del movimiento exhibió como el único camino posible para su retorno, la insurrección popular (Melón Pirro, 2009). Si bien es difícil de ponderar, estas acciones movilizaron a numerosos activistas y una parte de los trabajadores de los principales centros urbanos (Salas, 1988; James, 1990; Schneider, 2005). Algunos conflictos estrictamente gremiales, como el de los metalúrgicos, que se desarrollaron durante más de cincuenta días entre noviembre y diciembre de 1956 permitieron el despliegue y el fortalecimiento de dirigentes como Vandor, que batió sus primeras lanzas como dirigente de primera línea en ese contexto adverso. A ese conflicto le siguieron otros durante ese segundo semestre de 1956, entre ellos, los protagonizados por los gremios textiles, telefónicos, gráficos y ferroviario, carne y tabaco.

Los dirigentes, algunos nóveles y otros que forjaron su prestigio en los años peronistas, comenzaron a diseñar otra estrategia para ir explotando “en forma paulatina las disidencias de sus adversarios y lograr neutralizar los efectos de la fuerte polarización política que siguió al derrocamiento de Perón” (Torre, 2004, p. 2). En ese contexto de conflicto en 1956, en forma acaso contradictoria, la Revolución Libertadora comenzó las primeras normalizaciones de los sindicatos intervenidos. Los dirigentes se presentaron a elecciones y ganaron el control de un conjunto de sindicatos industriales, proceso que se profundizaría en los dos años subsiguientes.

Perón había ordenado el boicot a esas elecciones en virtud de la línea de acción emanada desde su exilio centroamericano, pero ante los hechos consumados “perdonó” la

indisciplina. En contrapartida, los nuevos líderes no podían ignorar que la “identidad peronista” de muchos de ellos —reforzada en este contexto— podía ser un arma de vínculo con las bases y un mecanismo que facilitara la victoria en las lides sindicales. Por el contrario, sacarse la “camiseta peronista” podía tener consecuencias gravosas para quienes lo intentaran; prescindir de las estructuras sindicales podía ser fatal para la continuación de la carrera política del mismo Perón. Esa doble dependencia va a enmarcar la relación entre el ex presidente y los líderes sindicales por los próximos años.

Como se señaló en el capítulo anterior, en 1957 el gobierno convocó al Congreso Normalizador de la CGT. Su interventor, el Capitán de navío Alberto Patrón Laplacette, tenía intenciones claras de desperonizar el sindicalismo argentino pero poseía vínculos con algunos de esos jóvenes dirigentes (Donaires, 2007). Sin embargo, el resultado de esa normalización fue la formación de un sólido bloque de dirigentes mayoritariamente conformados por peronistas, las “62 organizaciones”. Allí se agruparon los principales gremios industriales como los metalúrgicos, textiles, alimentación y la industria de la carne. Pero también de energía (Luz y Fuerza, petroleros del Estado) y una parte importante de los servicios como portuarios y telefónicos. El resto de los gremios no peronistas, algunos de ellos importantes pero en franca minoría, abandonaron el Congreso y formaron los “32 gremios democráticos”. Lo conformaban bancarios, gráficos, empleados municipales y el poderoso Sindicato de Empleados de Comercio. Una facción aún más minoritaria integrada por gremios comunistas formaron los “19” y luego el Movimiento de Unidad Sindical y Clasista (MUSC). En términos bastante fieles, la organización del movimiento obrero y sus tendencias respondían a la diversidad, la tradición y las diversas opciones políticas de los dirigentes sindicales y los trabajadores. No obstante, conviene no exagerar las diferencias político-ideológicas: en esos años se forjarán alianzas y acciones en común (además de conflictos) entre sindicatos con orientaciones opuestos.

Más allá de la diversidad organizativa, la influencia de las 62 se destacó por encima del resto. Tal como señala Daniel James (2003):

Las 62 Organizaciones representaron para los gremialistas peronistas la primera organización justicialista completamente legal desde el derrocamiento de Perón, y la utilizarían para coordinar su accionar y presionar al gobierno tanto en el campo sindical como en la esfera política más general. (p.126)

El dilema, hacia 1957, para los dirigentes y trabajadores radica ahora en que estaba cambiando el contexto, dado los espacios de legalización de la actividad sindical que el gobierno les estaba brindando. El aislamiento inicial del peronismo se estaba quebrando rápidamente. Ese año, los militares convocan a una Asamblea Constituyente destinada a derogar la constitución peronista de 1949 y restablecer el texto original de 1853. Para todos los actores políticos, tanto para el gobierno como para los diversos partidos constituiría un test, a dos años después del golpe. Los votos en blanco cercanos al 25% fueron mayoritarios (emanados de la orden de Perón a sus partidarios de boicotear la elección), superiores a los votos del resto de las fuerzas políticas. El proceso más serio de “desperonización” iniciado casi dos años antes había fracasado. A partir de ese momento y hasta 1966, la UOM y los sindicatos se fortalecieron tanto en su accionar estrictamente corporativo como en la arena política. El fraccionamiento de los partidos políticos opositores al peronismo, la sucesión de gobiernos civiles débiles sin respaldos sociales considerables y el poder de vigilancia de las Fuerzas Armadas sobre el sistema político constituyen los principales factores que potenciaron a los dirigentes sindicales y, en especial, a Vandor.

El proceso de transición entre 1955 y 1958, si bien permitió el bautismo de fuego de algunos jóvenes militantes, fortaleció a otros de más o menos dilatada trayectoria y que poseían una cultura sindical bastante arraigada. Entre ellos, además de Vandor, los ya mencionados Paulino Niembro y Armando Cabo, Andrés Framini, Eleuterio Cardozo, Juan Rachini, José Alonso, Eustaquio Tolosa, Amado Olmos y Gerónimo Izzeta. Otros dirigentes, de diferente tradición político-sindical, fueron protagonistas de la vida sindical argentina desde los años treinta y cuarenta pero de una relevancia decididamente menor. Luego de 1955, revalidaron su lugar Ruben Iscaro, Francisco Perez Leirós, Armando March, Rubén Maraschi y Riego Ribas (Schneider, 2005). Ahora, para algunos de ellos, se les abrirían las puertas de la política.

3.4 Entrar a la cancha. Entre Frondizi, las Fuerzas Armadas y Perón (1958-1962)

Las fuerzas políticas opositoras a Perón, plegadas desde 1955 a la ola de la Revolución Libertadora, no tardaron en dividirse internamente, principalmente debido a la “cuestión peronista”. Arturo Frondizi fraccionó al principal de esos partidos, la Unión Cívica Radical, al cortejar abiertamente a los votantes peronistas a partir de las fuertes críticas a la Revolución Libertadora y la promesa del levantamiento de las prohibiciones que pesaban sobre el peronismo. Formó la UCRI (Unión Cívica Radical Intransigente) que convocó sectores disconformes con los militares en el poder mientras los sectores identificados con el sector

más conservador del partido se transformó en la UCRP (Unión Cívica Radical del Pueblo) bajo la conducción de Ricardo Balbín.

Tanto para Frondizi como para Perón la posibilidad de un acuerdo tenía múltiples ventajas: para el abogado radical significaba ni más ni menos asegurarse un caudal de votos que lo proyectarían directamente a la presidencia; para el ex-presidente, la recuperación de su condición de actor político reconocido menos de tres años después de su defenestración pública. Si bien resultaba dudoso para ambos que la totalidad de las promesas hechas por Frondizi fuera aceptada por los militares, la parte que involucraba a los dirigentes sindicales era plausible dado que los propios militares habían dado algunos pasos en ese sentido. En efecto, el Pacto Perón-Frondizi (tal como se lo conoció) involucraba la reconstitución de la CGT y —sobre todo— la promesa de normalización definitiva de todos los sindicatos bajo el amparo de una nueva ley de negociaciones colectivas que sería un espejo de la vigente durante el peronismo, como hemos visto en el capítulo 2. Las ventajas para trabajadores y dirigentes eran más que evidentes dado el contraste con la legislación e intenciones puestas en práctica por la Revolución Libertadora. Sin embargo, la orden de votar por Frondizi —una vez concretado el acuerdo— fue difícil de aceptar para varios de los sectores de la “Resistencia”. Esa posición irreductible en su oposición al “sistema” que solo aceptaba la vuelta de Perón al poder, minoritaria, fue encabezada por militantes y activistas conocidos en el futuro como “duros” y que los encontraría en el futuro enfrentado a los dirigentes sindicales más encumbrados, acusándolos de “traición”.

Una vez consagrado el triunfo de Frondizi, los sindicatos culminaron su primera etapa de organización. En diciembre de 1958, la UOM Capital elige a Vandor como Secretario General, aclamado (una vez más) como había ocurrido en 1954 en el Luna Park ante miles de trabajadores (Bosoer y Senen Gonzalez, 2009). Pocos meses después se elige un nuevo Secretariado Nacional de la UOM, con Vandor a la cabeza y una fuerte presencia de seccionales del interior, con un trípode de poder Capital-Avellaneda-Rosario, sientan las bases definitivas del poder vandorista dentro del gremio.

La política frondizista estaba asentada en dos fundamentos: un nuevo modelo de acumulación de capital, basado en la industria pesada (como hemos visto en el capítulo anterior) y un proceso de “integración” de diversos sectores sociales a su proyecto, que incluía al movimiento obrero (Llach y Gerchunof, 2015). Uno de los instrumentos de la integración fue la ya estudiada ley 14.455 que (re)generó un movimiento gremial centralizado y bien

financiado. La retórica desarrollista, basada en la centralidad de la producción industrial como forma de superar los problemas argentinos, encontraba diversos puntos de contactos con la retórica del último Perón. Pero además la filosofía frondizista le asignaba un lugar a los trabajadores en esa nueva Argentina que pregonaban sus voceros. Si bien ese lugar no era el mismo que el conquistado por los trabajadores y concedido por el Estado peronista, resultaba claro el contraste con los discursos más ásperos de buena parte del espectro de partidos y las fuerzas armadas (James, 2003). A estos motivos se les sumaba la extrema fragilidad política del gobierno, acicateada por los militares, en tanto autoasignados contralores del sistema político. Pero también, el proyecto de transformación del capitalismo en pos de su modernización que proponía la UCRI poseía aristas prometedoras para los trabajadores comunes, deseosos de un lugar en esa nueva sociedad. Todos estos elementos son constituyentes para explicar la lógica del pragmatismo y el éxito del “golpear para negociar” que guiaron las acciones del vandomismo en esos años, tanto para encarar las negociaciones con el Estado como con los sectores patronales.

En el largo plazo estos procesos de afirmación institucional de los sindicatos y de preferencias de los trabajadores por las políticas de integración, hacían la situación más difícil para los militantes más intransigentes. En el transcurso de los años, su arraigo en los sindicatos y en las decisiones dentro del movimiento obrero se haría decididamente más difuso. La oposición a las políticas desarrollistas, como señala James, poseía un fundamento sobre todo “moral”: la “traición” de Frondizi. (James, 1990 y 2003). Ese aspecto moral nacía de una lectura selectiva del pasado peronista, que reconocía como propia las experiencias de los primeros años, pero no de los últimos. Sin embargo, en el corto plazo, las posturas intransigentes se impusieron y los comienzos del gobierno de Frondizi coincidieron con una explosión de conflictos huelguísticos en Buenos Aires y alrededores. Como indica la Tabla 1:

Tabla 1

<i>Cantidad de huelgas y jornadas perdidas en el ámbito de la Capital Federal (1955-1962)</i>		
Años	Cantidad de huelgas	Jornadas perdidas por huelgas
1955	21	144.120
1956	52	5.167.294,0
1957	56	3.390.509,0
1958	84	6. 245.286,5
1959	45	10.078.138,5
1960	26	1.661.519,5
1961	43	1.755.170,0
1962	15	42.386
1963	20	207.216,0

Nota. Elaboración propia en base a Rotondaro (1971) y Schneider (2005)

Antes e inmediatamente después de la asunción del nuevo gobierno, conflictos puntuales se produjeron en los gremios textiles y obreros de la carne —entre otros— que fueron rubricados por un paro general convocado por un Plenario de las 62 Organizaciones contra el aumento del costo de vida. Los duros, que en 1958 y 1959 controlaban las 62, tuvieron sin embargo una actitud negociadora (Schneider, 2005). Poco tiempo después las primeras medidas del nuevo gobierno, los contratos petroleros con empresas transnacionales y la implementación de un plan de ajuste apuntado a racionalizar el gasto merecieron respuestas más profundas por parte de los trabajadores. En señal de protesta ante lo que se consideraba un atentado a la independencia económica, el sindicato petrolero inició una medida de fuerza de alto acatamiento. En enero de 1959 el intento de privatizar el frigorífico municipal Lisandro de la Torre en el barrio de Mataderos desató una huelga de características semi-insurreccionales con fuerte apoyo de los vecinos del barrio y una violenta represión del gobierno (Salas, 1988; Schneider, 2006). Bancarios y empleados de seguro también protagonizaron, en la primera mitad de 1959, casi 70 días de huelga, en demandas de aumentos salariales. Trabajadores textiles, del vidrio, y del papel también llevaron a cabo medidas de fuerza. Las 62 organizaciones (que para entonces estaba conformada por gremios

pequeños, aliados a la UOM) se concentraron en la solicitud al gobierno de la normalización de los gremios aún intervenidos, apalancado en los conflictos que se sucedían. Una vez obtenidos, los gremios principales se concentraron en la presión para la firma de los CCT bajo la nueva ley en julio de 1959. La UOM protagonizó una intensa actividad huelguística que paralizó la actividad de 250.000 trabajadores metalúrgicos en las principales seccionales del gremio y casi 63.000 establecimientos fabriles, donde se entremezclaron peticiones corporativas y solicitudes de mejoras concretas para los trabajadores del sector (Schneider, 2005). En la segunda mitad del año se forjaron fugaces alianzas con los gremios comunistas y, en forma conjunta a las 62, se lanzaron nuevos paros generales. La conformación de la alianza, denominada Movimiento Obrero Unificado (MOU) reunió además a gremios “independientes” pero detrás de todos ellos, surgió la figura de Vandor como su real articulador, lo cual demuestra el pragmatismo extremo de la dirigencia sindical que rompe con un histórico divorcio absoluto entre esas tendencias del movimiento obrero. El año posterior registra una disminución sensible de la conflictividad sindical. Varias causas pueden explicar tal proceso: en primer lugar, la clara recuperación de la economía que favoreció el mejoramiento de algunas de las variables que afectaban la vida de los trabajadores. Entre ellas, la disminución de la inflación, el aumento de la ocupación y del salario real al calor de la aplicación de las cláusulas de la CCT firmada en esos años. Paralelamente, el gobierno implementó en 1960 una serie de medidas como el Plan CONINTES (Conmoción Interna del Estado) que consistió en la militarización del país ante casos de extrema conflictividad, lo que seguramente atemorizó a muchos trabajadores. El fortalecimiento del Estado convenció incluso a los militantes más osados de la inconveniencia de la estrategia más insurreccional.

Por otro lado, la estrategia integradora no sólo normalizó los gremios y las negociaciones obrero-patronales sino que, en 1961, el presidente dio pasos certeros para la devolución de la CGT mediante la conformación de una comisión de 20 miembros formados por peronistas (la mayoría, cercanos a la conducción de Vandor) y no peronistas. Recién en ese momento, verdaderamente los sindicatos peronistas poseyeron bases firmes para negociar con los minoritarios pero influyentes sindicatos no peronistas, con el Estado y la patronal, así como para lanzarse a la arena política. El fin de la proscripción del partido peronista, que de ninguna forma sería aceptada por los militares, permitía a los dirigentes negociar con los otros actores relevantes del peronismo en posición más ventajosa. El conjunto de partidos neo peronistas, agrupaciones provinciales que pretendían heredar los votos del exiliado general, se mostraron en general más proclives a realizar acuerdos con Vandor, la UOM y las 62 dada las posibilidades financieras y su capacidad de movilización popular (García Heras y Arias,

1993). En cambio, Perón se mostraba ambivalente ante esta cuestión. Un triunfo electoral apoyado por los sindicatos introduciría una cuña en el control de su movimiento. Un partido independiente hegemonizado por los sindicatos y un conflicto nacieron en el mismo acto.

3.5 El auge de Vandor y el vandomismo (1962-1966). Un efímero partido obrero en Argentina

Un virtual conflicto entre Perón y Vandor se hizo ostensible con motivo de las elecciones de principios de 1962. El gobierno de Frondizi, seguro del triunfo de la UCRI, había decidido permitir la participación de listas peronistas y neo peronistas. El vandomismo desplegó todos sus recursos, mediante su flamante maquinaria política, la Unión Popular, y una alianza con partidos neo-peronistas del interior. La posibilidad de un triunfo de las listas vandomistas no ponía sólo en aprietos al Presidente, sino también a Perón “que [podía] comenzar a transitar un camino sin regreso hacia su conversión en una figura simbólica” (Mcguire, 1993, p.188). Si bien Perón impuso la candidatura a gobernador de la Provincia de Buenos Aires de Andrés Framini, quien se convirtió en el contrapeso sindical más efectivo de Vandor en esos años²³, las 62 organizaciones controlaron la casi totalidad de la selección de candidatos. En la Capital Federal los lugares más expectantes correspondieron a los candidatos de las 62 y, en especial, de la UOM quien además financió buena parte de la campaña. La UP y sus aliados ganaron las elecciones con un 32% del voto nacional contra el 25% de la UCRI y el 20% de la UCRP. El éxito más resonante, aunque lejano a los guarismos con el peronismo en el poder, fue el triunfo del dirigente textil. La primera consecuencia fue la caída de Frondizi por un golpe militar y su reemplazo por José María Guido, el presidente provisional del Senado. Casi inmediatamente, se desató un conflicto al interior de las Fuerzas Armadas que dejó en evidencia el grado de fragmentación del espacio político: “azules versus colorados”²⁴

Luego de ese triunfo, tomó forma el intento de independencia política de los sindicatos vandomistas y la competencia por el liderazgo peronista entre Vandor y Perón se hizo más explícita. El año posterior proliferó la formación de partidos políticos neo peronistas en el interior del país. Sumados al despliegue de alianzas llevadas a cabo por el propio Vandor y los recursos provenientes de los sindicatos, tomó forma el Frente Nacional y Popular con

²³ Como señalaba el dirigente textil su propio papel en esos años:” (...) Yo representaba esa especie de anticuerpo que creaba Perón cuando quería impedir que alguno volara demasiado alto: era el anticuerpo del vandomismo. Representaba masa, representaba trabajadores, porque yo era bastante apoyado por la gente de trabajo, pero no le podía ofrecer nada a Perón, porque la masa él ya la tenía. Lo que debía cuidar Perón [era] el nivel de los dirigentes, sobre todo de dirigentes sindicales y de los gremios principales, que estaban con Vandor. Tenía que evitar que se le escaparan” (Calello y Parcero, 1984, pp. 53-54).

²⁴ Entre el año 1962 y 1963 las agudas disputas políticas por la “cuestión peronista” y el involucramiento de las Fuerzas Armadas en el sistema político culminaron por afectar la coherencia interna de ese aparato estatal, hasta llegar al enfrentamiento armado. Ese conflicto, que afectó principalmente al ejército, dividió a los militares en “azules” (inicialmente “dialoguista” y propenso a algún tipo de incorporación del peronismo al sistema político democrático) y “colorados” (más reacios a la incorporación de los peronistas al sistema). Para una descripción de los conflictos al interior de las FFAA, véase Mazzei (2012).

vistas a las elecciones presidenciales de julio de 1963. En principio esta alianza contó con el beneplácito del sector “azul” o “legalista” del ejército dado que facilitaba la participación de partidarios peronistas pero sin Perón, en un intento de dotar de legitimidad al sistema político (Cavarozzi, 1984). El ex presidente exiliado “pateó” el endeble tablero político: impuso como candidato a encabezar ese Frente a un líder político de segunda línea, Vicente Solano Lima. A pocas semanas de las elecciones Solano Lima declaró que una de sus medidas sería propiciar el retorno de Perón. Como era lógico de esperar, su candidatura fue vetada por los militares pocas semanas antes de las elecciones. Dadas las condiciones de funcionamiento del sistema político, no es ilógico pensar que la candidatura de Solano Lima se tratara de una estrategia de Perón para impedir el nuevo despliegue de fuerzas del sindicalismo vandonista. Con la mayoría nuevamente proscripta, Arturo H. Illia de la UCRP ganó la presidencia con un 25%, mientras que los votos en blanco sumaron un 19%.

Durante los años de la presidencia radical (1963-1966) se fortalecieron aún más los intentos de los partidos neo peronistas y del vandonismo de construir una fuerza política autónoma bajo la tutela de éste último. Lejos de ser una excepción, el proyecto de Vandon hunde sus raíces en la historia del sindicalismo argentino y posee antecedentes en otros países (Torre, 2012)²⁵.

El semanario político más importante de la Argentina de entonces, *Primera Plana*, señalaba con claridad el proceso que se estaba viviendo:

Augusto Vandon consiguió lo que parecía imposible: crear un verdadero partido obrero, de ideología no clasista, respetuoso de la legalidad, y situarse en una posición inquebrantable para el día en que Perón, de grado o no, ceda la dirección del justicialismo. Al revés de lo que ocurrió cuando Framini estaba en la primera línea, las ramas política y femenina “ablandadas” por Vandon parecen aceptar sin reservas la hegemonía sindical en la composición de las listas. (Citado por Mcguire, 2009, p.195)

²⁵ Durante los años treinta la facción sindicalista del movimiento obrero, si bien minoritaria, se negó sistemáticamente (con suerte diversa) a transformarse en el furgón de cola de los partidos políticos y aspiró a la conformación de un espacio de independencia. Esa idea persistió encarnada en algunos de los dirigentes de la vieja guardia sindical que apoyaron a Perón en los momentos iniciales de su liderazgo y que luego tomaron una distancia crítica, cuando el flamante Estado peronista se mostró más reticente a tolerar proyectos de independencia sindical. La disolución del Partido Laborista y el desplazamiento del dirigente telefónico Luis Gay de la CGT son dos de los ejemplos más notorios. (Mackinnon, 2002; Torre, 1988 y 1990). Investigaciones más recientes ponen el foco en la persistencia de la activa vida interna sindical durante la década peronista más allá de los deseos del Estado, como hemos dado cuenta en este capítulo. La desconfianza de los dirigentes sindicales hacia los políticos, en tanto actores de arenas diferentes, fueron constantes tal como relatan algunos de los entrevistados para esta investigación.

En el plano estrictamente gremial se realizó una nueva convocatoria para culminar la normalización de la CGT, iniciada dos años antes por la Comisión de los 20. En el Congreso Normalizador de la CGT, se plasmó la clara hegemonía de la UOM y las 62 organizaciones. Como señalan los siguientes datos:

Tabla 2

Relación de fuerzas en el Congreso Normalizador de la CGT (28/1/1963 al 1/2/1963)

	Delegados al Congreso	Delegados al Comité Central Confederal
“62 organizaciones”	527	319
“Independientes”	110	153
M.U. C.S.*	223	15
Indefinidos	197	18
Sindicatos menores	134	-
Total de delegados	905	505

* Movimiento de Unidad y Coordinación Sindical

Nota. Bisio y Cordone (1989) en base a *Primera Plana*, 22 de enero de 1963, N°11, p.10

Las ´62, con la conducción de Vandor, hacia 1963 ya controlaban todos los sindicatos industriales y la casi totalidad de los comités regionales de la CGT. La mayoría de los grandes gremios de “trabajadores de cuello blanco”, como comercio y municipales, enrolados poco tiempo antes en los “32 Gremios Democráticos”, se definían ahora como “independientes” e intentarían una política de *modus vivendi* con el nuevo líder. Si bien conservaban una cuota de poder importante en la central reconstituida, Vandor impuso sus propios candidatos en la secretaría general y en los puestos claves. El cargo de Secretario General de la CGT recayó en José Alonso, el líder de los trabajadores del vestido. Según datos de la propia CGT, los afiliados de gremios con representación en la central eran 2.567.000 trabajadores (James, 2003).

En los dos años posteriores, la central obrera desplegó una serie de iniciativas tendientes a participar en los grandes debates nacionales con las fuerzas políticas y sociales de la Argentina. Organizó conferencias y debates, publicó estudios estadísticos acerca de las condiciones sociales y económicas de la Argentina. En los documentos —profusamente publicados— formulaba un análisis crítico de las estructuras económicas existentes y dudaba de la eficacia de la democracia liberal. El más conocido de los documentos de esa época,

denominado “Hacia el cambio de estructuras”, sostiene la exigencia de solicitar la necesidad de institucionalizar el lugar de la clase obrera en la vida nacional:

La CGT sostiene la necesidad de exigir un organismo específico con participación sindical y poder de decisión al más alto nivel del Estado. Para lograr el esfuerzo concertado de la comunidad en las relaciones económico-sociales, ésta sería una de las formas de participación posibles. (CGT de la República Argentina, 1965)

Con la recuperada CGT, la conducción sindical peronista volvió a la ofensiva, en busca de recomponer salarios y condiciones de vida fruto de la crisis económica del año 1962. Como respuesta al plan de estabilización de Guido, dio a conocer el “Plan de Lucha” que excede, sin embargo, las medidas de reivindicación salarial. Allí se ponen de manifiesto no sólo la actualización de salarios sino un plan de desarrollo económico de contenido nacionalista y reformista acorde con las aspiraciones y reivindicaciones de la mayoría de los trabajadores argentinos. Los trabajadores debían, según el documento, participar en la gestión del Estado y de la conducción de las empresas. Esta verdadera declaración de principios, trascendía el ámbito económico: incluía también el reclamo por la plena vigencia del estado de derecho. Ante lo que considera la falta de respuestas estatales, en abril de 1963, la central obrera lanza una serie de acciones coordinadas a nivel nacional consistente en marchas de protesta, asambleas y un paro general de alto acatamiento (Bisio y Cordone, 1989). El éxito de las medidas alienta a la CGT a una Segunda Etapa que fue suspendida debido a la inminencia de las elecciones.

3.5.1 La segunda etapa del Plan de lucha de la CGT de 1964

Durante los meses de mayo y junio de 1964, asumido el gobierno de Illia, la CGT impulsó la ocupación fugaz de establecimientos del sector manufacturero, conocido como la “2da etapa del Plan de Lucha”. El resultado fue la participación de casi 4 millones de trabajadores en todo el país con 11.000 mil establecimientos ocupados, principalmente en Capital y los principales distritos de la Provincia de Buenos Aires, además de acciones similares en 8 provincias más según el Boletín informativo Semanal de la CGT (1964, p.15).²⁶

²⁶ Cabe señalar que el Ministerio del Interior señaló que el número de ocupaciones era sensiblemente menor. En ese sentido el diario La Prensa afirma que el total de establecimientos ocupados alcanzó a 2361 (Bisio y Cordone, 1989, pp 30 y 31)

Una parte de la historiografía que analiza el fenómeno encuentra en el Plan de Lucha instrumentado por la CGT, en los inicios del gobierno de Illia, un ejemplo de autonomía obrera y de acción anticapitalista. El hecho más resonante y perdurable de esos meses fue la ocupación de fábricas fenómeno que —de acuerdo a estas interpretaciones— pone en cuestión uno de los principios centrales de una sociedad capitalista, la propiedad privada de los medios de producción (Cotarelo y Fernandez, 1997; Fernandez, 2003; Schneider, 2005). Para estos autores, los eventos de 1964 tuvieron un precedente diez años antes durante la huelga metalúrgica en el segundo gobierno peronista y, a su vez, están conectados con el proceso de movilización y radicalización creciente a fines de la década.

Desde la perspectiva defendida aquí, el mencionado conflicto tiene un significado parcialmente diferente: demuestra el poderío de un gremio organizado, con comisiones internas que responden fielmente, y en forma monolítica, a lo que determina la conducción. El principio de las tomas y el fin de las mismas fueron ordenadas por la CGT. Las ocupaciones de establecimientos no constituyeron un novedoso método de lucha ni un avance en la “conciencia” de los trabajadores (al menos no como los entienden los mencionados investigadores) sino una serie de táctica de presión, agitación y demostración de poder sindical (Bisio y Cordone, 1989). El impulso provino, en forma casi exclusiva, del liderazgo sindical que lo ejecutó como *una pieza de relojería*. Sus dirigentes lo planificaron mediante una eficaz y minuciosa logística, similar a un operativo militar donde las comisiones internas fabriles se encargaban de instrumentarlos. Por añadidura, el control organizacional evitaba cualquier eventual desborde:

Siguiendo instrucciones impartidas por la CGT (secretas y transmitidas “de hombre a hombre”) los delegados sindicales se apersonaban, una vez que el personal había ocupado sus puestos de labor, a las autoridades del establecimiento para dar un preaviso de la medida. Posteriormente, se procedía al “operativo ocupación”, basado en el cierre de las puertas de la fábrica y ubicación de piquetes de guardia; mientras tanto, a los jefes y capataces se los tomaba de rehenes, permitiéndoseles solamente el desplazamiento por el interior de la fábrica para resguardar el orden y la seguridad. A los directores y propietarios, al igual que a los empleados administrativos, si los había, se les ordenaba permanecer bajo vigilancia dentro de un perímetro de

ocupación. Todo este procedimiento se llevaba a cabo, en la generalidad de los casos, en forma pacífica; y luego, al presentarse la autoridad judicial, se acataba la orden de desalojo o se reanudaban las tareas. Durante el transcurso del operativo, se desplegaban en el exterior del establecimiento, banderas y carteles con inscripciones alusivas a las reivindicaciones y al Plan de Lucha de la CGT. (p. 24)

La centralidad de la UOM (secundados por el gremio textil) en el plan fue notoria. Como demuestran los siguientes datos referidos al mes de mayo:

Tabla 3

Participación de los principales sindicatos, establecimientos ocupados y personal participante en la 2da fase del Plan de Lucha de la CGT (mayo de 1964)

Ramos	Establecimientos	Personal
Metalúrgicos	153	65.000
Textiles	96	17800
Construcción	70	15000
Carne	10	8000
Madereros	36	13000
Caucho	17	9000
Luz y Fuerza	10	4000
Químicos	37	2500
Aceiteros	9	1300
Automotor	4	2500
Fideeros	4	2000
Calzado	15	3000
Astilleros	10	1500
Papeleros	17	4600
Petroleros	2	1000
Totales: 15	490	150200

Nota. Bisio y Cordone (1989) en base a Clarín, 22 de mayo de 1964

Las tomas tuvieron un carácter predominantemente metropolitano y manufacturero (en especial, metalúrgico y textil), ámbitos donde el peronismo sindical era abrumadoramente mayoritario.²⁷ Si tomamos en particular las ramas metalúrgicas que protagonizaron la toma, en ellas convivían establecimientos de alta, mediana y baja tecnología y de diferentes tamaños (desde SOMISA en San Nicolás a pequeños talleres de la zona norte de Buenos Aires). La

²⁷ También, la tabla nos habla de lo que allí no aparece. Una notable ausencia en la gestión y participación del Plan de Lucha lo constituye el poderoso Sindicato de Empleados de Comercio, no enrolado entre los gremios vanderistas sino entre los independientes y cuya conducción simpatizaba con los radicales. Al margen de su posicionamiento político fuera y dentro del movimiento obrero, las características de la actividad y la composición social de sus trabajadores-cercanos o miembros de la clase media- los hace poco proclives a este tipo de acciones.

disciplina observada en ámbitos tan diversos (por ejemplo, para determinar en qué momento empezar y cuando terminar la toma) demuestra la amplitud de la representatividad del gremio y la “elasticidad” para desplegar sus prácticas sindicales en ámbitos tan diferentes. Un dirigente comunista, de escasa simpatía por el peronismo y el vandomismo, ratifica el carácter planificado y controlado del Plan:

La CGT resolvía que establecimientos debían ser ocupados y lo comunicaba a las comisiones internas en sobres cerrados, como “órdenes totalmente reservadas” a la manera de una logia masónica. Los trabajadores se enteraban a último momento y debían cumplir las órdenes sin haber preparado de antemano acciones efectivas de lucha. (Iscaro, 1970, p. 370)

Las ocupaciones se realizaron en forma relativamente pacífica, según reza un periódico de circulación masiva y de ninguna forma pro-vandomista:

No hubo clima de agresividad contra los empresarios y los empleados jerárquicos; por el contrario, en la mayoría de los casos abundaron las explicaciones recíprocas y la seguridad por parte de los trabajadores que la ocupación estaba dirigida contra las autoridades. (Citado por Bisio y Cordone, 1989, p 24)

Los objetivos del Plan de Lucha, si bien se expresaban en el plano de las demandas económicas tenía propósitos esencialmente políticos y apuntaba en varias direcciones. En primer lugar, hacia un gobierno de escasas simpatías por el movimiento obrero y su estructura. El carácter hostil del gobierno radical a la estructura sindical se desplegó en los años de Illia desde diferentes frentes: uno de ellos fue el decreto 969. Según Juan Carlos Torre (2004):

La propuesta de la administración del partido radical comportaba un ataque en gran escala contra las posiciones de poder de los líderes sindicales: imponía garantías más estrictas a la vigencia de la democracia interna de los sindicatos, limitaba el manejo discrecional de fondos por los grandes sindicatos nacionales disponiendo que las cuotas de los afiliados, en lugar de ir a las sedes centrales, se depositaran directamente en las sedes locales; restringía, en fin, la posibilidad de aplicar esos fondos para fines abiertamente políticos. (p.17)

Pero, a la vez, además de enfrentar al gobierno radical, Vandor deseaba hacer saber a los militares y a los empresarios que los trabajadores podían discutir no sólo las condiciones corporativas del mundo del trabajo, sino que debían ser tomados en serio en las decisiones que afectarían el futuro de la Argentina. Por último, era un mensaje hacia el propio Perón: el sindicalismo comenzaba a ser visto como un movimiento que era capaz de plantearse sus propias metas independientes de cualquier tutela exterior (Mcguire, 1993; Torre, 2004).

Ese mismo año, las fuerzas sindicales capitaneadas por Vandor coordinan con Perón su retorno a la Argentina desde el exilio madrileño, lo que se denominó el “Operativo Retorno”²⁸. Cuando el avión que conducía a Perón hizo escala en Río de Janeiro, las autoridades brasileñas, en combinación con sus pares argentinos, lo obligaron a retornar a España. Al margen de las motivaciones de cada uno de los participantes, quedó claro que no se le permitiría al ex presidente su participación abierta en el sistema político, lo que, objetivamente, beneficiaría la viabilidad de un proyecto obrero y vandorista. En febrero de 1965 la justicia electoral prohibió la participación del Partido Justicialista para las elecciones de medio término del mes siguiente, lo que motorizó la participación de la vandorista Unión Popular. Un mes después la UP, con mayoría de candidatos cercanos al caudillo metalúrgico y el resignado apoyo de Perón, obtuvo el 31% del voto nacional contra el 30% del gobierno. Rápidamente, Vandor se dispuso a organizar ese espacio político en forma simbólicamente diferente al Partido Justicialista.²⁹ El Congreso partidario de 1965 en la ciudad de Avellaneda, con representantes de las 62, el PJ y los partidos neoperonistas ratificó la declaración de principios de independencia política conocida como la Proclama de Avellaneda. Luego de denunciar a algunos allegados a Perón por tratativas con el gobierno de Illia, reafirmó los lineamientos de su construcción política. Propuso la inmediata institucionalización del movimiento peronista mediante la construcción de un partido político organizado “de abajo hacia arriba en un limpio proceso democrático interno”. Además, le realizó una oblicua crítica a la tercera esposa de Perón, Isabel Martínez, quien se encontraba en la Argentina enviada para frenar las ambiciones sindicales. El documento subraya la “devoción” por “la figura insustituible de Eva Perón” (Mcguire, 1993, p. 203).³⁰

²⁸ Para detalles del fallido operativo, véase Hendler (2014)

²⁹ Vandor propuso la eliminación del sistema de tercios, compuesto por las ramas masculina, femenina y gremial, estructura que permitía mediante la habilidad de Perón mantener su poder sobre los diferentes actores del peronismo. En su lugar, promovía la elección democrática de candidatos, como una forma diametralmente opuesta de construcción de poder del líder exiliado (Mcguire, 1993).

³⁰ Apelar a la figura de Eva Perón, la segunda esposa del presidente justicialista, en tanto interpreta el costado supuestamente rebelde del peronismo, le permite a Vandor tomar distancia del propio Perón. Paradójicamente, es una estrategia utilizada por los adversarios políticos del sindicalismo a principios de la década del setenta.

Hacia fines de 1965 Vandor poseía el control total de las 62 organizaciones, en la cual fue reelegido como Secretario General y el dominio de la CGT. La mayoría de los legisladores peronistas se encontraban bajo su égida y la UOM constituía su principal base de sustentación. Sin embargo, Perón procuró alimentar todas las oposiciones posibles a la consolidación del nuevo proyecto que lo transformara en una figura simbólica. Por un lado, conservó a Framini como su vocero más importante dentro del movimiento obrero y alentó a Amado Olmos, del Sindicato de Sanidad, como la oposición “por izquierda” de Vandor. José Alonso, entronizado por Vandor en la CGT en 1963 también tomó distancia. La rebelión tomó forma con una solicitada en los principales periódicos el 18 de enero de 1966 con el título “De pie junto a Perón” donde los mencionados dirigentes (entre los firmantes principales) declamaron lealtad absoluta al líder exiliado y descalificaron al Lobo. Acto seguido formaron una nueva 62 organizaciones con el mismo nombre y, en el resto de las instituciones, ocurrió el mismo proceso.

Las elecciones provinciales de 1966 representarían otro episodio del enfrentamiento Perón-Vandor. En Jujuy, el “Lobo” apoyó al neo-peronista José Humberto Martiarena quien triunfó sobre el candidato apoyado por Perón, José Nasif. Si bien resultó vencedor el candidato del “Lobo”, quedó palpable el límite del poder sindical metalúrgico: en otra geografía muy distinta a la de Buenos Aires no contó con candidatos propios. Tres meses después, con motivo de las elecciones a gobernador en Mendoza, Vandor y Perón protagonizaron otro enfrentamiento decisivo. El favorito de la elección, finalmente triunfante, fue Emilio Jofré del Partido Demócrata. La clave la constituía quien obtendría el segundo puesto, Alberto Serú García (del Movimiento Popular Mendocino, otra de las tantas agrupaciones neo peronistas) apoyado por Vandor y Ernesto Corvalán Nanclares del Partido Justicialista sostenido por el líder exiliado. El segundo puesto del candidato de Perón —sorpresivo dada las expectativas iniciales— constituyó un golpe decisivo para las aspiraciones políticas de independencia política de Vandor y de la clase obrera de Buenos Aires.

Las dos elecciones (Mendoza y Jujuy), en la que perdió y ganó el vandorismo dejaron una enseñanza: las dificultades para ampliar su dominio en la arena política más allá de Buenos Aires y alrededores³¹. En ambos, debió recurrir a candidatos no-obreros, vinculados con la dirigencia más tradicional. La derrota en la provincia cuyana significó la diáspora de una parte de la dirigencia de la UP y de las 62 que se alinearon nuevamente con el líder

³¹ Pese a que la historiografía en general menciona como relevante sólo la segunda

exiliado. Era el fin del “peronismo sin Perón” pero también aceleró los planes de un nuevo golpe militar que introduciría modificaciones sensibles al juego político de la Argentina de los sesenta. En contraste a los vaivenes de la política, la UOM demostró todo su poderío en el plano corporativo.

3.5.2 La eficacia de una organización. Un breve recorrido por los conflictos entre 1960 y 1966

De 1960 a 1966, el apogeo del poderío de los metalúrgicos, se produjeron numerosos conflictos puntuales. De acuerdo a Forni (1992), la UOM fue protagonista de 203 conflictos laborales. El autor clasifica la modalidad de los conflictos en “ofensivos” y “defensivos”. Los primeros son denominados así cuando sus objetivos están orientados a procurar nuevos escalafones (categorías laborales), mejores condiciones de trabajo y salarios. Los conflictos producidos a raíz de la negociación de las convenciones colectivas de trabajo constituirían los ejemplos más representativos. Los conflictos de carácter defensivo son aquellos que se originan no en obtener mejoras sino en defender lo que se ha conquistado en los convenios. Además, el autor incluye los casos que involucran “suspensiones, despidos, cierres y salarios” (Forni, 1993, p. 29).

Tabla 4

Causas de conflictos protagonizados por la UOM 1960-1966 (en %)

Causas	Porcentajes redondeado s/el total
Suspensiones	36
Despidos	23
Salarios	20
Cierre de fábricas	7
Otros(*)	12

Nota. Elaboración propia en base a Forni (1993) y Dirección de Información

Laboral (DIL)

(*)Incluye disputas por la reducción de la jornada de trabajo (3 casos), cláusulas de productividad (2 casos), represión policial (1 caso), horarios (1 caso), implementación de nueva tecnología (1 caso) y por causas no consignadas por las fuentes. Todos los datos de Forni (1993)

Como se observa en la tabla precedente el 66% de los conflictos tienen una naturaleza puramente “defensiva” (por suspensiones, despidos y cierres). La inmensa mayoría se concentran en el año 1963 cuando la economía industrial está saliendo de una durísima crisis de balanza de pagos (uno de los episodios de los ciclos de *stop & go* que hemos visto en el capítulo 2), plagada de quiebras de empresas, despidos y suspensiones de personal. En cambio, en las franjas minoritarias (salarios y otros) se ubican los conflictos derivados inmediatamente del incumplimiento por parte de las empresas de lo convenido en los convenios o bien de la interpretación de las cláusulas que presentan mayor complejidad.

En forma provisoria, podemos inferir, que los CCT tienen un alto nivel de acatamiento por parte de los sectores empresariales dado el relativo bajo nivel de conflictividad promovido por los metalúrgicos en tópicos relativos a los CCT. De lo contrario, una cúpula empresarial menos proclive a la negociación o al cumplimiento de la letra del convenio habría inclinado a una organización poderosa como la UOM a impulsar más medidas de fuerza. Los conflictos “defensivos” serían la consecuencia —en cambio— de una coyuntura recesiva muy precisa y acotada en el tiempo en un contexto de expansión de la actividad metalúrgica en casi toda la década.

Los datos consignan también una distribución espacial de los conflictos concentrados en Capital Federal (85%), muy por encima de lo que sucedía en territorios de la provincia de Buenos Aires, tanto en La Matanza (6%), como en Avellaneda (3%). Pese a que la distribución geográfica de los trabajadores metalúrgicos estaba cambiando a favor del conurbano bonaerense durante los años sesenta, las grandes plantas de la Capital fueron las protagonistas de la mayoría de los conflictos.

El éxito sindical en el terreno laboral hasta 1966 va a contrastar con las dificultades de todo tipo desde la instalación de un nuevo gobierno militar.

3.6 Fin de fiesta. Entre dictaduras y crímenes. (1966-1969). *Sic transit gloria mundi*³²

El 28 de junio de 1966, las Fuerzas Armadas encabezadas por el General Juan Carlos Onganía —líder del denominado sector “azul”— tomaron el poder. Rápidamente, La Revolución Argentina, tal como se autodenominó la nueva intervención militar, puso en marcha una serie de objetivos de largo plazo que trascendieron los límites más modestos de restauración de la intervención anterior. En primer lugar, impuso un proyecto de racionalización de la estructura productiva y de redefinición del rol del Estado, más acorde

³² “Así pasa la gloria del mundo”

con la modernización económica que la propuesta desarrollista había aplicado a fines de los años cincuenta y que el mundo concentrado de las finanzas y la industria reclamaba. El proyecto fue acompañado por una reducción sensible de los gastos estatales que iban desde subsidios a industrias vegetativas hasta el cierre de comedores universitarios en el interior del país. El plan económico, encabezado por Adalbert Krieger Vasena, acompañó este proceso mediante un apoyo irrestricto a los sectores más concentrados de la industria en detrimento de los sectores agrarios y de los sectores urbanos menos poderosos (asalariados y empresas sin vínculos con el exterior). El Plan incluía la transferencia de ingresos de éstos últimos a los primeros, mediante devaluaciones compensadas con retenciones y control estricto de las políticas salariales (Belini, 2017). Estas iniciativas golpearon especialmente a los sectores más débiles de la economía y al sindicalismo. El gobierno decidió congelar el poder de presión de los diferentes grupos sociales y políticos, mediante la disolución de los partidos, la amenaza de quita de personería gremial a los sindicatos y la represión a las actividades huelguísticas, en tanto la neutralización del poder de fuego sindical constituía una herramienta central que garantizaría el éxito del plan.

La reacción de los dirigentes ante el golpe fue variada. Si bien, todas las corrientes importantes dentro del sindicalismo habían mantenido contactos con oficiales castrenses en épocas de Illia, algunos fueron bastante estrechos como los casos de Alonso y Coria y otros reservados y circunspectos como los que sostuvo Vandor acorde a su tradicional pragmatismo (Mcguire, 1993). Con el advenimiento del golpe, ambas CGT dieron la bienvenida a la nueva instancia de poder, similar actitud a la tomada por una parte importante de los principales actores de la vida política argentina. Sin embargo, la inflexible política militar dejó sin espacio de negociación alguna al movimiento obrero. Esa inflexibilidad, obedeció a razones de política coyuntural pero también a razones más profundas. Culturalmente ser obrero, sindicalista y peronista representaba para las elites y el grueso de los sectores medios algo difícil de digerir dada la experiencia del Estado peronista aún cercana.

En marzo de 1967, la CGT realiza un paro general, que es declarado ilegal por los militares. Acto seguido, el gobierno interviene a algunos sindicatos numéricamente poco importantes (portuarios, canillitas y periodistas), además de azucareros y ferroviarios, y suspende la personería gremial de telefónicos y metalúrgicos. Como señala Daniel James (2003), Vandor intenta el reinicio del Plan de Lucha para enfrentar a los militares pero fracasa, en parte, debido al quiebre de la dirigencia sindical. Un grupo de dirigentes gremiales encabezados por Juan José Taccone de Luz y Fuerza, Rogelio Coria y José Alonso conforman

la “Nueva Corriente de Opinión” a favor de una colaboración sin restricciones con el gobierno de Onganía. Conocidos luego como “participacionistas” debilitan la conducción de Vandor pero no la vencen.

Incluso, en medio de la coyuntura más difícil que le toca atravesar a esa corriente, Vandor ratifica, mediante un extenso reportaje en un medio periodístico, la continuidad del proyecto de autonomía sindical. Constituye, prácticamente, una declaración de principios de su visión acerca del papel de los trabajadores en una sociedad capitalista como la Argentina. En primer lugar, señala el lugar del movimiento obrero como partido:

No podemos reducirnos a mantener relaciones más o menos cordiales con el gobierno, debemos ser parte de él, institucionalizarnos. Eso no quiere decir que nos anquilesemos: la participación permanente de los trabajadores en la dinámica de la comunidad lo impedirá. No aceptamos el rol de grupo de presión; debemos ser factor de poder porque tenemos derechos y condiciones para serlo. Pero la institucionalización debe producirse dentro de un estado que impulse el verdadero desarrollo económico nacional.

Vandor asimismo manifiesta los límites ideológicos de la facción social que representa:

En la Argentina política solo va a pesar quien tenga poder real; la era de la ficción y de los intermediarios tiene que terminar. El sindicalismo siempre ha jugado claro, con las cartas sobre la mesa. Soy fervoroso partidario del sostenimiento de un programa del movimiento obrero. Pero ese programa no equivale a un planteo clasista y sectario, sino a una planificación, que deja márgenes a quienes deban ejecutarla.

El poder “material” y político de la acción sindical está sólidamente establecido:

Su composición cualitativa y cuantitativa convierte a los sindicatos en la estructura más importante del país. Esa masa social le otorga al sindicalismo un poder económico de enorme magnitud que le permite soportar cualquier emergencia. Como

consecuencia, el poderío político sindical le permite encaminarse hacia su institucionalización como factor de poder [...] Tenemos plena conciencia del poder de hecho que manejan los sindicatos. Desde la huelga hasta la toma de fábrica se dieron pruebas suficientes no solo de fuerza sino también de responsabilidad [...]. En cada etapa en que el Estado, destinatario natural del poder político, ha renunciado a solucionar los problemas de la comunidad, los sindicatos han dado la gran lección nacional: una demostración de poder que no nace de la violencia ni de manifestaciones retóricas incumplidas.

En otro fragmento de la entrevista, repite los principios clásicos de la economía del peronismo:

No sólo se defiende la familia del trabajador sino del costo de vida para la comunidad. A mayor consumo de la clase trabajadora, mayores inversiones de capital se producen en la sociedad, y es mayor, entonces, el desarrollo industrial. Así, la relación directa entre la fuerza del sindicato en su lucha por un mejor convenio se convierte en decidida participación en la economía nacional.

Pese al clima adverso, Vador se siente -incluso- con las suficientes fuerzas para “marcar la cancha” a la Revolución Argentina:

Si los tiempos de la Revolución son largos y se cuentan en años, las necesidades del pueblo son imperiosas y se cuentan por minutos. Por eso, el sindicalismo argentino no se envanece con exigencias altaneras, propias de los que nadan representan: plantea, en la hora actual, el reclamo viril y perentorio de los humildes. Y no olvida que el principio de autoridad surge siempre por propia decisión de los humildes.

(Citado por Bosoer y Senen Gonzalez, 2009, pp 178-180)

En síntesis, Vador presenta a la fuerza social que representa, su ideología, su lugar en la política argentina y su ambición de poder político, en el momento mismo que ese proyecto

está en crisis como lo observan muchos de sus contemporáneos (Carri, 2015[1967]; Gazzera, 1970).

Para Vandor y la dirigencia que lo secunda, oponerse de lleno al régimen militar entrañaba un riesgo: su propia existencia institucional corría serio peligro, aunque una actitud pasiva podía hacerle erosionar su prestigio ante las bases metalúrgicas. Claramente, constituía una encerrona de difícil solución. Otra parte del sindicalismo, afirmado en grupos más chicos y marginales del mercado de trabajo, con heterogéneas líneas de pensamiento, entendió que la tradicional estrategia de presión y negociación era imposible (James, 2003). Como un espejo invertido, éstos últimos, impusieron una línea opuesta a los “participacionistas” citados más arriba y, con motivo del congreso convocado para normalizar la CGT en 1968, gremios como los ferroviarios, portuarios y trabajadores del interior impulsaron una nueva línea política opuesta al régimen militar. Nació la “CGT de los Argentinos” que se convertiría, pese a su fugacidad, en un punto de encuentro momentáneo de los más tenaces opositores a Onganía, en la que confluían buena parte de los dirigentes “duros”. Sindicatos como los gráficos, los telefónicos y farmacia habían sido marginados por el vandorismo y encontraron en la nueva central un espacio capaz de articular por un breve período algunas de sus demandas. Muchos de sus nuevos enemigos, intelectuales y periodistas de clase media encontraron allí un ámbito de expresión anti vandorista y también anti militar.

A instancias del propio Perón, Vandor intenta abroquelarse bajo la formación de la CGT Azopardo, aliado ahora con parte de sus antiguos adversarios como el caso de Alonso. Juntos, reconquistan la CGT, pero ya en un contexto absolutamente diverso. A fines de mayo de 1969 un estallido social en la ciudad de Córdoba, conocido como el “Cordobazo” inauguró un nuevo período de movilizaciones y protagonismo sindical en interior del país. Un mes después, Vandor caía asesinado en el local de la UOM de la calle La Rioja de la capital. Junto con él, culminaba el último proyecto de autonomía obrera y sindical.

Con el asesinato del “Lobo” quedaron cerradas las posibilidades de supervivencias reales de cualquier proyecto independiente integrado por los trabajadores y conducido por los dirigentes sindicales. Lo que resultó más persistente en el tiempo es la existencia de una poderosa cultura obrera que va a sobrevivirle, de la que daremos cuenta en el próximo capítulo.

Capítulo 4 Una cultura obrera en Buenos Aires en el contexto de la modernización de la sociedad argentina post peronista (1955-1969)

Salía de ver una carrera de Fangio con unos amigos y nos pusimos de pasada a ver un partido entre dos chicas en el Lawn Tennis Club. Hasta que una le dijo a la otra: -‘¿Hoy no habla el macho?’
Juan C., trabajador metalúrgico portuario

El *music hall* atraía a la clase obrera londinense porque era una evasión y a la vez estaba firmemente arraigado en la realidad de la vida de la clase obrera.
Gareth S. Jones, *Lenguajes de clase*

Como se ha visto la eficacia de la UOM en la obtención de mejoras laborales para sus afiliados y el éxito en la movilización de sus trabajadores durante los años sesenta dependió de las condiciones estructurales del capitalismo de esos años. También necesitó de las cualidades de los dirigentes, encabezado por Vador, para manejar las ambiguas relaciones con el Estado post peronista de forma preservar los intereses de la organización e, incluso, proyectar a los metalúrgicos a la arena política. Sin embargo, en esta investigación se considera que el lugar de los trabajadores del área metalmecánica en la vida sindical y política argentina no puede ser satisfactoriamente explicado sin abordar la atmósfera cultural que respiran dirigentes y dirigidos. Sin negar la importancia de los procesos económicos y políticos más generales y los contextos institucionales donde éstos se desarrollaron, este capítulo se encarga de indagar como los trabajadores de Buenos Aires participaron en forma activa de las industrias culturales de los años sesenta y desarrollaron algunas de sus prácticas cotidianas. Estas constituyen una verdadera “ventana a la mentalidad de los protagonistas” como señala Ariel de la Fuente (2014), si bien en una realidad histórica muy diferente a la tratada aquí. Conocer el mundo popular implica no sólo examinar sus organizaciones y sus luchas sino indagar sus visiones del mundo, sus representaciones simbólicas y anhelos. Estudiar algunos aspectos de la cultura de los trabajadores permitirá establecer el nexo que relaciona a trabajadores y dirigentes, por lo cual tiene claras implicancias políticas.

En los años de Vador se configura en Buenos Aires una cultura obrera, con sus propios valores y visiones del mundo. Esa cultura adquirió un carácter resistente, manifestado en el proceso inmediatamente posterior a 1955 cuando se intentó, desde la cima del poder, excluirlo políticamente y someterlo a los procesos de racionalización en las fábricas. Pero también, los valores desarrollados en la etapa peronista le dieron a esa cultura un carácter integrativo y permeable a las novedades que la sociedad de consumo le propuso en los años sesenta. Esas experiencias pasadas y presentes no giraron en el vacío: se realizaron en medio

de un proceso de modernización social y cultural que tuvo a la clase media como protagonista central y “faro” moral.

4.1 Cultura y ocio en la Argentina peronista. A la conquista del espacio público

Como hemos visto en los capítulos 2 y 3, los trabajadores adquirieron durante la década peronista una mayor atención por parte del Estado en las relaciones laborales típicas de una sociedad capitalista. También lograron un reconocimiento como nunca antes en tanto clase social en la arena política, lo que Daniel James denominó la adquisición de la ciudadanía social. Pero también significó algo más: la ruptura de ciertos límites implícitos de lo que estaba permitido hacer o no para un trabajador en una sociedad como la de Buenos Aires de los años cuarenta. Algunos de esos límites se refieren a la quiebra de la “deferencia” término que remite directamente al fin de la aceptación del lugar tradicional entre los que obedecen y los que mandan. Este concepto de E. Thompson (1974) fue aplicado por Juan Carlos Torre en un famoso artículo sobre el momento de conformación del Estado peronista (1989). Al margen de la ambigüedad del proceso de ruptura con la sociedad tradicional que los trabajadores y el Estado peronista llevaron efectivamente a cabo, ese quiebre se expresó en los conflictos sociales encabezados por los sindicatos, por ejemplo, en el caso de los trabajadores metalúrgicos. Pero también se expresó en los ámbitos físicos donde los trabajadores pudieron acceder y gozar del ocio que antes les estuvo vedado. Ese proceso, apoyado y sostenido desde el Estado, fue denominado por algunos investigadores como “la democratización del bienestar” (Torre y Pastoriza, 2002). La irrupción de las masas en la ciudad no fue solamente un hecho socio político sino también cultural: los trabajadores se convirtieron en consumidores de productos culturales preexistentes al peronismo, como el teatro, el cine y los eventos deportivos como el boxeo. Otras pautas de entretenimientos se afianzaron como los bailes de carnaval, los festivales folclóricos y las competencias deportivas. También se incrementaron los ámbitos de sociabilidad masculina más tradicionales como el café y el billar. Algunos jóvenes trabajadores que se convertirían en dirigentes formaron parte activa de esos ámbitos de sociabilidad. Pedro A., trabajador textil y dirigente de la Asociación Obrera Textil señala: “Yo paraba en Corrientes y Esmeralda. Era amigo de Pichuco...íbamos a jugar a los dados a las 4 de la mañana a “La Terraza”...yo vivía de noche [risas]” (Comunicación personal con Pedro A., julio 1992).

El diario *La Prensa* sintetizó, en una nota de 1954, el impacto de la experiencia peronista en la vida cotidiana y el uso del tiempo libre para los trabajadores y sus familias:

Antes, pocos salían las madres con sus hijos. Tampoco las familias en pleno, porque lo que se ganaba apenas si alcanzaba para comer [...] Hoy hay para vivir y pasear. Para salir y veranear. Y como la preocupación del centavo no atosiga a nadie, pueden las madres vestir a sus chicos y sacarlos por las tardes a dar una vuelta al centro [...] el bienestar de una familia se mide además por cómo se expande a las mujeres y a los chicos la posibilidad de pasear. (Citado por Leonardi, 2009, p. 10)

El Estado también impulsó la apertura de ámbitos antes reservados a las elites como el Teatro Colón, destinado ahora a nuevos públicos populares (Leonardi, 2009). Desde allí se organizaron en forma reiterada fiestas conmemorativas con un indudable tinte político (Gené, 2005).

De acuerdo a Anahí Ballent (2004) este proceso puede ser pensado como una “toma simbólica” de la ciudad (p.318). Pero la irrupción de las masas en la ciudad tuvo, para los sectores altos y medios, significados opuestos, como una virtual “invasión” de espacios antes reservados a ellos casi exclusivamente. Visto desde este punto de vista, la oposición política al gobierno de Perón era, en cierta forma, una oposición social y cultural. Por contraposición para los trabajadores la experiencia peronista no fue solamente políticas sociales y beneficios económicos. Constituyó también:

una cultura política de oposición, de rechazo de todo cuanto había existido antes de lo político, lo social y lo económico, y un sentimiento de blasfemia contra las normas de la elite tradicional y la estima que se sentía a sí misma. (James, 1990, p. 58.)

Ese carácter “plebeyo” de la cultura política peronista se trasladó al campo del ocio y el tiempo libre, convirtiéndolos también en un campo de disputa. Luego de 1955, ese campo se redefinió y adquirió nuevas características cuando las condiciones políticas cambiaron dramáticamente.

4.1.1 Entre la resistencia y la integración: la visión de los trabajadores y sindicalistas de Buenos Aires después de 1955

La Resistencia Peronista fue el fenómeno de oposición de los militantes a la persecución de trabajadores, dirigentes sindicales y políticos peronistas, implementada desde

la nueva conducción del Estado, del cual hemos dado cuenta en el capítulo 3. Este proceso, que se desarrolla principalmente entre 1955 y 1960, permitió el surgimiento de una particular “estructura de sentimientos” de acuerdo a la conceptualización de Raymond Williams (1980) que afectó y modificó la cultura obrera. Las nuevas experiencias, marcadas por el signo de la adversidad, entran en tensión con las experiencias del pasado peronista. Los principios tradicionales del peronismo, que podemos caracterizar genéricamente de “reformistas”, consistieron en modificaciones parciales al funcionamiento del sistema capitalista que propuso el Estado peronista. En esa etapa los trabajadores aceptaron y procesaron en sus propios términos conceptos caros al peronismo tales como el de “armonía de clases”, pero que coexistieron con su propia cultura plebeya. Esas experiencias, cargadas de recuerdos selectivos acerca de lo que el peronismo había sido y debía ser, fueron el combustible para confrontar al gobierno de la Revolución Libertadora, y permitieron enfrentar los años venideros. Por un lado, la cultura obrera adquirió un aspecto resistente a los intentos de borrar su identidad política y modificar las condiciones y derechos laborales de la etapa peronista. Pero también adquirió un aspecto integrativo en respuesta a las vicisitudes e intersticios que se abrían para la participación desde el campo político tal cual hemos visto en los capítulos precedentes. En materia cultural se observan esas mismas características: la integración entusiasta a las novedades de la “industria cultural” de los años sesenta pero sin perder su identidad. Esa cultura, permeable, flexible persiste —sin embargo— en sus características plebeyas y tiene características resistentes hacia las vanguardias, ya sean estéticas o políticas.

4.2 Transformaciones culturales en Buenos Aires durante los años sesenta

Durante los años sesenta asistimos a procesos de cambio social, cultural, institucional y económico que podemos denominar *modernizantes* en los términos en que lo entiende Altamirano (2002). Las transformaciones de la estructura productiva que propuso e inauguró el gobierno de Frondizi, tuvieron su correspondencia en el campo cultural y aceleraron el “deshielo” de la etapa post-peronista.

El cine, fenómeno de masas que reconoce antecedentes en las décadas precedentes presentó un record en películas extranjeras estrenadas: 701, de las cuales más de la mitad fueron producidas en Estados Unidos. La concurrencia a las salas oscilaron las 75 millones de entradas vendidas, muy superiores a los 67 millones de tres años anteriores.

El ingreso de capitales norteamericanos permitió potenciar uno de los elementos centrales de los *mass media* en occidente: la televisión. A partir de 1960-1961 se incrementó

la fabricación, importación y ventas de aparatos de televisión que crecieron en forma exponencial. Mientras que en 1953 sólo existían 5000 aparatos, en 1960 se pasó a los 800.000 hasta llegar a los 3.700.000 en 1973. Luego de la caída de Perón, se licitaron las frecuencias de las señales de televisión que permitieron el surgimiento de tres nuevos canales porteños. Los canales permitieron la difusión masiva de “nuevas formaciones culturales” que provenían de sus pares norteamericanos: la música, la comedia familiar y los noticieros (Alabarces, 2001). El nivel de penetración de la televisión a principios de los años sesenta era el más alto de Latinoamérica y superior, incluso, al de algunos países desarrollados. Se instalaron también subsidiarias de las grandes compañías discográficas asociadas a las productoras locales que permitieron la difusión de nuevos ritmos de origen transnacional y la renovación de la música tradicional argentina, apuntalada mediante estudios de mercado y expertos en marketing.

Los trabajadores de Buenos Aires no fueron los principales protagonistas de esta ola modernizadora. Por el contrario, estos años resultaron, para algunos investigadores, “el paraíso de la clase media” (Adamovsky, 2009)³³. No sólo adquieren mayor centralidad en el discurso político, sino que algunas áreas de la modernización cultural parecen tenerlos como sus casi exclusivos destinatarios: los nuevos medios de prensa. *Primera Plana* constituyó, quizá, el ejemplo más acabado de éxito e innovación editorial acorde a los nuevos tiempos y volcados a públicos renovados. Para lograr esos objetivos la revista fue diseñada en función de modelos de tratamiento informativo de los grandes semanarios internacionales en especial la revista *Time* (Taroncher Padilla, 2004). ¿Cuáles eran las temáticas y los enfoques de la revista? Además de la política nacional e internacional, el semanario estaba muy atento a las vanguardias y nuevos movimientos de la literatura, el cine, la música y el arte. Todo “lo nuevo” y “lo joven” debía ser apoyado en contraste con “lo viejo”. La innovación incluía la forma de redactar con “formato” literario, regado de humos ácido, y con cierta pretensión de exquisitez expresada en citas eruditas provenientes de la literatura lo que denota el objetivo de dirigirse a un público “culto” y que capta las ironías (p.259). Es decir, los valores y las actitudes de la clase media urbana. Pero también absorbe los nuevos valores gerenciales y transmite —a veces en un tono fuertemente pedagógico— lo que considera el camino político correcto. El impacto de ventas fue inmediato: de acuerdo al historiador Daniel Mazzei (1994), en los primeros meses de existencia, *Primera Plana* promediaba 25.000 ejemplares semanales. Hacia 1966, en las postrimerías del golpe de Estado que derrocaría a Arturo Humberto Illia,

³³ Sólo haremos referencia a la cultura de clase media en tanto hay elementos de integración, roce y rechazo que constituyen centrales para definir su propia identidad y contribuir a través de su mirada, la de los trabajadores.

llegaría a 50.000. Los acontecimientos del Mayo Francés en 1968 y el Cordobazo en 1969 elevarían esa cifra a más de 58.000. La media máxima de lectores de la revista rondaría los 300.000.

A tono con la modernización en boga, se impuso también un clima de libertad y apertura en el ámbito universitario, un claro contraste con el oscurantismo que primó en los años peronistas. Si bien aumentó sensiblemente la matrícula a lo largo de los años sesenta, permitió que solo la clase media accediera en forma masiva.

Las vanguardias estéticas alimentadas de este proceso de modernización cultural encontrarían su lugar en el Instituto Di Tella. Nacido en 1958, fundados por los hijos de un conocido industrial, canalizaron fondos privados nacionales y extranjeros destinados a actividades culturales y sociales de “vanguardia” (es decir, ajenas a la producción cultural industrial). Hacia mediados de los años sesenta se había transformado en uno de los centros de vanguardismo cultural y artística más importantes de Sudamérica (Pujol, 2003).

4.2.1 La cultura de masas en los años sesenta y su impacto en la cultura obrera

Los trabajadores metalúrgicos y la clase obrera urbana en general recorrieron, en los años sesenta, caminos culturales similares que en la etapa peronista, que a su vez se alimentó de la etapa previa. El boxeo, el fútbol y la música constituyeron ámbitos y prácticas que moldearon su visión del mundo y su cultura. Como señala Richard Hoggart (2013):

Los miembros de la clase trabajadora que son amantes del deporte admiran las cualidades del cazador, el luchador y el temerario, la exhibición de músculos y de fuerza, de velocidad y coraje, de habilidad e ingenio. Los grandes boxeadores, futbolistas y corredores rápidamente adquieren el estatus de héroes, equivalentes modernos modificados de los héroes de las sagas clásicas que combinaban el talento físico natural con una gran dedicación y astucia. (p. 127)

Desde los años 30 el boxeo tendría un papel gravitante en el mundo popular. En 1932 el pugilista Justo Suarez, “El torito de Mataderos”, junto casi 40.000 espectadores en una reunión boxística lo que muestra la popularidad que adquirió entre los porteños en esos años

(Hora, 2014). Los periódicos, con aspiraciones de llegar a un público popular como *Crítica*, le dedicaban varias páginas de su tirada diaria. En esa década surgieron también empresarios del espectáculo que crearon la infraestructura necesaria y posibilitaron que los deportistas vivieron de su deporte: había nacido la era profesional. El Luna Park, construido en etapas entre 1931 y 1934, se transformó en el mayor estadio cubierto de Sudamérica. Hacia 1940 vendía 260.000 entradas al año que llegaron a 500.000 para 1947. En la etapa peronista se multiplicaron los pugilistas que brillaban como José María Gatica, Eduardo Lausse, Alfredo Prada y Pascual Perez.

Sin embargo, las reuniones boxísticas alcanzaron su momento de auge en los años sesenta cuando convirtieron al Luna Park en “El Palacio de los Deportes”, uno de los símbolos del ocio popular por excelencia. Las reuniones se hicieron más frecuentes y concurridas, merced a la gran cantidad de pugilistas que obtuvieron la posibilidad de disputar títulos internacionales. La inmensa cantera de boxeadores, en su gran mayoría migrantes de provincias argentinas (como muchos trabajadores y varios de los dirigentes sindicales de la época), era entrenada por los mejores técnicos en las mismas instalaciones del Estadio. De forma tal que los jóvenes podían ser examinados *in situ* sobre sus condiciones para participar de las veladas, transformándose en “La Meca” de los que deseaban triunfar. La actuación de púgiles como Nicolino Locche, Horacio Acavallo y Natalio “Ringo” Bonavena como las peleas de Gregorio “Goyo” Peralta y el joven boxeador Carlos Monzón permitieron la concurrencia de miles de trabajadores. La pelea entre el ascendente Bonavena versus Martin en 1968, por ejemplo, recaudó más de 18 millones de pesos, mientras que el combate por el campeonato del mundo, Acavallo vs Ebihara, recaudó \$23.639.000, en agosto de 1967³⁴. La concurrencia al estadio era tal que, en los momentos previos del combate, no se podía caminar por la calle Bouchard en las cercanías del estadio. Si bien esas cifras adquirirían un carácter extraordinario, peleas de menor rango como la de Carlos Monzón contra Jorge Fernández por el título sudamericano recaudó más de 3,5 millones de pesos, cifras no inusuales. Ir al “Luna” se transformó en un ritual para los sectores populares de Buenos Aires: una buena noche de boxeo podía superar los 20.000 asistentes.

El propietario de segunda generación y “match-maker” Juan Carlos “Tito” Lecomte confirma lo antedicho en una revista de actualidad:

¿Actualmente, el boxeo está en auge?

³⁴ Los datos fueron obtenidos de la reproducción del Registro de espectadores y recaudación del Luna Park correspondiente a 1967.

Sí. Somos el segundo país detrás de Estados Unidos en box. Compare poblaciones y verá que somos primero. Este fue el resultado de varios años de esfuerzos. Ahora tenemos el fruto. Ídolos: Bonavena, Accavallo, Locche. La gente viene a los estadios y la juventud, entusiasmada, produce boxeadores nuevos (...)

¿Cómo está ubicada Buenos Aires como plaza boxística?

-Primera. En Roma hacen 4 o 5 reuniones. En toda Italia hacen las reuniones del

Luna: 85 por año [...]. (Panorama, 1968, p.36)

El éxito del boxeo como negocio se apalancó —sin embargo— sobre varios factores. Lecomte complementó diversos tipos de espectáculos que convocara al mismo tiempo a públicos masivos de diversas clases sociales. Además del boxeo, a mediados de los años sesenta se incorporaron espectáculos circenses como *El Circo de Moscú* proveniente de la URSS y *Holiday On Ice*, basado en el patinaje artístico arribado desde los Estados Unidos. En forma inconsciente, el empresario mantuvo en su oferta espectáculos provenientes de los dos polos ideológicos protagonistas de la Guerra Fría que no suscitó conflictos graves. El diseño arquitectónico de su estadio combinaba las gradas más económicas que permitían albergar a la mayor parte de espectadores (lo cual constituye un paralelo con la arquitectura de la mayor parte de los estadios de fútbol de la época) con plateas diversas pero minoritarias para los bolsillos de clase media y media/alta. La concurrencia “poli-clasista” (aunque mayoritariamente popular) constituyó una de las claves del éxito. *El Circo de Moscú* fue visto en 1966 por casi 390.000 espectadores, de los cuales más de la mitad corresponden a los ubicados en el sector “Popular”. Si incluimos el sector “Platea Alta” (que, por su valor, es un 50% más caro), la cifra asciende a las 2/3 partes de la capacidad del estadio.³⁵

Si tomamos como referencia el salario mínimo vital para un trabajador sin carga de familia (ley 18.337 de septiembre de 1969) que establece un pago de \$22.000 m/n (era de \$ 20.000 de la misma denominación para el año anterior) en el año 1966, un espectáculo internacional como el Circo de Moscú (uno de los más caros en plaza) requería \$600 m/n para que concurriera una familia tipo a la popular, algo más del 2,5% de sus ingresos mensuales. Es decir, al alcance del bolsillo popular. Una pelea por el campeonato del mundo de boxeo en

³⁵ Los datos fueron obtenidos de la reproducción del Registro de espectadores y recaudación del Luna Park correspondiente a 1966.

esos años se encontraba en los mismos valores, donde los hombres concurrían solos o con amigos (dado el carácter eminentemente masculino de esos eventos). Debido al agotamiento de los tickets populares para esos eventos específicos podemos sugerir su accesibilidad a la clase obrera.

Hacia fines de la década el negocio estaba consolidado. Durante el verano 1969-1970 los espectáculos internacionales recaudaron 230 millones de pesos mientras que el boxeo permitió ingresos por casi 183 millones de la misma moneda. La revista Mercado dejaba de manifiesto la importancia del “Luna” para el habitante de Buenos Aires:

Por ubicación, por amplitud, por tradición, el Luna Park es único en América Latina. Empeñada la empresa en una renovación constante y en extender su radio de extensión, fue acostumbrando al porteño a mirar permanentemente su cartelera en busca de los mejores espectáculos masivos. Ahora ya casi no hace falta leer los diarios para enterarse del programa: todos los miércoles y sábados, de abril a diciembre, boxeo; en enero y/o febrero, patinaje sobre hielo; en marzo, circo. (1970, p. 32)

Pasear por la calle Corrientes, comer una pizza y concurrir al Luna Park el sábado a la noche formaba parte de la confirmación de las conquistas sociales conseguidas en los cuarenta y confirmadas en los sesenta.

El fútbol, transformado en profesional en 1931, ingresó también junto con el boxeo entre las máximas preferencias populares. La mayor concurrencia a los estadios fue un fenómeno característico entre los años 20 y 30, también lo fue el incremento de la actividad social. Hacia 1925, ninguno de los llamados cinco equipos grandes (River Plate, Independiente, Racing, Boca Juniors y San Lorenzo) alcanzaba los 3500 socios cada uno. Diez años más tarde todos habían superado los 17.000 y River Plate contaba con más de 30.000 (Hora, 2014). Entre 1930 y 1935 la cantidad de espectadores en el campeonato oscila entre los dos y dos millones y medio con un claro predominio también de los equipos grandes (Archetti, 2005). Entre los años 30 y 40 el incremento de la masa societaria y el éxito de taquilla fueron acompañados por la construcción de nuevos estadios de hormigón armado, que reemplazaron a las modestas canchas típicas de los años veinte. Ahora, podían albergar a

miles de espectadores y brindar en sus instalaciones servicios deportivos y culturales variados a sus socios, desde natación hasta bibliotecas y cursos de danzas folklóricas. Además, en sus sedes sociales se realizaban los clásicos bailes de carnaval y festejos del día de la primavera. La multiplicidad de actividades obligó a la construcción de sedes sociales, algunas en las mismas edificaciones de los estadios y otras en construcciones independientes. Vale aclarar que tanto la actividad asociativa como la construcción de estadios recibieron la intervención decidida del estado peronista, como fue el caso de Racing y Huracán³⁶. El grueso de los complejos deportivos se encontraba en Buenos Aires y dos de ellos en uno de los más importantes distritos metalúrgicos en los años sesenta, Avellaneda.

Al margen de la evolución material de los clubes, el fútbol encarnó valores vinculados a la afirmación de la masculinidad y de un ideal nacionalista vinculado a la defensa del estilo “criollo”. Desde los medios de comunicación primero y desde el Estado peronista después, estos principios arraigaron entre los trabajadores, sus principales practicantes y espectadores. La revista de difusión masiva *El Gráfico*, publicada desde 1919, construyó una idea de nacionalidad alrededor del fútbol que el peronismo luego profundizó. En una apretada síntesis, la derrota del seleccionado argentino ante los ingleses en 1951, motivó una nota periodística de Borocotó³⁷, uno de los periodistas deportivos más importantes de la Argentina. Allí defendió el “estilo nacional”:

los ingleses son ingleses y nosotros somos criollos. Ni ellos pueden jugar como nosotros ni nosotros como ellos. Existen marcaciones, tácticas, planes... Pero existe algo que no se puede cambiar ni acepta adaptaciones de ninguna índole y que está ligado a la idiosincrasia cada uno. Hay una manera de pensar, de sentir, de ejecutar y que está en la sangre, en el churrasco y el mate o en la avena con leche y el jamón con huevo. (Citado en Archetti, 2005, p 7).

Las representaciones fílmicas más exitosas vinculadas al deporte durante el peronismo como *Pelota de Trapo* (Bo, 1948) y *Con los mismos colores* (Torres Diaz, 1953) ponen en primer plano al trabajador-jugador como encarnación de la nacionalidad y del humilde que se transforma en héroe deportivo. En un mismo acto, representa dos valores del Estado peronista

³⁶ Otros clubes como Boca Juniors y Velez Sarfield gestionaron créditos para la construcción y/o mejoramiento de los estadios antes y durante la gestión peronista (Gruschewsky y Frydenberg, 2015)

³⁷ Periodista deportivo de la época que usaba ese apelativo y cuyo nombre verdadero era Ricardo Lorenzo Rodríguez (Sibaja, 2005)

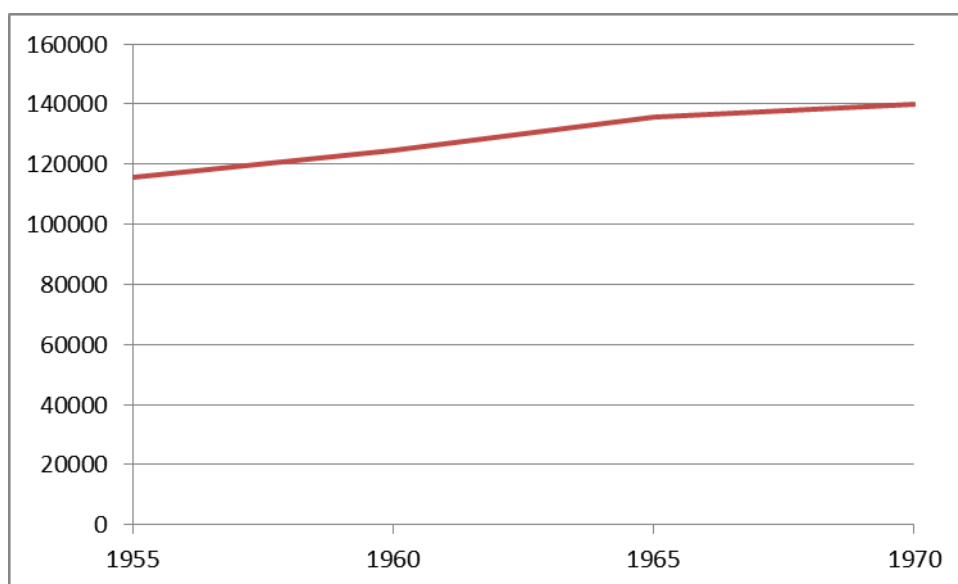
y la clase obrera: la movilidad social en este caso mediante el fútbol y la defensa de la casaca nacional como sinónimo de la bandera argentina (Alabarces, 2001).

Luego de la caída del peronismo, se inicia el período conocido como “mercantil” donde se intentan imponer criterios de modernización en la organización de ese deporte. Si bien la disminución de las entradas vendidas en los espectáculos de fútbol constituye un fenómeno real, las razones no pueden ser atribuidas a la pérdida de preferencia por parte de las clases populares hacia ese deporte.³⁸

Como muestra la figura siguiente durante estos años se produce —por contraposición— una nueva expansión de la masa societaria entre los principales clubes del fútbol argentino (todos de capital y con la inclusión de Avellaneda).

Figura 1

Evolución de la masa societaria de los 5 equipos grandes del fútbol argentino y Velez Sarfield (1955-1970)



Nota. Elaboración propia en base a Grushevsky y Frydenberg (2015)

De acuerdo a Grushevsky y Frydenberg (2015) el aumento de socios obedece a un incremento en las posibilidades materiales y simbólicas de uso del tiempo libre y del espacio. Si se coincide en que la mayoría de los espectadores y socios de fútbol se reclutan entre los sectores populares, nada nos impide suponer que la composición social de quienes hacen uso de las instalaciones sea particularmente diferente.

³⁸ Alabarces (2001), Sibaja (2005) y Grushevsky y Fridenberg (2015) presentan diferentes razones para entender este fenómeno que exceden los límites de este trabajo.

Según Sibaja, la asistencia a los partidos de fútbol siguió siendo un espectáculo abrumadoramente masculino durante los años sesenta. No obstante, la presencia femenina y de la niñez fue en crecimiento en las actividades sociales como atletismo, natación y cursos de baile. El hecho de interrumpirse el flujo de recursos estatales destinados al financiamiento del deporte luego de 1955, potenció el lugar de los clubes sociales como receptores de la familia — al menos— en actividades sociales (2005).

En síntesis, el fútbol y el box continuaron como las dos grandes pasiones deportivas de los trabajadores. Pese a la transformación de esos espectáculos durante los años sesenta, estos irradiaron los mismos valores: masculinidad y la identificación con “lo nacional”. Esos valores no se encuentran ajenos a la vida obrera y sindical. Dirigentes vinculados a la UOM eran asiduos practicantes de boxeo, como Armando Cabo y Norberto Imbelloni y en una etapa posterior al período estudiado, también lo hacía el dirigente metalúrgico Lorenzo Miguel. En su juventud, el mismo General Perón practicaba este deporte³⁹.

Miguel Gazzera, dirigente del Sindicato de Fideeros, contemporáneo y aliado de Vandor hasta 1966, relaciona sus propios orígenes sindicales en la empresa Tampieri de la localidad de San Francisco (Provincia de Córdoba) con su afición a los deportes y a sus dotes viriles de seducción:

Yo del tema de Perón me enteré después...en el 48. No tenía mayor vinculación con la política, ni me interesaba tampoco (risas). Mil obreros, setenta por ciento con mujeres, yo me dividía las energías entre el deporte y las mujeres [carcajadas]. Mi relación con los trabajadores antes de incorporarme a la conducción sindical... Primero tenía una gran ascendencia sobre ellos como ayudante del jefe del personal. Yo disponía. [...] Además yo integraba el equipo de fútbol, de basquet y de ciclismo...de manera que tenía una muy buena relación...luego siempre los consideré a ellos mis amigos.

(Comunicación personal, agosto 1992)

³⁹ La primera plana del gobierno peronista concurría con asiduidad al Luna Park, sobre todo en las grandes veladas boxísticas de los años cuarenta y cincuenta.

En el caso de Gazzera, la cercanía a un cargo del sector patronal no constituye un obstáculo para la ascendencia ante sus compañeros reforzada por una pasión común, el deporte, que sumado a las condiciones específicas de conducción le permitieron al dirigente fideero encabezar su primera huelga como delegado con todo éxito.

La afirmación de valores culturales que reivindicaban la masculinidad atravesó toda la cultura obrera y sindical. Perón era conocido como “el macho” y las multitudes trabajadoras que coreaban su nombre durante el 17 de octubre de 1945 cantaban: “Maricones a otra parte/viva el macho de Eva Duarte” (Pulfer, 2020).

La personalidad “varonil” de Vandor era destacada en el ambiente sindical y constituía un elemento nada despreciable de control sobre sus pares. En pleno enfrentamiento entre Perón y Vandor se produjo el plenario de las 62 organizaciones de 1965. Un dirigente sindical asistente afirmó: “Vandor, además de su organización (la UOM), tenía una personalidad más fuerte [que Framini]. Era un tipo más duro”. Esa conducta podía acallar potenciales discordias entre las filas sindicales.

Andrés Framini, que poseía una carta de Perón acusatoria de la conducta de Vandor e iba a darla a conocer en ese evento sindical, fue intimidado por el Lobo:

Bueno el plenario ha comenzado ¿tenés algo que decir? Framini iba a decir algo, pero se calló. Al lado mío estaba Sanchez, el dirigente de la FOTIA. Se levantó y Vandor le dijo: ‘¿Qué quiere, amigo?’ Sánchez se sentó nuevamente sin decir nada de lo que nos había dicho que iba a decir. Y del otro lado, Loholaberry, el secretario general adjunto de los textiles, dijo: ‘Pido la palabra’, Vandor se levantó y caminó hacia él, parándosele justo al lado. ‘¿Qué ibas a decir?’ ‘No, no, no quiero hablar’ Y así terminó el plenario. (Citado por McGuire, 1993, pp 204-205)

Pero tanto en los gremios vandoristas como los denominados “duros” el mundo del activismo gremial era un territorio definido “en términos de códigos masculinos de fuerza, valentía y compañerismo” (James, 2003, p.152). Pese a que las mujeres poseían un peso cada vez más creciente en el mercado laboral, se encontraban prácticamente ausentes de los organismos directivos dentro del sindicalismo. Incluso en aquellos gremios como el textil con

una importante concentración de trabajadoras la representación en la cúpula de la AOT era casi nula. En ese sentido, el contraste es notorio con los ámbitos culturales predominantes de clase media que le reservan a las mujeres un lugar más prominente.

4.2.2 La “otra” cultura. Música para los trabajadores

Los primeros años sesenta permitieron también el crecimiento sin precedentes de la industria discográfica. La ley de inversiones extranjeras aprobada por el gobierno de Arturo Frondizi permitió que las empresas transnacionales remitieran sus ganancias a sus casas matrices con total liberalidad. El resultado fue la llegada y la instalación en nuestro país de algunos de los conglomerados más poderosos de los núcleos dinámicos de la industria. Estas condiciones favorables fueron decisivas para la instalación de multinacionales como *CBS* y la renovación de la ya radicada *RCA Victor*. El año 1961 significó un despegue para las ventas de discos. Mientras, en 1960 la venta alcanzó un total de 6,7 millones de dólares, en 1961 subió a 9 millones (Manzano, 2010). Como señala Valeria Manzano, el crecimiento de la venta de discos fue paralelo al de ventas de tocadiscos. La marca más emblemática fue *Winco*, empresa que comenzó a dominar el mercado local y exportar a Sudamérica, en el contexto de crecimiento de la Industrialización por Sustitución de Importaciones (Pampín, 2005).

Estas empresas fueron dinamizadoras de lo que algunos autores denominan “la nueva ola”. Los nuevos ritmos, el rock y el twist, se afirmaron en este período gracias a las llegadas de nuevas temáticas, músicos e intérpretes, primero extranjeros, luego locales (Manzano, 2010). Al mismo tiempo surgieron ámbitos de sociabilidad donde los jóvenes rápidamente se apropiaron de esos ritmos, aunque lo hicieron en términos de clase. Las fiestas privadas (como los “asaltos”) y lugares de esparcimiento nocturno que surgieron en ese tiempo sirvieron para el esparcimiento y el ocio de los jóvenes de clase media, mientras que los clubes sociales y deportivos constituían el ámbito esencial para los jóvenes obreros y sus familias. Los nuevos ritmos reemplazaban —ahora— a las grandes orquestas de tango de los años 40-50. Desde la perspectiva de Manzano, surgieron diversas estrategias para difuminar los costados más rebeldes y revulsivos de esas nuevas formas culturales. Los nuevos ritmos habrían generado conductas sexuales osadas o explícitas para las pautas morales promedio de la época y conductas disruptivas entre padres e hijos. La búsqueda se orientó a promover ritmos juveniles pero sin generar enfrentamiento con los valores tradicionales. Esta búsqueda consciente de la industria cultural se plasmó en el principal éxito de la primera mitad de los años sesenta: el *Club del Clan*.

En 1960, un ejecutivo de RCA inició una búsqueda de talentos con el objetivo de “representar un microcosmos de la juventud argentina y de sus gustos musicales.” (p. 40). Se procuró conseguir jóvenes a quienes se les proveía un nombre artístico para que encuadraran en estereotipos de diversos estilos. Así se representaron un cantante de tangos, otro intérprete de ritmos centroamericanos y un joven cantante de Twist. Dos jóvenes seleccionadas representaban a una cantante pop y otra que cantaba versiones en castellano de éxitos italianos. Ramón “Palito” Ortega el más exitoso a la postre de ese conjunto de jóvenes, representaba al recién venido del interior, cantaba boleros, folklore y twist. La consagración definitiva se produjo en un programa de televisión de 1963, emitido por Canal 13.

Su éxito se trasladó a la radio, las revistas y películas de género. RCA lanzó tres discos de larga duración, especialmente dirigidos a sectores de bajos ingresos que vendieron 300.000 placas cada uno. Como resultado del éxito del Clan, y de sus solistas, que expandieron sus carreras en los años posteriores, los discos de origen local crecieron del 60% en 1962 al 75% en 1963. La programación radial comenzó a poner énfasis en la “música para jóvenes”. Las revistas especializadas de espectáculos, como *Antena* y *Radiolandia*, publicaban fotos y reportajes de los miembros del clan en tiradas cada vez abundantes.

¿Cuáles eran las temáticas que recorrían las canciones del Clan? Manzano sostiene que la canción “Qué suerte” escrita por Chico Navarro (otro de los miembros del Clan) y Palito Ortega interpretada con gran éxito por Violeta Rivas, puede dar algunos indicios:

Qué suerte que tengo

Una madre tan buena

Que siempre vigila

Mi ropa y mi cena

Qué suerte mi padre,

Callado y sereno

Qué suerte saberlo,

Tan justo y tan bueno.

Qué suerte el amor.

Qué suerte la escuela.

Qué suerte que esta noche voy a verte (Ortega y Novarro, 1964)

Según la autora, la canción refuerza los roles tradicionales de género dentro de la familia y afirma el valor del amor romántico, ajeno a cualquier viso de sexualidad. Además afirma el valor de una institución como la escuela. De hecho, en la mayoría de las canciones y propuestas artísticas del Club del Clan prevalece el conservadurismo cultural, pese al tono de “juvenilismo” que impregna a toda su obra.

Indudablemente el más reconocido y famoso de todos los miembros del Clan fue Ramón “Palito” Ortega. La familia Ortega tiene sus orígenes en los ingenios azucareros de Tucumán, donde Ramón se desempeñó como vendedores de diarios y cortador de caña. A los 15 años migró a Buenos Aires y, luego de realizar, al inicio de su estadía urbana, trabajos menores, fue incorporado a RCA como cantante y músico. En poco tiempo se transformó en un suceso: logró participar en 6 programas de televisión, ocupó 18000 centímetros en diarios y revistas y las radios transmitieron sus canciones 900 veces (p 39). Al finalizar la década, Palito llevaba 18 películas filmadas (algunas con notables éxito de taquilla), 12 “simples” de oro, dos *long play* de oro y también uno de platino (para ese momento un disco de oro debía superar el millón de copias vendidas) (Ecured, s/f).

Los nuevos ídolos juveniles, permitieron el surgimiento de legiones de “fans” ¿Pero de dónde provienen los seguidores de Palito y la Nueva Ola? Sin duda, de los barrios obreros y de clase media baja, donde las historias de sus propias vidas y de sus ídolos se entretejían. Estas historias de vida no son ajenas a la de varios de los dirigentes sindicales protagonistas de estos años como José Ignacio Rucci⁴⁰ y el mismo Vandor.⁴¹

4.2.3 El auge del folclore en los años 60: de Antonio Tormo a Mercedes Sosa

Los consumos culturales de los sectores migrantes que llegaron a los grandes centros urbanos encontraban también en la música folclórica su máximo canal de preferencias, como

⁴⁰ José Ignacio Rucci nació en 1924 Alcorta (provincia de Santa Fe). Luego de realizar diversas tareas rurales y urbanas, se instaló en Buenos Aires en 1946 en busca de nuevos horizontes. Comenzó su trayectoria como trabajador metalúrgico en diversas empresas, hasta que en 1947 se transforma en delegado de planta, luego delegado de la comisión interna y gracias a la influencia de Hilario Salvo se convierte en miembro paritario de la UOM. Durante el segundo gobierno peronista se incorpora a la empresa CATITA, donde se convierte en un activo delegado de fábrica. (Beraza,2007)

⁴¹ Augusto Timoteo Vandor nació en 1923 en Bovril (Entre Ríos) en una familia de inmigrantes de ascendencia holandesa y vascos franceses. La vida económica de ese pueblo estuvo atravesada por la actividad ganadera de la empresa británica del mismo nombre, que fabricaba extracto de carne con destino a los mercados de exportación. En los primeros años de la década del '30 el pequeño pueblo quedó envuelto en la crisis y decadencia similar a la de la mayoría del sector rural argentino producto de la depresión del comercio internacional y el principio del fin del vínculo con el Reino Unido. No resulta extraño que el joven Vandor como muchos de su generación buscaran nuevos horizontes en las ciudades (Gorbato, 1992).

lo demuestra la venta de guitarras y el surgimiento de nuevos grupos.⁴² Las preferencias de los trabajadores por el folclore tienen su propia historia.

Hasta los años 30 el tango constituía el género musical por excelencia preferido (aunque no exclusivamente) por los trabajadores. A comienzos de los años 40, emergen otras experiencias musicales como producto, en parte, de la llegada de miles de personas de reciente arribo a la capital y las zonas circundantes que se incorporan a las filas obreras. En esos años se crean y desarrollan las primeras peñas, ámbitos festivos donde los trabajadores migrantes de reciente llegada a la ciudad de Buenos Aires, escuchan la música de sus orígenes geográficos, bailan sus coreografías y aplauden a los artistas que interpretan sus canciones como Margarita Palacios, Martha de los Ríos y, en especial, Antonio Tormo. Según Oscar Chamosa (2012), las peñas constituyen uno de los ámbitos de sociabilidad por excelencia de los barrios de la ciudad, precisamente donde el tango había tenido su origen y auge. Durante los años peronistas se expandieron a lo largo y a lo ancho del país, no sólo, aunque sí principalmente, de Buenos Aires.

Si bien las migraciones internas y la expansión de las peñas favorecieron la difusión de la industria del entretenimiento entre los sectores criollos de la clase obrera, el rol del Estado peronista en la difusión de la música telúrica fue significativo. Las escuelas la incorporaron masivamente en sus currículas y actividades especiales: tanto en las clases de música como en los actos patrios y los festivales escolares el folclore era la única música que se cantaba y bailaba (2012).

Hacia 1950 el auge del folclore en detrimento de la popularidad del tango puede ser observado en las cifras de la industria: de las partituras editadas en ese año, el 30% corresponde a música de tango, mientras que el 25% a folclore. Las canciones grabadas en discos simples presentan guarismos similares: 21% al tango y 17% al folclore.

Antonio Tormo representó auténticamente la cultura de la clase trabajadora y peronista. En 1950 lanzó en disco simple de la canción "El rancho 'e la Cambicha" que vendió, de acuerdo a algunas estimaciones, 5 millones de discos, récord absoluto hasta ese momento. Desde la perspectiva de Pablo Vila (1986), las canciones compuestas e interpretadas en los años 40 y 50 ilustran las vivencias y nostalgias del provinciano recién arribado en la ciudad. En la cueca "La porteña" (con letra de Buenaventura Luna y música de

⁴² La industria cultural tampoco estuvo al margen de este movimiento: RCA firmó contrato con el grupo "Los Chalchaleros" que a comienzos de 1962 compartió la cima del ranking con Chubby Checker (Manzano, 2010)

Antonio Tormo y Manuel Canales) se describe el dilema de un “cabecita”, es decir, un migrante que dejó a su mujer en el pago y se ha enamorado de una porteña:

Me vine pa Güenos Aires
pensando volverte a ver;
las porteñas son tan lindas...
¡quién sabe si gu’a poder!
Me vine pa Güenos Aires,
-- ¡miren lo que es no saber –
yo, prendau de una porteña,
y esperando mi mujer (...).(1947)

Entre los topos recurrentes en las canciones populares estaba el del pago, o pueblo natal, figurado como un espacio idealizado que representa valores amenazados por la modernización (Karush, 2017). Si bien constituye un arquetipo para nada ajeno a la industria cultural del período, su éxito se apoya sobre los gustos y las preferencias populares.

Desde entonces, Tormo comenzó a ser llamado el “Cantor de los cabecitas”, una referencia despectiva utilizada por las clases altas y medias para designar a los migrantes de las provincias. El éxito de ventas y trascendencia fue tal que también a los migrantes recientes se los designaba “veinte y veinte” aludiendo con ironía al hecho de que cuando estos migrantes ingresaban a un almacén con tocadiscos gastaban veinte centavos en alimentos y otros veinte centavos para oír discos de Tormo. El cambio del contexto político en 1955 culmina con su carrera. Como señala Chamosa:

El éxito de su arte ponía de manifiesto el gusto plebeyo y sensiblero del sector de la población argentina que ‘La Libertadora’ más sospechaba, temía y contradecía la imagen de país europeo y civilizado que muchos, dentro de la coalición que derrocó a Perón querían restaurar. (2012, p. 151)

Luego de 1955 y hasta fines de la década del 60 asistimos al “boom” del folklore, momento de la irrupción del rock. El fenómeno, en términos cuantitativos, se tradujo en

discos vendidos, masiva difusión de programas en radio y televisión, numerosos festivales y, como se ha dicho, el incremento de la venta de instrumentos musicales (Chamosa, 2012). Un rol gravitante lo tuvieron las empresas multinacionales que apostaron, además del pop y el rock, al folclore con sumo éxito. La televisión expandió sus horas destinadas a programas con esa temática, y mediadores culturales como Julio Maharbiz tuvieron sus propios programas en los canales de aire y una revista, *Folklore*.

En un relevamiento preliminar de la revista se observa, entre 1961 y 1965, un incremento significativo de las peñas folclóricas en la Ciudad de Buenos Aires y el Gran Buenos Aires. Mientras que al comienzo de la década la revista registra 487 reuniones, promediando la década suma 791 peñas. Las sociedades de fomento, varios sindicatos, clubes sociales, deportivos y asociaciones de inmigrantes poseían peñas (algunas desde la década del 40) que se armaban, en dichas organizaciones, desde una “comisión de folclore”. La composición social de quienes participaban en las peñas durante los años sesenta era heterogénea, compuesta mayoritariamente por obreros (no exclusivamente de origen migrante) y sectores medios, pero variable de acuerdo a los barrios y las instituciones donde estaban localizadas.

El “boom” fue el triunfo del folclore entre las clases medias urbanas en particular en Buenos Aires. Nuevos grupos como “Los Chalchaleros”, “Los Fronterizos”, “Los Cantores de Quilla Huasi” y “Los Huanca Hua” irrumpieron en los años sesenta, algunos con una temática más populares y otra más elitista. Desde la perspectiva de Pablo Vila (1987), uno de los factores principales que determinó la aceptación desde el punto de vista estético por la clase media urbana fue el cambio en la poética del género, desde un sentido opuesto al de Tormo. La incursión de poetas del interior, como los hermanos Dávalos y Leguizamón, entre los más conocidos, modificó el contenido literario del género. Ariel Ramirez y Eduardo Falú le agregaron la dote de academicismo a la música folclórica, de la cual carecía hasta entonces (Karush, 2017). La síntesis entre tradicionalismo y modernización pareciera ser una de las claves del éxito de todo ese proceso.

En 1963 una de las innovaciones centrales de la nueva música folclórica fue el lanzamiento del Movimiento Nuevo Cancionero de Mendoza. Firmado por Armando Tejada Gómez, Tito Francia, Manuel Matus y Mercedes Sosa, confronta contra el tradicionalismo y la mercantilización de las expresiones artísticas populares. También lo hacía contra la música pop argentina, cuyo representante más visible era Palito Ortega y a la que calificaban de

“decadente y descompuesta” (Chamosa, 2012, p. 177). Criticaron también las canciones de "postal" que expresaban nostalgia por el paisaje pero no tenía nada que decir sobre las luchas diarias de la gente que vivió y trabajó en él (Karush, 2017). En el preanuncio de lo que sería el “Manifiesto”, la declaración formal de principios del grupo, Matus y Sosa presentaron el álbum “La voz de la Zafra”, producido por RCA Victor en 1962, que constituyó un completo fracaso de ventas.⁴³ Por el contrario, la cantante folk más popular fue Ramona Galarza proveniente de la Provincia de Corrientes y con una temática más popular y despojada de cualquier tinte “antisistema”. El éxito del momento fue el tema pasatista y de tono picaresco (en forma de chacarera) “La Gorda” de Rodolfo Zapata que le valió dos discos de oro y uno de platino y su exitosa proyección a la televisión y el cine (Chamosa, 2012). En repetidas declaraciones a la prensa, Mercedes Sosa criticaba por vulgar las creaciones de Zapata y se negaba a participar en las peñas, en tanto allí la gente solo bailaba sin escuchar las letras. Asimismo, acorde con el ideario del Nuevo Cancionero, sus canciones se proponían como una guía para sectores más postergados en búsqueda del despertar de su conciencia social. Hasta 1965 los gustos populares le dieron la espalda a Sosa y su cancionero, derrotero similar al atravesado por otras vanguardias musicales vinculadas al tango como la encabezada por Astor Piazzola. Su éxito en el festival de Cosquín vino de la mano de un cambio de “look” de la cantante, enfatizando ahora sus rasgos indigenistas. Para Karush esto constituyó un factor clave para su aceptación y popularidad en el exterior y, posteriormente, en los ámbitos de clase media, como las críticas en semanarios dirigidos a esa clase lo demuestran.

Si bien el estado de la investigación no nos permite realizar aseveraciones concluyentes ni generales, se puede afirmar que los gustos de los trabajadores de Buenos Aires en materia musical parecen inclinarse por las temáticas más tradicionales como ocurre con el folklore de la mano de Tormo y Galarza. Sin embargo, no rechaza las propuestas modernizantes como los nuevos grupos que surgen en los sesenta pese a que sí plantean una cierta distancia de las propuestas más vanguardistas.

4.2.4 Nuevas publicaciones para los trabajadores. El caso de *Crónica*.

Un aspecto importante (aunque poco estudiado) de la cultura de los trabajadores lo constituyó la palabra impresa destinada específicamente a ese sector social. Héctor Ricardo García fundó, el 29 de julio de 1963, el diario *Crónica* que, en poco tiempo, se convertiría en paradigma del periodismo gráfico popular. Desde el punto de vista de su tipografía y su

⁴³ “La voz de la zafra” constituía, de acuerdo a Karush, un compromiso entre la estética y los principios ideológicos del grupo Mendoza y los de la multinacional que lo produjo (2017).

temática, las semejanzas con el mítico *Crítica* dirigido por Helvio Botana son por demás evidentes⁴⁴. Y, cómo su predecesor, fue un inmediato éxito de ventas. Un año después, el diario imprimía tres ediciones diarias con un tiraje de 300.000 ejemplares. Entre 1968 y 1973 el diario alcanzó un promedio de ventas cercano a los 600.000 ejemplares diarios.⁴⁵

Si tomamos como referencia el año 1969, veremos la importancia de la circulación del periódico entre los sectores populares:

Tabla 1

<i>Diarios “Crónica” vendidos en Capital Federal en 1969 (en cantidad de ejemplares)</i>	
Crónica vespertino	276.374
Crónica matutino	334.642
Total	611016

Nota. Instituto Elaboración propia en base a Instituto Verificación de Circulaciones

Según el diario de habla inglesa *Buenos Aires Herald*, Crónica tiene éxito porque es un diario para el pueblo y se ocupa de cosas en las que el pueblo está interesado: deportes, carreras, crímenes, noticias gremiales y sensacionales. Tal es la confianza en el diario que tres asesinos fueron a la oficina de García a confesarle sus crímenes y luego se presentaron a la Policía. Ellos leían ‘Crónica’ y García tiene un corto apellido español que es fácil de recordar. (Citado por La Vaca, 2019)

En su número inicial señala en términos transparentes a quienes les escribe “Crónica tiene un destinatario bien definido: el pueblo, la masa. Entre un acto oficial y el drama de un niño, el último será el que ocupe nuestra atención”, arengaba García a sus periodistas. En su primer número editorial explicaba cómo sería el diario: “Nada de eufemismos ni retorcimientos idiomáticos. La voz popular ha de recogerse para el mejor entendimiento de la información. El idioma argentino será nuestra manera de decir las cosas. A la verdad hay que gritarla en su mayor sencillez” (Infobae, 2019). Esta forma de interpelación opera en forma

⁴⁴ Para un análisis del Diario *Crítica* inserto en el proceso de modernización urbana de Buenos Aires en los años veinte, véase Saítta (1998). Desde ya que la influencia política y cultural de la creación de Natalio Botana, el diario vespertino de mayor tirada en castellano, excede en mucho al diario de García creado en un contexto radicalmente diferente.

⁴⁵ Con más precisión el Instituto de Verificación de Circulaciones señala que el promedio de ventas anuales de Crónica matutino para 1969 es de 334.642 anuales y de 276.374 sólo en Capital Federal.

similar al diario de Botana: considerarse la voz del pueblo como forma de legitimación (Saítta, 1998, p.61). Al margen de las consideraciones del concepto de pueblo como construcción de su universo lector, aquí postulamos que el éxito de Crónica obedece también a la conexión entre las temáticas del diario y varias de las expectativas, gustos y esperanzas de la clase obrera.

4.3 La impugnación de la clase media a los valores culturales obreros

La incorporación de los trabajadores a la renovada cultura de masas recibió impugnaciones morales de sectores de clase media, lo que le permitió a su vez construir a ambos sus respectivas identidades. Estas impugnaciones no eran nuevas y conocieron expresiones en el pasado.

Desde los albores del siglo XX organizaciones de izquierda y las voces más representativas de la clase media hicieron sentir su queja ante la enorme difusión del turf entre los sectores populares. El periódico *Bandera Proletaria*, periódico que representaba a la tendencia sindicalista, expresaba en 1922 la carrera de caballos como el símbolo que “la degeneración de la civilización burguesa ha alcanzado insuperables proporciones” (Hora, 2014, p. 145). Años después, el poder seductor de los deportes era igualmente denostado, en tanto enemigo de la “conciencia” obrera. El periódico *Bandera Proletaria* señalaba: “¿qué virtudes pueden esperarse de una juventud ignora que, lejos de combatir las trabas hereditarias, dedica sus mejores años de existencia a cocear una pelota o a romperse mutuamente la crisma a puñetazos?” (p.230). La *Batalla Sindicalista* agrega: “se preocupan poco o nada por la lucha social” (p.230). El partido socialista de Juan B. Justo, en tanto auto-asignado moralizador de los sectores obreros también dirigía sus críticas en ese sentido. En los años posteriores, el fortalecimiento de los sectores medios gracias a los procesos de movilidad social ascendente, generó las condiciones propicias para el arraigo de discursos contrarios a las conductas de las clases privilegiadas y aquellos que destacaban la inferioridad moral y cultural de las clases populares (Hora y Losada, 2011). Algunas prácticas como los deportes de arraigo popular, según estas miradas, iban en contra del esfuerzo, el ahorro, la respetabilidad y la decencia, valores que los sectores medios comenzaron a difundir como una forma de identidad en el período de entre guerras.

Muchos de los dirigentes sindicales y políticos de la década peronista encontraban en el turf una afición común, que se extendía a vastos sectores de la clase trabajadora. Personajes tan diversos como Carlos Aloé (gobernador de la Provincia de Buenos Aires entre 1952 y

1955), Jorge Antonio (empresario vinculado al propio Perón en sus dos primeras gestiones de gobierno) y John William Cooke (como hemos visto, delegado de Perón luego de 1955 y posterior referente de la izquierda peronista en los setenta) mostraban su entusiasmo por la carrera de caballos. El mismo Vandor era un fanático del turf, y a todo tipo de apuestas. Sin embargo, las preferencias en la utilización del ocio por parte de Vandor no parecieran haber despertado el rechazo o la hostilidad de los trabajadores metalúrgicos, pero sí fue utilizado profusamente por sus críticos ya sea dentro de la arena política (como Guillermo Patricio Kelly) y sindical (como José Alonso, cuando se produjo la ruptura entre ellos en 1965). La crítica de clase media, en cambio, se apalancó sobre sus tradicionales miradas sobre ese deporte, juzgando en forma negativa lo que consideraban el dispendio de los recursos del sindicato en las carreras de caballos. Incluso se imputaba al “Lobo” la supuesta compra de caballos de carrera⁴⁶.

La mirada moralizante de los sectores medios no se limitó al turf, sino que también abarcó las nuevas industrias culturales. Las reacciones de los diversos representantes de la clase media a las novedosas manifestaciones no se hicieron esperar. Algunas representaciones de las fuerzas de izquierda manifestaron que “la nueva ola” no era más que una estrategia del imperialismo (quien inyectaba su influencia directamente sobre la cultura de masas) para adormecer a los jóvenes (Manzano, 2010, p.47).

Algunas de las críticas más sistemáticas provinieron del ámbito cinematográfico, como por ejemplo en la película *Pajarito Gomez* filmada por Rodolfo Kuhn y con guión de Francisco Urondo⁴⁷ y el mismo Kuhn. La película retrata los orígenes, fama y repentina muerte de un ídolo popular cuyas similitudes con la trayectoria de Palito Ortega son evidentes. El eje central del relato versa sobre como la maquinaria industrial crea y manipula ídolos incluso hasta en la etapa posterior a su muerte. Desde esta perspectiva la nueva cultura de masas no sería sino una forma de “alienar y manipular a la gente”, temas familiarizados con las ideas de la Escuela de Frankfurt de circulación en el Buenos Aires de la primera mitad de los sesenta (p. 49). Los medios de prensa se hicieron eco de estas críticas con iguales argumentos negativos. En 1964, *Primera Plana* publica en su portada una foto con la cara de Palito Ortega y un título: “El triunfo de los Orangutanes”. De acuerdo a la investigadora Valeria Manzano (2010), en apariencia el título hacía referencia al éxito de la canción “El

⁴⁶ Imagen tan poderosa que uno de los más lúcidos historiadores argentinos actuales, Roy Hora, sucumbe y lo afirma sin dudas. Al margen que ninguna de las acusaciones de malversación de fondos pudieron ser verificadas (por el contrario, hasta aquellos dirigentes distanciados del “Lobo”, reconocen su honestidad).

⁴⁷ El poeta Francisco “Paco” Urondo participó activamente en las organizaciones político-militares Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y Montoneros a principios de los años los años setenta.

Orangután” (p.50)⁴⁸ pero poseía, en realidad, un carácter denigrante destinado a sus seguidores. Los fanáticos no serían más que un escalón “pre-humano”, una masa no pensante que recuerda a la infeliz expresión de “aluvión zoológico” del diputado radical Ernesto Sanmartino para calificar a los seguidores de Juan Perón durante su primer mandato. El mote acuñado de “cabecitas negras”, igualmente, hacía referencia denigratoria a los migrantes internos favorables al peronismo y no hacía sino expresar “los miedos culturales, políticos y raciales que la llegada que los migrantes habían incitado, especialmente, entre las clases medias y altas” (p.51).

Para algunos estudios de la época, los orígenes regionales y de clase de ídolos como Palito Ortega y sus fans, permiten aseverar la continuidad entre los “cabecitas negras” y los “nueva oleros”. Según Manzano, el psicólogo social Alfredo Moffat:

notaba que los hijos de los migrantes internos -quienes, en sus términos de análisis, eran jóvenes nacidos en los barrios más pobres del Gran Buenos Aires- habían devenido “amantes del twist, nuevaoleros” en su esfuerzo por adaptarse a la ciudad y separarse de su cultura paterna, anclada en lo provincial. Esta segunda generación de migrantes, según Moffat, no había perdido del todo su conexión con el interior: al hacer de Palito Ortega su héroe, vindicaban un camino de ascenso y popularidad que querían para ellos. (p. 52)

Según Manzano (2010), una vez caído el peronismo, el término “cabecita negra” devino en un nuevo término denigratorio equivalente: el “mersa”. La revista *Tía Vicenta* del humorista Juan Carlos Colombres (Landrú), popularizó y extendió este último término que hacía referencia desdeñosa al gusto de las clases populares. Calificativo que esta revista presentaba desde el habla de los sectores de clase media y más pudientes, alimentando, de esa forma, la batalla cultural por el gusto tal como se definió a mediados de los años sesenta⁴⁹. La investigadora advierte que, en 1964, esta revista incorporó una columna permanente donde dos hermanas de clase media que señalaban los que eran vistos como valores positivos, denominados como: “in”, por contraposición a los consumos culturales negativos, o “out”, es decir, como mersas. De esa forma calificaban modas, marcas de ropa, expresiones verbales,

⁴⁸ Junto con “El Camaleón” y “El sombrero de paja” fueron los primeros éxitos de Chico Novarro como solista en el Club del Clan.

⁴⁹ La revista *Tía Vicenta* constituyó uno de los mayores éxitos editoriales de los años sesenta. Fundada en 1957 tuvo una tirada inicial de 50.000 ejemplares, llegando a 500000 ejemplares en 1965.

cantantes y demás expresiones que expresaban una clara posición de clase. Violeta Rivas y sus peinados, Palito Ortega y sus fans, eran catalogados irremediablemente como mersas (p.53). En un imaginario “Campeonato Mundial de Mersas”, ambos intérpretes lideraron las encuestas realizadas por la revista. El contrapunto de las hermanas lo constituía otro personaje de Landrú, Mirna Delma, que representaba a una “chica de barrio” de clase media baja cuyas consumos culturales y sociales son los típicos de una mersa (de mal gusto y “atrasados”). Los tres personajes son jóvenes de alrededor de 20 años, lo cual demuestra que la cultura de masas se había juvenilizado y las batallas sociales y culturales se daban en ese terreno.

El término “mersa” tal cual era formulado, continúa la autora, no representaba significados políticos abiertos como lo había sido el término “cabecita negra” en la década peronista. Sin embargo, conservaba el sentido racista y denigratorio (en definitiva, de alto contenido político). Era indicativo de los modos en los que las clases medias y altas “percibían y elaboraban su distinción con respecto a aquello que veían como prácticas culturales “degradadas” en una cultura de masas en transformación” (p.54).

¿Quiénes eran los mersas? Para el poeta Miguel Grinberg, se trataba de

los nativos del proletariado o de la clase media baja, el material crudo para los bailes del sábado a la noche. Tienen tez clara si provienen de familias inmigrante u oscura si lo hacen de migrantes de las provincias. Sus ídolos se encuentran entre los cantantes de la “nueva ola”. (Citado por Manzano, 2010, p. 55)

El fútbol y el boxeo también recibirán furiosas críticas desde la cinematografía. La película *El crack*, dirigida por José Martínez Suarez, (Alithia, 1960) constituye la contracara de la ya comentada *Pelota de trapo*. En la película de Armando Bo se destaca la posibilidad de ascenso social a través del fútbol para un miembro de la clase trabajadora. *El crack*, por el contrario, es “la denuncia de la falacia y la alienación de esas mismas ilusiones” (Alabarces, 2001, p. 126). El fútbol constituye para una joven promesa el medio de escapar de su origen: el conventillo, la violencia familiar y la alienación cultural de sus amigos del barrio. Pero ese deporte también es una máquina cultural aprovechada por sus dirigentes. En *El centrofoward murió al amanecer*, de René Mugica, en base al libro de Agustín Cusani (Alithia, 1961), aparecen elementos de discursos de clase media, fuertemente críticos de la sociedad capitalista, del peronismo y de unas de sus mercancías centrales: el fútbol. En un momento más tardío la película *Nosotros los Monos*, de 1971, dirigida por Edmund Valladares, se

denuncia el mundo del boxeo profesional, donde empresarios, managers, el periodismo y el público utiliza y engaña a los deportistas, jóvenes pobres recién arribados a la ciudad.

La síntesis de estas críticas de clase media hacia los trabajadores y la cultura popular, en su gran mayoría durante la primera mitad de la década del sesenta, lo constituye la postura de Juan José Sebreli. Según el autor, la clase obrera:

vive fascinada por el nylon y la motoneta, que baila el rock y el twist más que el tango, y no tiene otras aspiraciones que el goce inmediato, el ocio, el bienestar y cierto lujo que conocieron fugazmente durante los años prósperos del peronismo, en las vacaciones en Mar del Plata o bien a través de la publicidad de los modos de consumición divulgados por la televisión, el cine o las revistas.
(p.160)

El accionar de una parte de la Iglesia Católica, en los años sesenta, parece haberse volcado en la misma dirección que las críticas a la cultura de masas, tomando forma de lo que Miranda Lida (2015) denomina “sensibilidad antiburguesa”. Lo entiende como un proceso vivido por los jóvenes en el marco de la expansión de las actividades de la Iglesia posperonista. Esa sensibilidad era frecuente entre los jóvenes cristianos de clase media que se habían acercado a la iglesia y expresaban un rechazo visceral por todo aquello que pareciera burgués “en sus formas”. Esos jóvenes misioneros preferían asimismo:

lo rural a lo urbano; lo artesanal a lo producido en serie; la cooperativa en lugar de la propiedad privada o la gran industria; la música folklórica o étnica a la confeccionada en las industrias culturales modernas; el compromiso de visitar los pueblos y compartir experiencias con los habitantes de tierra adentro, en lugar de la indiferencia del burgués que echa una mirada fugaz sentado cómodamente en su vehículo. (p.239)

Esos procesos ya se manifestaban previos al Concilio vaticano II y al surgimiento del Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo a fines de los años sesenta, que marcarían la

radicalización política de una parte de la iglesia católica y de muchos jóvenes que se encontraban en ella. Los futuros miembros de las organizaciones armadas.

Si bien excede los límites de este trabajo, hacia fines de los años sesenta un nuevo fenómeno, la cultura juvenil de masas irrumpe y transforma la cultura de clase media. La evolución política argentina de los primeros años setenta la ubica en un punto expectante, acorde con la realidad local y con fenómenos contemporáneos más allá de la Argentina (Cattaruzza, 1997).

4.3.1 Cultura Obrera-cultura de clase media: indicios de un conflicto

Existen indicios que permiten pensar en un remozado conflicto cultural entre los valores de clase media y la clase trabajadora, que se presentó en la primera mitad de la década del sesenta y llegó hasta los años setenta. Dos ejemplos puntuales desarrollados por Mirta Varela (2010) nos permitirán hacer algunas precisiones. En el número 1 de la revista *El Descamisado*, el principal órgano de prensa de la organización Montoneros se publica una nota titulada “La guerrilla en la televisión” (p.14) Allí se observa la repercusión en la prensa montonera de la telenovela *Rolando Rivas, taxista*, que se emitió con gran éxito de audiencia entre los años 1972 y 1973. Se critican las posturas del protagonista, caracterizadas como poco comprometidas con una visión de la violencia política falsa y esquemática, fruto de su orientación burguesa (se había transformado en dueño del taxi). Los comentarios se refrendan con una fotografía en la parte superior de la nota donde aparece el actor Claudio García Satur en malla junto a varias señoritas en bikini. Sonrientes y disfrutando del sol, constituyen la contracara de las otras imágenes de la revista plagada de movilizaciones obreras y líderes políticos. La retórica desplegada en toda la revista remarca la lucha de los trabajadores por sus derechos y en contra del gobierno de Lanusse, por contraposición la frivolidad de la televisión y su servicio a las políticas antinacionales. La nota y la foto, señala Varela, funcionan como un guiño cómplice para un lector de clase media, pero probablemente incomprensible para un lector popular: la nota se mofaba de un personaje y actor apreciado por el mundo del trabajo.

La autora encuentra estos mismos indicios acerca de la existencia de universos culturales diferentes entre el mundo de los jóvenes de clase media y de clase trabajadora, en este caso, en la indumentaria. En un reportaje televisivo a una familia obrera proveniente de Córdoba previo a la llegada de Perón a Ezeiza el 19 de junio de 1973, la cronista entrevista al joven de la familia. Su aspecto, su forma de vestir (como un adulto), sus declaraciones (peronista igual que sus padres), lo ubica generacionalmente en continuidad con sus padres y

no en ruptura con ellos. Si bien es “socialmente joven”, en términos de Pierre Bourdieu (2008), es “viejo” dentro del peronismo y puede mostrar credenciales políticas que no tenían los jóvenes de clase media dentro del movimiento.

El General Perón, desde su exilio y luego ya instalado en Argentina en 1973, hablaba del “trasvasamiento generacional” entendiéndolo como una forma de transmisión esencialmente pacífica de los viejos dirigentes a los nuevos, privilegiando las continuidades sobre las rupturas, en este caso, en el mundo de la política y el poder. Sin embargo, este trasvasamiento que resultaba coherente con la modalidad de transmisión intergeneracional del peronismo entre los sectores populares, no lo era entre los sectores medios que llegaron al peronismo desde la izquierda (Varela, 2010).

La tarea de estos jóvenes de clase media eran múltiples: diferenciarse de sus padres “gorilas”, al contrario de los jóvenes de clase obrera, rechazar los valores de la industria cultural (adoptadas además de los trabajadores por otras fracciones de clase media) y, al mismo tiempo, adquirir los valores propios de los “descamisados”. Los jóvenes de clase media, continúa Varela, desarrollaron un “look montonero” construido a partir de

rasgos de desinterés material (que podrían considerarse bohemios si la bohemia no fuera reactiva a la política), de recuperación de la belleza de lo simple (no exentos de romanticismo) y con la exclusión de las marcas de la cultura de masas que se encontraban omnipresentes entre los sectores populares peronistas. Esos últimos encontraban en la imitación de la cultura de masas una vía de escape a las duras condiciones de vida, pero también un modo de ser peronistas, desde el momento en que el peronismo había legitimado esa imitación. Los jóvenes de clase media, en cambio, ponían el acento en la reivindicación del ‘descamisado’. (p. 76)

Un conflicto cultural que hundía sus raíces en el pasado argentino estaba planteado y estallaría en pleno tercer gobierno peronista.

4.4 Los valores culturales de los trabajadores de Buenos Aires: conformismo y reformismo en los años sesenta

Los trabajadores de Buenos Aires durante los años sesenta encontraban en los deportes, las canciones populares y los nuevos productos de las industrias culturales, parte de

los valores comunes que los identificó y fortaleció como clase. Las ideas de masculinidad y nacionalismo, la añoranza por el terruño y por la década experimentada durante el peronismo se combinaban con ideas tradicionales que reivindicaban instituciones tales como la familia y el matrimonio legal. Los sectores populares encontraban en las estrellas del momento, ya fueran músicos, deportistas o estrellas de la televisión, ejemplos a emular. Muchas de estas actividades eran indudablemente un mero pasatismo que le permitían superar la dureza de la vida cotidiana, pero todas expresaban de una forma u otra las experiencias y los anhelos cotidianos de progreso y triunfo en la gran ciudad.

Sin embargo, en el período estudiado, buena parte de las prácticas culturales se realizan en “terreno ajeno”. El campo cultural de los años sesenta está abrumadoramente hegemonizado por los sectores medios, que rechazan mucho de los valores obreros y los componentes de su cultura. En tanto hegemónicos, se encuentran presentes en innumerables medios de prensa y audiovisuales desde donde formulan sus orientaciones críticas. Sin embargo, la “plasticidad” del mundo obrero le permitió absorber, sin demasiadas dificultades los productos de la industria cultural específicamente destinados a ese público (Palito Ortega) y los más abiertamente “policlasistas” (los espectáculos del Luna Park). Esa plasticidad se tradujo en la intensificación de circuitos culturales de fuerte presencia obrera de más vieja data (las peñas folklóricas, los estadios de fútbol) con otros remozados y de presencia policlasista (el Luna Park). En todos los casos le permitió redefinir su identidad. A modo de inferencia y en espera de futuras investigaciones, este “conformismo” en el uso del tiempo libre se corresponde con los valores “reformistas” y “tradicionales” en el campo socio laboral manifestado por dirigentes como Vandor y sus seguidores. Tal como se señaló en el capítulo 3, en el inicio de la Revolución Argentina Vandor manifestó los alcances limitados en el accionar sindical y el lugar de los trabajadores en el sistema capitalista. Sin sacar siquiera una coma, se corresponde con los principios tradicionales del peronismo que trabajadores y dirigentes vivían y aceptaban. Pero ese reformismo no fue pura elección de los autores: se manifestó en una década donde el Estado mostraba (en el mejor de los casos) una tolerancia limitada a los sindicatos y las demandas de los trabajadores o bien una decidida hostilidad. La dinámica del sistema capitalista, como hemos visto en el capítulo 2 les garantizaba a los trabajadores metalúrgicos y sus dirigentes un lugar expectante, pero el Estado se arrogaba el derecho a intervenir en la vida sindical lo cual explica aún más la prudencia sindical.

La retórica de la modernización, prevaleciente en varios de los elencos estatales de la época, dejaba poco espacio para los dirigentes sindicales y sus trabajadores cuyos orígenes, valores, gustos, uso del tiempo libre y hasta sus formas de vestir eran vistos como

“tradicionales”. Por lo cual, tanto en el campo político como en el cultural, trabajadores y dirigentes se encontraban en el mismo ámbito, “respirando” el mismo clima oscilante entre la resistencia y la integración.

5 Conclusiones

Algunos de nuestros historiadores actuales, califican a los dirigentes sindicales contemporáneos a Vandor de “burócratas”, entendidos como actores encaramados en sus puestos de conducción, cuya tarea central consistió en frenar las luchas de los trabajadores en post de su independencia de clase. La palabra “traición” también formó parte del *argot* profusamente utilizado en los conflictos de principios de los años setenta. Un libro emblemático del escritor, periodista y militante de la izquierda peronista Rodolfo Walsh intentó retratarlos en su célebre *¿Quién mató a Rosendo?* (Walsh, 1987[1969]). Desde aquí se ha intentado defender una idea opuesta: explicar el accionar moderado y pragmático, así como el liderazgo, de algunos dirigentes sindicales a partir de los límites (y las ventajas) que otorgan a algunos segmentos de la industria el hecho de pertenecer al núcleo dinámico de la economía capitalista de esos años. El rol del Estado en la regulación de las relaciones laborales desde el nacimiento del Estado peronista y su continuación en los años sesenta constituyó otro factor de relevancia. Además, la vacancia que la proscripción del peronismo dejó en la política argentina permitió el despliegue de las destrezas de algunos dirigentes en la arena electoral, potenciando los espacios de participación limitada del peronismo. Las características del liderazgo de la UOM y Vandor deben ser entendidos a partir de estas premisas. Pero hay otro factor de igual relevancia que explican el rol del “Lobo” y de una camada de dirigentes de su época: el lugar que ocupaban los trabajadores metalúrgicos y la cultura obrera en Buenos Aires.

En este trabajo se presentaron algunos indicios, de ninguna forma concluyentes, sobre las características de la cultura obrera. Esa cultura tiene características muy definidas: por un lado es reformista, es decir, descrea de cualquier aspiración utópica y se propone objetivos dentro de los parámetros de progreso dentro de la sociedad capitalista; por otro lado, surge en defensa de la tradición que incluyen la salvaguarda de las conquistas obreras de la década peronista. En esta última tarea, los sindicatos tuvieron un papel primordial como sostenes de esa tradición. Sus victorias, apalancadas sobre el firme apoyo obrero, los animaron — incluso— a formular la idea de un partido obrero-sindical, el único con perspectiva cierta de concreción política, en términos de la llegada al poder de Estado, en la historia del movimiento obrero.

Esa tradición incluía también ideas tradicionales en materia de consumos culturales ya presentes, incluso, en la argentina pre-peronista. El boxeo, el fútbol y, en menor medida el turf, junto con las canciones pasatistas ocuparon un rol central en sus vidas, tanto como en las de sus dirigentes. Alejado del auge de las vanguardias artísticas y culturales de los años sesenta, el tango y el folklore tradicional formaron parte de los gustos de los obreros más viejos o de los recién llegados a la capital aunque no estaban cerrados a los procesos de integración que la sociedad argentina les propuso. La clase obrera era, en términos culturales, rebelde, pero lo era en nombre de la costumbre.

Si bien constituye un ejercicio de historia contra fáctica, conductas disímiles a las que tuvieron los dirigentes sindicales en esa época (por ejemplo, un reconocimiento explícito del carácter explotador del sistema y un accionar intransigente acorde a ello) les hubiera costado su desplazamiento. Los sectores dominantes y el Estado probablemente los hubiesen doblegado, pero a su vez los hubiese alejado de sus propios trabajadores. El carácter reformista e integrador de la clase obrera de Buenos Aires y, por lo tanto, ajeno a cualquier proyecto de características utópicas estaba inserto en su propia cultura. Por lo tanto, difícilmente los habrían acompañado en enfrentamientos abiertos y frontales a “las fuerzas del capital”.

Por su parte, las clases medias urbanas constituyen las grandes protagonistas del proceso de modernización que atraviesa la Argentina en los años sesenta. Para ellas, la presencia del sindicalismo y los trabajadores era una muestra que la experiencia política y cultural peronista estaba allí, viva, con sus lugares de recreación, sus gustos, sus propios circuitos culturales y vacacionales. La aceptación a regañadientes por parte de los sectores medios del papel jugado por el sindicalismo en el campo estrictamente corporativo y en la arena política, se correspondió con la impugnación de los valores culturales de los trabajadores. Películas, libros y revistas orientados a la clase media ocupan un lugar central en los años sesenta. Desde allí, le recuerdan al mundo del trabajo en forma pedagógica —en algunos casos— el camino correcto para alcanzar la *conciencia verdadera*.

Si bien exceden los límites de ese trabajo y, a modo de conjetura, este trabajo entiende que en estos años se desarrolla un encuentro de *culturas en pugna* que hunde sus raíces en la década del cuarenta, se resignifica en los años sesenta y se traslada hasta principio de los años setenta. Futuras investigaciones apoyándose en estas conjeturas podrían brindar otra mirada sobre algunos de las disputas por el poder que atravesó la sociedad argentina en esos años.

Esa cultura obrera en la cual los trabajadores metalúrgicos estaban insertos jugó un rol importante en los conflictivos años setenta. La debilidad del tercer gobierno peronista quedó manifiesta luego de la muerte del Gral. Perón el 1 de julio de 1974. Su sucesora y esposa, María Estela Martínez de Perón, tomó las riendas del poder pero, al cabo de un año, en un contexto de aislamiento político y crisis económica se enfrentó con el sindicalismo “ortodoxo”, heredero de la tradición vandorista, que le exigía cambios en la política económica y en la composición del gobierno. El 27 de junio de 1975 Luis S., uno de nuestros entrevistados, se movilizó a Plaza de Mayo junto a miles de trabajadores metalúrgicos convocados por la CGT en contra del gobierno de Isabel Perón. Al rememorar la multitud allí reunida, expresó:

“-Nunca había visto la Plaza así, llenísima. ¡¿Sabés el orgullo que tenía?!”

La movilización política de los metalúrgicos y de la CGT para torcer el rumbo del tercer gobierno peronista marcó el principio del fin de esa experiencia política constituyendo un hecho histórico en las relaciones entre el Estado y el Movimiento Obrero. El orgullo de Luis, también lo fue.

Parque Avellaneda, Octubre del 2021

6 Referencias bibliográficas

Fuentes Primarias

Películas

- Gleyser, R. (Director). (1973). *Los Traidores* [Película]. Grupo Cine de Base.
- Kuhn, R (Director). (1964). *Pajarito Gómez* [Película]. José Antonio Giménez.
- Martínez Suárez, J. (Director). (1960). *El crack* [Película]. Alithia Cinematográfica.
- Música, R. (Director). (1961). *El centrofoward murió al amanecer* [Película]. Alithia Cinematográfica.
- Orce, F. y Moro, P. (Director). (2019). *Nada culmina en la víspera* [Película]. Sombracine SRL.
- Solanas., y Getino, O. (Directores). (1968). *La Hora de los Hornos* [Película]. Grupo Cine de Liberación.
- Torres Ríos, C. (1949). *Con los mismos colores* [Película]. Abel Lopez Chas.
- Torres Ríos, L. (Director). (1948). *Pelota de Trapo* [Película]. Sociedad Independiente Filmadora Argentina
- Valladares, E. (Director). (1971). *Nosotros los monos* [Película]. Estudios Forma.
- Documentos oficiales y publicaciones periódicas*
- Censo Nacional de Asociaciones Profesionales. (Agosto de 1965). [Ministerio de Trabajo y Seguridad Social].
- La CGT hacia el cambio de estructuras (1965) [CGT de la República Argentina]..
- Ministerio de Trabajo y Previsión. (18 de mayo de 1961). Convención Colectiva de Trabajo [CCT]. N° 20/61
- Ministerio de Cultura y Educación. (1963-1972). Estadística. Establecimientos-alumnos-docentes. Por dependencia y repartición.
- <http://repositorio.educacion.gov.ar/dspace/bitstream/handle/123456789/90628/EL002184.pdf?sequence=1>
- Estudios e Informes de la CEPAL (Diciembre de 1984). *Precios, salarios y empleo en la Argentina. Estadísticas económicas de corto plazo.*
- https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/8238/S8412996_es.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- El Descamisado* (22 de mayo de 1973). Año 1 N°1, p.14
- <https://eltopoblindado.com/documentos/?s=El+Descamisado>
- Folklore* (1961-1981). [Archivo histórico de revistas argentinas] <https://ahira.com.ar/>

Mercado (12 de febrero de 1970). Año 1, N° 31

Primera Plana (22 de enero de 1963), N°11, p.10

Páginas y sitios web

Centro de Documentación Histórico Stadium Luna Park (s/f). Registro de espectadores y recaudación Luna Park1966. <https://stadiumlunapark.wordpress.com/ii-archivo/4-decada-1962-1971-ok/34-1966/>

Ecured (s/f). [Enciclopedia cubana]. https://www.ecured.cu/Palito_Ortega

Infobae (29 de Junio de 2019) *Héctor Ricardo García: el hombre, la leyenda y el mito del periodismo que rompió todos los moldes y manuales*

[Infobae.com/teleshows/infoshows/2019/06/29/hector-ricardo-garcia-el-hombre-la-leyenda-y-el-mito-del-periodismo-que-rompio-todos-los-moldes-y-manuales/](https://www.infobae.com/teleshows/infoshows/2019/06/29/hector-ricardo-garcia-el-hombre-la-leyenda-y-el-mito-del-periodismo-que-rompio-todos-los-moldes-y-manuales/)

Instituto de Verificación de Circulaciones <https://www.ivc.org.ar>

La vaca (29 de junio de 2019). *Crónica sobre Crónica, ya sin Héctor Ricardo García*. <https://www.lavaca.org/notas/cronica-sobre-cronica-ya-sin-hector-ricardo-garcia>

Diario Popular (19 de febrero de 2012). *Rodolfo Zapata y su gorda cumplieron 50*. <https://www.diariopopular.com.ar/rodolfo-zapata-y-sugorda-cumplieron-50-n110239>

Canciones

Ortega, R. y Novarro Ch. (1964). Qué suerte [Canción]. En *Violeta Canta*. RCA-Victor.

Tormo, A.; Canales, M. y Luna, B. (1947). La porteña [Canción].

<https://sites.google.com/site/pianoyfolklore/autores/t/tormo-antonio>

Fuentes secundarias

Abós, A. (1999). *Augusto Vandor. Sindicatos y peronismo*. Colección Los nombres del poder, Fondo de Cultura Económica.

Abós, A. (2005). *Cinco balas para Vandor*. Sudamericana.

Alabarces, P. *Fútbol y Patria: Deporte, narrativas nacionales e identidades en la Argentina, 1920-1998* [Tesis de doctorado, University of Brighton]

<https://es.scribd.com/document/361744162/Tesis-Alabarces-Pablo>

Altamirano, C. (2001). *Peronismo y cultura de izquierda*. Temas Grupo Editorial.

Altamirano, C. (2013). *Los Nombres del poder*. Arturo Frondizi o el Hombre de Ideas como político. Fondo de Cultura Económica.

Altamirano, C. (2002). Modernidad. *Términos críticos de sociología de la cultura*. Paidós. (1ra ed., pp 173-180)

- Archetti, E. (2005). El deporte en Argentina (1914-1983). *Trabajo y Sociedad. Indagaciones sobre el empleo, la cultura y las prácticas políticas en sociedades segmentadas*, 6 (7), 1-30. <https://es.scribd.com/document/360450392/Archetti-E-deporte-en-Argentina-pdf>
- Auyero, J. y Hobert, R. (2003). “¿Y esto es Buenos Aires?”. Los contrastes del proceso de urbanización. En James, D. (Ed.) *Nueva Historia Argentina. Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)* (t.9, pp 213-244). Sudamericana.
- Ballent, A. (2005). *Las huellas de la política. Vivienda, ciudad, peronismo en Buenos Aires, 1943-1955*. Universidad Nacional de Quilmes-Prometeo 3010.
- Beraza, L. (2007). *José Ignacio Rucci*. B. de Bolsillo.
- Belini, C. (2017). *Historia de la industria en la Argentina. De la independencia a la crisis de 2001*. (2da. Ed.). Sudamericana.
- Belini, C. y Korol, J.C. (2020). *Historia Económica de la Argentina en los siglos XX y XXI*. Siglo XXI, 2da edición ampliada.
- Berrotarán, P., Jáuregui, A. y Rougier, M. (2004). *Sueños de bienestar en la Nueva Argentina. Estado y políticas públicas durante el peronismo (1946-1955)*. Imago Mundi.
- Berrotarrán, P. y Pozzi, P. (Eds.).(1994). *Estudios inconformistas sobre la clase obrera argentina, 1946-1976*. Letra Buena.
- Bisio, R. y Cordone, H. (1989). El Plan de lucha de la CGT: un episodio singular de la relación sindicatos-estado en la Argentina. *Justicia Social*, (8), 5-36.
- Bitrán, R. (1994). *El Congreso de la Productividad y el bienestar social. La reconversión económica durante el segundo gobierno peronista*. El bloque editorial.
- Bourdieu, P. (1990). *Sociología y cultura*. Grijalbo.
- Bourdieu, P. (1998). *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Taurus.
- Brennan, J. (1996). *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba, 1955-1973*. Sudamericana
- Calello, O. y Parcerio, D. (1984). *De Vandor a Ubaldini*. CEAL.
- Camarero, H y Ceruso, D (agosto, 2015). *El gremio metalúrgico entre 1916 y 1943: crecimiento del sector, organización sindical y lucha obrera*. [Ponencia] XII Congreso Nacional de Estudios del Trabajo, Buenos Aires, Argentina.
https://www.aset.org.ar/2015/ponencias/18_Camarero.pdf
- Campos, L y Orsatti, A (2014). *Densidad sindical en Argentina en el largo plazo y sus determinantes estructurales*. Observatorio de Derecho Social/CTA.
<http://www.relats.org/documentos/HIST.CamposOrsatti.pdf>.

- Cangiano, M. (1993). Pensando a los trabajadores: la historiografía obrera contemporánea argentina entre el dogmatismo y la innovación. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, (8), 117-132. Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires.
http://ravignanidigital.com.ar/_bol_ravig/n08/n08a05.pdf
- Carassai, S. (2012). Ni de izquierda ni peronistas, medioclasistas. Ideología y política de la clase media argentina a comienzos de los años setentas. *Desarrollo Económico*, 52 (205), 65-117. Instituto de Desarrollo Económico y Social.
- Carassai, S. (2013). *Los años setenta de la gente común. La naturalización de la violencia*. Siglo XXI editores.
- Cardoso, O y Audi, R. (1982). *Sindicalismo: el poder y la crisis*. Editorial de Belgrano.
- Carpena, R-C. Jacquelin (1984). *El intocable. La historia secreta de Lorenzo Miguel, el último mandamás de la Argentina*. Sudamericana.
- Carri, R. (2015). Sindicatos y poder en la Argentina. Del peronismo a la crisis (1967) (t1 pp 77-274). *Obras completa*. Biblioteca Nacional.
- Cattaruzza A. (1997). El mundo por hacer. Una propuesta para el análisis de la cultura juvenil en la Argentina de los años setenta. *Entrepasados. Revista de Historia*, (13), 103-114.
- Cavarozzi, M. (1984). *Sindicatos y política en Argentina*. Centro de Estudios del Estado y la Sociedad.
- Chamosa, O. (2012). *Breve historia del folclore argentino 1920-1970. Identidad, política y nación*. Edhasa.
- Canitrot, A. y Sebes, P. (1974). Algunas características del comportamiento del empleo en la Argentina entre 1950 y 1970. *Desarrollo Económico*, 14 (53), 69-91.
- Ciria, A. (1983). *Política y cultura popular: la argentina peronista, 1946-1955*. De la Flor.
- Cotarelo, M. y Fernández, F. (1997). La toma de fábricas. Argentina, 1964. *Documento de Trabajo PIMSA*, (2), 1-26. <http://www.pimsa.secyt.gov.ar/publicaciones/DT2.pdf>. F/c: 13/6/2016.
- Dawyd, D. (2012). Del semanario al libro. La escritura del Rosendo de Rodolfo Walsh como construcción del vanguardismo en la Argentina del peronismo fracturado. *Trabajo y Sociedad*, 16 (18), 87-102 <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=387334690006>
- Dawyd, D (2015): Los metalúrgicos, de la resistencia al gobierno. El peronismo visto desde el espacio fabril: La Cantábrica, empresa siderometalúrgica de Morón, 1955-1976 *Coordenadas. Revista de Historia local y regional*

- <https://ri.conicet.gov.ar/bitstream/handle/11336/9826/7977-40602-1-PB.pdf?sequence=3&isAllowed=y>
- Dawyd, Darío (2017). *Los sindicatos en la obra de Roberto Carri, entre el vandorismo y Montoneros (1967-1974)*. XII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Argentina.
- Dawyd, D. (2018). *Fotografía y biografía de Augusto Vandor. Análisis de la construcción de un liderazgo sindical y político peronista*. VI Congreso de Estudios sobre el Peronismo, Red de Estudios sobre el Peronismo
<http://redesperonismo.org/articulo/fotografia-y-biografia-de-augusto-vandor-analisis-de-la-construccion-de-un-liderazgo-sindical-y-politico-peronista/>
- Del Campo, H. (1983). *Sindicalismo y Peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable*. Siglo XXI.
- De la Fuente, A (2014). *Los hijos de Facundo. Caudillos y montoneras en la provincia de La Rioja durante el proceso de formación del Estado nacional argentino (1853-1870)*. (2da. edición). Ariel.
- Demarco, J (21 de enero de 1968). Sindicalismo: La CGT de mis sueños. *Panorama*, Nº 56, p. 23
- Diamand, M. (1972). La estructura productiva desequilibrada argentina y el tipo de cambio. *Desarrollo Económico*, 12 (45). <https://observatorio.unr.edu.ar/wp-content/uploads/2016/05/Diamand-1972-La-estructura-productiva-desequilibrada.pdf>
- Donaires, F. (2007). *Memorias. 1945-1985. El Sindicalismo y los gobiernos*. Corregidor.
- Doyon, L. (1988). El crecimiento sindical bajo el peronismo. En Torre, J. C. (Ed). *La Formación del sindicalismo peronista* (pp.169-181). Legasa.
- Doyon, L. (2002). La formación del sindicalismo peronista. En Torre, J.C. (Ed.). *Nueva Historia Argentina. Los años peronistas (1943-1955)* (t 8, pp. 357-403). Sudamericana.
- Fernández, F. (2006). *La huelga metalúrgica de 1954*. Centro Cultural de la Cooperación.
- Forni, P. (1992). *Vandorismo: Sindicalismo de resultados. La Unión Obrera Metalúrgica en el período 1954/66* (3). Serie Papeles de IDICSO.
- García Canclini, N. (1990). Introducción: La sociología de la cultura de Pierre Bourdieu. En Bourdieu, P. *Sociología y cultura*. Grijalbo.
- García Heras, R. y Arias, M.F. (1993). Carisma disperso y rebelión: los partidos neoperonistas. En Amaral, S. y Ben Plotkin, M. (Eds.). *Perón. Del exilio al poder* (pp 95-125). Cántaro.

- Gaudio, R. y Pilone, J. (1984). Estado y relaciones laborales en el período previo al surgimiento del peronismo, 1935-1943. *Desarrollo Económico*, 24 (94), 235-273.
- Gazzera, M. (1970). *Peronismo: Autocrítica y perspectivas*. Descartes.
- Gené, M. (2005). *Un mundo feliz. Imágenes de los trabajadores en el primer peronismo*. Fondo de Cultura Económica.
- Gerchunof, P. y Antúnez, D. (2000). De la bonanza peronista a la crisis de desarrollo. En Torre, J.C. (Ed). *Nueva Historia Argentina. Los años peronistas (1943-1955)* (t.8, pp. 125-201). Sudamericana.
- Gerchunoff, P. y De León, G. (2018). Entre la flexibilidad y la institucionalización: una historia circular del mercado de trabajo argentino (1914-2016) (pp. 199-222). En Corté Conde, R. y Della Paolera, G. (Eds.). *Nueva Historia Económica de la Argentina*. Edhasa.
- Gerchunoff, P. y Llach, L. (1998). *El ciclo de la ilusión y el desencanto*. Emecé.
- Gerchunoff y Rapetti (2016). La economía argentina y su conflicto distributivo estructural (1930-2015). *El Trimestre Económico*, 2 (330), 225-272
<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=31345267001>
- Ghigliani, P. (2010). Burocracia sindical: aportes para una discusión en ciernes. *Nuevo topo*, (7) ,117-124. http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.8992/pr.8992.pdf
- Ghigliani, P., Grigera, J. y Schneider, A. (2012). Sindicalismo empresarial: problemas, conceptualización y economía política del sindicato. *Revista latinoamericana de estudios del trabajo*, 17(27),141-164
http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.8962/pr.8962.pdf
- Gilbert, J., Tenewicki, M. y Rougier, M. (Septiembre de 2000). *Debates en tomo a la propuesta económica de Raúl Prebisch, 1955-1956*. XVII Jornadas de Historia Económica Argentina, San Miguel de Tucumán, Asociación Argentina de Historia Económica.
- Goldar, E. (1980). *Vida cotidiana en la década del 50*. Plus Ultra.
- Gorbato, V. (1992). *Vandor o Perón*. Tiempo de Ideas.
- Gruschevsky, M. y Frydenberg, J (2015). Evolución de la masa societaria en los clubes del fútbol argentino. En Rein, R. *La cancha peronista: fútbol y política 1946-1955*(pp 81-95). UNSAM edita.
- Hall, S.(1984). Notas sobre la desconstrucción de “lo popular”. En Samuel, R. (Ed.). *Historia Popular y Teoría Socialista*. Crítica.
- Hall, S. (2017). *Estudios culturales 1983. Una Historia teórica*. Paidós.

- Harari, I (2016). Evolución de las condiciones de trabajo en la industria metalúrgica argentina: Un análisis a partir de los convenios colectivos de trabajo entre 1948 y 1994. *Revista Izquierdas*, 27(87-104). Universidad de Santiago de Chile. Instituto de Estudios Avanzados.
- Hendler, A. (2014). 1964. *Historia secreta de la vuelta frustrada de Perón*. Planeta.
- Hoggart, R. (2013). *La cultura obrera en la sociedad de masas*. Siglo XXI.
- Hora, R. (2019). Izquierda y clases populares en la Argentina, 1880-1945. *Prismas. Revista De Historia Intelectual*, 23(1), 53-75.
https://historiaintelectual.com.ar/OJS/index.php/Prismas/article/view/Hora_prismas23
- Iscaro, R. (1973) *Historia del Movimiento Sindical*. Fundamentos.
- James, D. (1981) Racionalización y respuesta de la clase obrera: contexto y limitaciones de la actividad gremial. *Desarrollo Económico*. 21 (83), 321-349.
- James, D. (1990) *Resistencia e Integración. El peronismo y la clase trabajadora peronista 1946-1976*. Sudamericana.
- James, D (2003). Sindicatos, burócratas y movilización. En James, D. (Ed.). *Nueva Historia Argentina. Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)* (t9 pp.117-167). Sudamericana.
- Karush, M. (2013). *Cultura de clase. Radio y cine en la creación de una argentina dividida (1920-1946)*. Ariel.
- Karush, M. B. (2017). *Musicians in transit. Argentina and the Globalization of Popular Music*. Duke University Press.
- Katz, J.y Kossacoff, B. (1989) *El Proceso de industrialización en la Argentina: evolución, retroceso y prospectiva*. CEAL.
- Kaye, H (1989). *Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio*. Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Lamadrid, A.-Orsatti, A. (1999): Una revisión sobre tasa de sindicalización en Argentina. *Estudios del Trabajo*, (2), 135-139
<https://www.aset.org.ar/docs/Revista%202%20Lamadrid.pdf>
- Leonardi, Y. (2009). *Espacio urbano y consumo cultural: el arribo de nuevos consumidores al circuito de la Calle Corrientes, 1945-1955*. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, Argentina.
- Lenin, V. I. (2009). *Obras escogidas*. Marxists Internet Archive.

- <https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/oe3/index.htm>
- Lida M. (julio-diciembre, 2012). Catolicismo y sensibilidad antiburguesa. La Iglesia Católica en una era de desarrollo, 1955-1965. *Quinto Sol*, 16 (2).
<https://cerac.unlpam.edu.ar/index.php/quintosol/article/view/521>
- Lobato, M. Z. (1988). *El taylorismo en la gran industria exportadora argentina (1907-1945)*. CEAL.
- Mackinnon (2002). *Los años formativos del partido peronista*. Siglo Veintiuno de Argentina Editores-Instituto Di Tella.
- Mcguire, J. W. (1993). Perón y los sindicatos: la lucha por el liderazgo peronista. En Amaral, S.-Ben Plotkin, M. (Eds.). *Perón. Del exilio al poder* (pp.171-217). Cántaro.
- Mallon, R. y Sourrouille, J (1973). *La política económica en una sociedad conflictiva. El caso argentino*. Amorrortu.
- Manzano, V. (2004). Combates por la historia: Interpretaciones de la historia del movimiento obrero en el cine militante argentino al principio de los 1970's. *Film & History: An Interdisciplinary Journal of Film and Television Studies*, 34(2), 46-57. DOI: 10.1353 / flm.2004.0042
- Manzano, V. (2004). Ha llegado la “nueva ola”: música, consumo y juventud en la Argentina, 1956-1966. En Cosse, I.-Felitti, K-Manzano, V. (Eds.). *Los 60 de otra manera. Vida cotidiana, género y sexualidad en la Argentina* (pp. 19-60). Prometeo.
- Mestman, Mariano (2009). La exhibición del cine militante: teoría y práctica en el Grupo Cine Liberación. En Sel, S. *La comunicación mediatizada: hegemonías, alternativas, soberanías* (pp.124-137). CLACSO.
<http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/gt/20160229050511/09mest.pdf>
- Marcilese, J. (2018). La Unión Obrera Metalúrgica durante el primer peronismo: evolución institucional y dinámica organizativa. *Trabajo y Sociedad* , (30), 85-98. Universidad Nacional de Santiago del Estero
- Mazzei, D. (1994). Periodismo y política en los años ´60: Primera Plana y el Golpe militar de 1966. En *Entrepasados. Revista de Historia*, 4(7), 27-42
- Mazzei, D. (2012). *Bajo el poder de la caballería. El Ejército Argentino (1962-1973)*. Eudeba.
- Melanesio, N (2014). *Cuando los trabajadores salieron de compras: Nuevos consumidores, publicidad y cambio cultural durante el primer peronismo*. Siglo XXI Editores.
- Melón Pirro, J. (2009). *El peronismo después del peronismo. Resistencia, sindicalismo y política después del ´55*. Siglo XXI Editores.

- Michels, R. (2017). *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*. Amorrortu.
- Mochkofsky (2003). *Timerman. El periodista que quiso ser parte del poder (1923-1999)*. Sudamericana.
- Murmis, M. y Portantiero, J. (1987). *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Siglo XXI editores.
- Novaro, M. (2010). *Historia de la Argentina 1955-2010*. Siglo XXI editores.
- O'Donnel, G. (1982). *El Estado Burocrático-Autoritario*. Ed. De Belgrano.
- Vila, P. (1986). Peronismo y folklore: un réquiem para el tango? *Punto de vista*, (26), 45-48
- Pampín, G. (2005). *Innovación tecnológica y diversificación productiva en el contexto de la industrialización por sustitución de importaciones: el caso Winco SA, 1954-1970*. X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario.
- Passerini, L (1991). Ideología del trabajo y actitudes de la clase trabajadora hacia el fascismo. En Schwarzstein (Ed.). *La Historia Oral*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Pastoriza, E. (2008). Estado, gremios y hoteles. Mar del Plata y el peronismo. *Estudios Sociales*, (34). Programa Buenos Aires de Historia Política del Siglo XX. <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/pastoriza.pdf>
- Plotkin, M. (1994). *Mañana es San Perón. Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955)*. Ariel.
- Portelli, A. (1981). Las peculiaridades de la historia oral. *History Workshop Journal*, 12 (1). Traducción CEDIHP
- Portelli, A. (1991). Lo que hace diferente a la Historia oral. En Schwarzstein, D. (Ed.). *La Historia Oral*. CEAL.
- Potash, R. (1986). *El ejército y la política en la Argentina (II). 1945-1962. De Perón a Frondizi*. Hyspamérica.
- Pozzi, P. y Schneider, S. (2000). *Los setentistas. Izquierda y clase obrera: 1969-1976*. EUDEBA.
- Puigross, A. (1993). *Peronismo: cultura política y educación (1945-1955)*. Galerna.
- Pujol, S (2003). Rebeldes y modernos. Una cultura de los jóvenes. En James, D. (Ed.). *Nueva Historia Argentina Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, (t9 pp. 281-328). Sudamericana.

- Pulfer, D. (2020). *Cantos y poesía en torno al 17 de octubre de 1945. De los orígenes a la "libertadora"*. El peronismo en sus fuentes. Fichas de trabajo.
http://cedinpe.unsam.edu.ar/sites/default/files/pdfs/17-10_cantos_y_poesia.pdf
- Rein, R. (1998). *Populismo y política: Argentina, 1943-1955*, Buenos Aires, Fundación Editorial de Belgrano.
- Roldán, D. (2008). La formación de los sectores populares urbanos en la historiografía argentina: Una mirada sobre el núcleo. *Signos históricos*, 10(20), 194-232.
http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1665-44202008000200007&lng=es&tlng=es.
- Romero, L.A. (1995). Los sectores populares urbanos como sujeto histórico. En Gutierrez, L y Romero, L. A. (Eds.). *Sectores populares, cultura y política*. (pp 25-45). Siglo XXI editores argentina
- Romero, L.A. (2007) La violencia en la historia argentina reciente: un estado de la cuestión. En Pérotin-Dumon, A. (Ed). *Historizar el pasado vivo en América Latina*.
<http://historizarelpasadovivo.cl/downloads/romero.pdf>
- Rotondaro, R (1971). *Realidad y cambio en el sindicalismo argentino*. Pleamar.
- Rougier, M. N. (1999). El Banco de Crédito Industrial Argentino y la política económica del peronismo: 1944-1949. [Trabajo Final de Posgrado. Universidad de Buenos Aires]
http://bibliotecadigital.econ.uba.ar/download/tpos/1502-0094_RougierMN.pdf
- Rouquié, A. (1986). *Poder militar y sociedad política en Argentina*, (T.2), Hyspamérica
- Saítta, S (1998). *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*. Sudamericana.
- Salas, E. (1990). *La resistencia peronista: la toma del frigorífico Lisandro de la Torre*. CEAL
- Schiavi, M. (23- 26 de septiembre de 2008). *Clase obrera y gobierno peronista: el caso de la huelga metalúrgica de 1954* XXI. Jornadas de Historia Económica Asociación Argentina de Historia Económica Universidad Nacional De Tres De Febrero. Caseros, Buenos Aires, Argentina <http://xxijhe.fahce.unlp.edu.ar>
- Schneider, A. (2005). *Los compañeros. Trabajadores, izquierda y peronismo. 1955-1973*. Imago Mundi.
- Schneider, A. (2006). *Clase obrera, sindicatos y Estado. Argentina (1955-2010)*. Imago Mundi.
- Sebreli, J. J. (1990). *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*. Siglo veinte.
- Senen González S. (1971). *El sindicalismo después de Perón*. Galerna.
- Senen Gonzalez, S. y Bosoer, F. (2012). *Saludos a Vandor. Vida, muerte y leyenda de un lobo*. Vergara.

- Sibaja, R.; *Animals! Civility, Modernity, and Constructions of Identity in Argentine Soccer, 1955-1970*. (2005) [A dissertation submitted in partial fulfillment of the requirements for the degree of Doctor of Philosophy at George Mason University by Master of Arts`]. University of North Carolina at Greensboro.
<http://mars.gmu.edu/handle/1920/8347>
- Sigal, S (1991). *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Puntosur.
- Slipak, D. (2015). *Las revistas montoneras. Como la organización construyó su identidad a través de sus publicaciones*. Siglo XXI Editores.
- Spinelli, M. (2005). *Los vencedores vencidos. El antiperonismo y la “revolución libertadora”*. Biblos.
- Stedman Jones, G. (1989). *Lenguajes de clase. Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa*. Siglo XXI.
- Stedman Jones, G. (1998). La postura determinista: algunos obstáculos para el futuro desarrollo de la aproximación lingüística a la historia en los años ´90. *Entrepasados. Revista de Historia*, 7 (14), 119-139.
- Stedman Jones, G. (2002). Historia y teoría. Una Historia inglesa. *Entrepasados. Revista de Historia*, 12 (23), 173-194.
- Terán, O. (1993). *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina 1956-1966*. Ediciones El cielo por asalto.
- Thompson, E. P. (1989). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Crítica.
- Thompson, E.P. (1989b). La sociedad inglesa en el siglo XVIII ¿Lucha de clases sin clases? En Thompson, E. P. *Tradición, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*. Crítica.
- Thompson, E. P. (1994). *Folklore, Antropología e Historia Social*. Instituto Mora.
- Thompson, E. P. (1995). *Costumbres en Común*. Crítica.
- Torre, J.C. (1973). La tasa de sindicalización en Argentina. *Desarrollo Económico*, 12 (48), 903-913
- Torre, J. C. (1989). Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo. *Desarrollo Económico*, 8 (112), 525-548. <https://www.jstor.org/stable/3467001>
- Torre, J. C. (1990). *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*. Editorial Sudamericana / Instituto Torcuato Di Tella.
- Torre, J. C. (2004). *El gigante invertebrado. Los sindicatos en el gobierno, Argentina 1973-1976*. (1ra ed.). Siglo XXI de Argentina Editores.

- Torre, J. C. (2012). El lugar de la UOM en la trayectoria del sindicalismo. En *Ensayos sobre el movimiento obrero y peronismo*. (pp. 235-246). Siglo XXI.
- Torre, J. C. y Pastoriza, E. (2002). La democratización del bienestar. En Torre, J.C. (Ed.). *Nueva Historia Argentina Los años peronistas (1943-1955)*. (t8 pp 257-312). Sudamericana.
- Torres, H. A. (1990). *El mapa social de Buenos Aires (1940-1990)*. Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, Dirección de Investigaciones.
http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.2814/pr.2814.pdf
- Touraine, A. (1995). *Producción de la sociedad*. UNAM.
- Varela, M. (2010). Cuerpos nacionales: Cultura de masas y política en la imagen de la Juventud Peronista. En Cosse, I.-Felitti, K-Manzano, V. (Eds.). *Los 60 de otra manera. Vida cotidiana, género y sexualidad en la Argentina* (pp. 61-86.) Prometeo.
- Vitelli, G. (1990). *Las lógicas de la economía argentina. Inflación y crecimiento*. Prendergast.
- Vila, P. (1986). Peronismo y folklore: un réquiem para el tango? *Punto de vista*, (26), 45-48
- Vila P. (1987). Tango, folklore y rock: apuntes sobre música, política y sociedad en Argentina. *Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien*, (48), 81-93.
<https://doi.org/10.3406/carav.1987.2303>
- Walsh, Rodolfo (1987). *¿Quién mató a Rosendo?*. Ediciones de la Flor.
- Williams, R. (1980) *Marxismo y literatura*. Península.
- Zorrilla, R. (1983) *El liderazgo sindical argentino*. Siglo Veinte.

■